
HARLEQUIN
Deseo
La amante del senador
Leanne Banks



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La amante del senador, n.º 5559 - marzo 2017
Título original: Shocking the Senator
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.:978-84-687-9355-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Savannah Spectator Crónica Rosa

Si pensaban que nuestro recién elegido senador no iba a dar más que hablar pasada la campaña, se equivocaban. Sus últimas apariciones en público en compañía de la que ha sido su directora de campaña, una preciosa mujer veinte años más joven que él, han hecho que se disparen los rumores, y por mucho que aseguren que su relación es estrictamente profesional, el lenguaje corporal de ambos delata que entre ellos hay algo más.

Y eso no es todo porque, a juzgar por las últimas compras que ha estado haciendo ella: ropita de bebé, libros de maternidad…, es posible, queridos lectores, que tengamos un escándalo por partida doble. Lo que nos preguntamos, sin embargo, es si el senador sabrá que va a ser papá, porque si no, ¡menuda sorpresa se va a llevar!

Prólogo

Aquello era una locura, pero a Nicola Granville cada vez le costaba más decir que no.

–Creía que habíamos quedado en que no volveríamos a hacer esto –murmuró tras despegar de mala gana sus labios de los de Abraham Danforth.

La puerta de su despacho, contra la cual tenía apoyada la espalda, estaba fría, pero el calor del cuerpo de Abraham, pegado al de ella, era delicioso.

–Ya han pasado las elecciones y he ganado, Nic –replicó él, masajeándole las caderas y atrayéndola hacia sí–; ¿por qué seguir luchando contra ello?

A Nicola se le ocurrían unas cuantas razones de peso; entre ellas una perteneciente a su pasado que haría que Abraham Danforth, ex SEAL de la Marina de los Estados Unidos, ex director general de la empresa familiar, y nuevo senador por el estado de Georgia, se cayese de espaldas y quedase sentado en el suelo sobre ese firme trasero que tenía.

Al conocer a Abraham la habían sorprendido muchas cosas, y una de ellas había sido su físico. De hecho, pocos hombres de cincuenta y cinco años tenían un cuerpo que hiciese que las mujeres se volviesen a mirarlo al pasar.

–Porque no se vería con buenos ojos que tuvieses un romance con tu directora de campaña –le contestó intentando centrarse, aunque por dentro se estaba derritiendo–. Después de todo lo que hemos pasado ya deberías saberlo.

–Lo único que sé es que durante todos estos meses has conseguido alejar los nubarrones negros que se cernían sobre mí, haciendo que siempre volviera a salir el sol. ¿Quién sino tú podría haber mantenido la buena imagen de un candidato con escándalos como la aparición de una hija ilegítima, como la de un hijo acusado de un presunto delito, como…?

Nicola sacudió la cabeza y le tapó la boca con la mano.

–Puede que haya habido situaciones difíciles de manejar, pero la clase de hombre que eres, bueno y honrado, ha hecho más fácil mi trabajo. Eres auténtico, Abe, y por eso te han elegido.

–Me niego a seguir discutiendo esto. Digas lo que digas sin tu ayuda no habría ganado. Y volviendo al tema del que estábamos hablando… no sé por qué tenemos que seguir luchando contra la atracción que hay entre nosotros, que ha habido entre nosotros desde el principio.

Nicola alzó la vista hacia los ojos azules de Abraham y sintió que una ola de calor la invadía. A veces tenía la impresión de que, como el sol, si permaneciese demasiado tiempo mirándolos acabaría cegada… ante la realidad.

–Ya te lo he dicho, Abe: no iré a Washington contigo.

–Pero me prometiste que seguirías a mi lado hasta que jurase el cargo –le recordó él apartando un mechón de su mejilla.

Aquel gesto tan tierno le encogió el corazón a Nicola.

–Y mantendré esa promesa –respondió.

Sin embargo, sospechaba que de todas las promesas que había hecho en su vida, aquélla iba a ser una de las que más le iba a costar cumplir.

–Entonces aún dispongo de tiempo para hacerte cambiar de opinión –murmuró Abraham con una sonrisa.

–No cuentes con ello –replicó Nicola.

No pretendía desafiarlo; sólo constatar la verdad.

–Oh, pero es que ya cuento con ello –susurró él deslizando una pierna entre sus muslos.

Nicola se mordió el labio inferior y empujó las palmas de las manos contra su pecho.

–Abe, dijimos que no volveríamos a hacer esto. Fue un error que nos… –comenzó, pero se le quebró la voz y tuvo que tragar saliva para poder seguir hablando–… que nos dejáramos llevar.

Abraham escrutó su rostro en silencio durante largo rato.

–¿Te arrepientes?

«No… sí… no… sí».

–Abe, ya hemos hablado de esto; hemos trabajado muy duro y no quiero que lo que hemos conseguido se eche a perder por…

–¿Por qué? ¿Porque soy mucho mayor que tú?

Nicola puso los ojos en blanco.

–No se trata de eso y lo sabes.

A Abraham su respuesta no pareció convencerlo demasiado.

–Tal vez sí –replicó–; tengo casi veinte años más que tú.

–Pues por tu cuerpo nadie lo diría –farfulló ella por lo bajo. Nunca dejaría de sorprenderla la energía que demostraba en la cama y fuera de ella. Sacudió la cabeza, y le dijo–: Mira, Abe, por mucho que lo intentes no vas a convencerme. Aunque las elecciones ya hayan pasado, mi deber sigue siendo mantener una buena imagen pública de ti, y te aseguro que el seguir con esto no te beneficiaría. De hecho, podría acabar convirtiéndome en tu peor pesadilla.

–Me cuesta asociar la palabra «pesadilla» contigo, Nic –murmuró él, deslizando los dedos por su mejilla y su cuello hasta alcanzar la parte superior de uno de sus senos.

El corazón de Nicola palpitó con fuerza al ver el deseo escrito en su rostro. ¿Cómo podría rechazarlo? Abraham la hacía sentir cosas que nunca había pensado que pudiera sentir y, aunque intentó resistirse, pronto notó que su fuerza de voluntad empezaba a desvanecerse.

–No te gusta cómo te toco; ¿es eso? –inquirió Abraham rozando levemente el pezón y haciéndola estremecer.

Nicola se mordió el labio inferior.

–Sabes que eso no es verdad –susurró ella.

–Entonces, ¿no te gusta cómo te beso? –le preguntó Abraham, posando sus labios sobre los de ella y besándola hasta dejarla sin aliento.

Su débil lado racional quería gritar que aquello no era justo, pero el resto de su ser estaba hundiéndose en el delicioso y prohibido placer que estaba experimentando.

–¿No te gusta cómo te hago el amor? –murmuró él contra sus labios mientras bajaba las manos a la cinturilla de sus pantalones de vestir y los desabrochaba.

Aquél era el momento de decir no, la azuzó la vocecilla de su conciencia. El ruido de la cremallera al bajar se mezcló con la respiración jadeante de ambos, y Nicola supo lo que pasaría si no lo detenía. Sabía que esas mismas manos la recorrerían, haciéndola sentirse la mujer más hermosa y sensual del mundo, que la acariciarían con suavidad, prestando atención a sus respuestas, y

que luego la dejaría tocarlo también para que pudiese hacerlo sufrir, aunque sólo un poco.

Sin embargo, el hacerlo sufrir no hacía sino aumentar su excitación e impacientarla hasta que por fin la llevaba al límite y se hundía en su interior.

–Dios, te deseo tanto, Nic… –le susurró Abraham.

Su voz, ronca y sensual, tuvo el mismo efecto sobre ella que una caricia en la parte más íntima de su cuerpo y, maldiciendo mentalmente, Nicola se rindió. «Sólo una vez más…».

Capítulo Uno

Sentada en el aseo adjunto de la habitación de invitados que ocupaba en Crofthaven, Nicola se quedó mirando los resultados de las dos pruebas de embarazo ante sí sin poder dar crédito a lo que estaba viendo: dos líneas rosas en la primera; dos líneas rosas en la segunda. Una sensación de pánico se apoderó de ella.

La regla no le había bajado el mes anterior, pero nunca había sido muy regular en sus periodos, así que no se había preocupado. Además, tenía treinta y siete años, y según los estudios médicos más recientes la fertilidad femenina empezaba a decrecer a partir de los veintiséis.

Había sido el hecho de que ese mes tampoco le hubiera bajado junto con las persistentes náuseas lo que la había escamado lo bastante como para comprar un par de pruebas de embarazo en la farmacia.

«¿Cómo has podido ser tan estúpida?; ¿acaso no aprendiste la lección la primera vez?», se reprendió cerrando los ojos con fuerza. Mil emociones contradictorias se agitaron en su interior, como las entrañas de un volcán que hubiera entrado en erupción tras años de inactividad, y no pudo evitar recordar aquella otra vez que se había quedado embarazada.

Ninguna de las personas de su entorno le dio apoyo alguno. Sus padres adoptivos se sintieron profundamente humillados, y su novio del instituto se escudó en que era demasiado joven para ser padre. La única persona que no la juzgó ni la censuró fue la directora del hogar para madres solteras.

A Nicola se le encogió el estómago al recordarlo. Se había sentido atrapada, sola, y muy asustada. Incapaz de abortar pero, consciente de que no podría criar sola al bebé porque carecía de medios, siguió adelante con el embarazo, y entregó en adopción a la niña a la que dio a luz.

El pensar en todo aquello hizo que el terrible sentimiento de culpa que la había acompañado a lo largo de todos esos años

volviera a apoderarse de ella. «No empieces otra vez con eso», se dijo; «tiene unos padres maravillosos que la quieren con locura. Fue la decisión correcta; fue lo mejor para ella». Sin embargo, por mucho que intentase convencerse de aquello, lo cierto era que nunca había logrado dejar de pensar que era una mala persona por haber entregado en adopción a su hija.

Se mordió el labio inferior y abrió los ojos, pero las líneas rosas seguían ahí. «¿Cómo has podido ser tan estúpida como para volver a caer en el mismo error otra vez?».

Al entrar Abraham en el comedor esa mañana, se encontró con que Betsy, una de las criadas, estaba poniendo ya la mesa.

–¿Sólo un servicio? –le preguntó, extrañado al ver que sólo había una taza.

Nicola y él solían desayunar juntos, y le encantaba empezar la mañana con ella porque, por mal que se presentara el día, siempre conseguía animarlo.

–La señorita Granville llamó hace un rato a la cocina para avisar de que no bajaría a desayunar porque no se encuentra bien, señor. Le manda sus disculpas.

Abraham frunció el entrecejo. ¿Que le mandaba sus disculpas? ¿Por qué no lo había llamado a su habitación para decírselo directamente?

La sirvienta pareció notar su contrariedad, porque añadió:

–Según parece tiene molestias de vientre; ya sabe, está en esa época del mes… debió darle vergüenza decírselo.

Abraham no comprendía cómo podía darle vergüenza hablar con él de nada cuando habían tenido relaciones íntimas, pero hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza y le dijo a la mujer:

–Gracias, Betsy. Puede retirarse.

Apenas había salido la criada cuando su hijo Marcus asomó la cabeza por la puerta.

–Buenos días. ¿Cómo va el traslado a Washington?

–Dejémoslo en que va simplemente –farfulló Abraham–. Todavía tengo en el despacho montones de cosas por embalar.

–No parece muy contento, senador –apuntó Marcus acercándose a la mesa.

Abraham se rió y alzó la vista para mirar a su hijo a los ojos. La tensión que había habido en su relación hasta entonces se había disipado un poco, pero todavía notaba en Marcus cierta reticencia a abrirse a él. Cuando un par de meses atrás su hijo había sido falsamente acusado de un delito que no había cometido, se había sentido indignado, pero aquel trance le había mostrado la fortaleza de Marcus y se sentía muy orgulloso de cómo se había comportado hasta que finalmente había sido absuelto y todo se había solucionado.

Era consciente de que Marcus seguía sin comprender las decisiones que había tomado en el pasado y que les habían afectado a sus hermanos y a él, pero al menos su resentimiento parecía haber disminuido un poco.

–Estoy intentando hallar el modo de convencer a Nicola para que se venga conmigo a Washington –le confesó.

Marcus enarcó las cejas sorprendido.

–¿No va a seguir trabajando contigo? ¿Por qué? Si os habéis compenetrado muy bien durante estos meses…

–Yo también lo creo, pero ella insiste en que quiere quedarse aquí, en Georgia.

–Probablemente haya recibido unas cuantas ofertas de trabajo. No hay nada como estar en el equipo ganador para impulsar tu carrera… y más cuando se es relaciones públicas.

–Cierto –asintió su padre, rascándose la barbilla pensativo–; quizá si le hiciera una contraoferta mejor de las que le hayan hecho…

–Si alguien puede convencerla, ése eres tú –le dijo Marcus.

–Gracias por el voto de confianza. Bueno, ¿y cómo está esa esposa tuya agente del FBI?

–Trabajando mucho. Estamos a punto de conseguir pruebas contra la gente que hizo que fuera acusado falsamente –le explicó Marcus–. Dana dice que se ha convertido en algo personal para ella –sacudió la cabeza–. Todavía no puedo creerme la suerte que he tenido al encontrar a una mujer tan maravillosa como ella.

Su padre no necesitaba oírle decir esas palabras para saber cuánto la quería; el amor que sentía por Dana se reflejaba en el modo en que le brillaban los ojos cada vez que hablaba de ella.

–¿Quieres desayunar conmigo?

–No, gracias, no puedo quedarme mucho tiempo. Sólo he venido para traerte esos papeles que me pediste el otro día –le contestó Marcus tendiéndole una carpeta que llevaba en la mano.

–Oh, sí, lo había olvidado –respondió Abraham tomándola–. Por cierto, ¿contamos con vosotros para la cena familiar del día de Navidad?

–Por supuesto.

–Estupendo –respondió su padre con una sonrisa.

–¿Sabes?, te noto distinto –dijo Marcus–; menos tenso. Claro que supongo que el que hayas ganado las elecciones tendrá algo que ver.

–Ya lo creo. Estos últimos meses han sido una locura.

Era extraño, pero lo cierto era que en ese momento, pasado ya todo el bullicio de las elecciones, se sentía vacío. La euforia que había experimentado al conocer los resultados de las votaciones se había ido disipando, y le había quedado una sensación agridulce por la presión que la campaña electoral le había creado a su familia. Sin embargo, la entereza con la que sus cuatro hijos y su hija se habían enfrentado a cada una de las dificultades que habían surgido le había hecho darse más cuenta que nunca de todo lo que se había perdido al no haber estado a su lado durante su niñez y adolescencia.

–Tus hermanos y tú demostrasteis de qué estáis hechos durante la campaña –le dijo a Marcus–, y aunque Dios sabe bien que no he sido un buen padre, y que no puedo adjudicarme mérito alguno por las grandes personas en las que os habéis convertido –admitió con amargura y arrepentimiento–, me siento muy orgulloso de todos vosotros.

Marcus lo miró sorprendido.

–Es la primera vez que te oigo decir algo así.

–Pues hace mucho tiempo que lo pienso –respondió su padre con voz ronca.

–Mamá siempre decía que tenías cosas más importantes que hacer que estar con nosotros.

Una ráfaga de ira invadió a Abraham, pero se mordió la lengua. No quería hablar mal de su difunta esposa, a quien nunca había sido capaz de complacer.

–En cierto modo tenía razón; necesitaba demostrar lo que valía –

le respondió–. Tu madre y yo no tuvimos un matrimonio perfecto, Marc. Queríamos cosas distintas.

–¿Qué cosas?

–Ella no quería un marido militar, ni abandonar Savannah o Crofthaven.

–¿No estabas ya en el ejército cuando os casasteis?

Abraham asintió.

–Sí, pero ella creyó que podría cambiarme –replicó, alzando una mano al ver que Marcus parecía querer hacerle otra pregunta–. Escucha, hijo, tu madre os quería y quería lo mejor para vosotros, y yo no quiero manchar el recuerdo que tienes de ella. No sería justo. Además, siempre he pensado que hay que asumir las consecuencias de las decisiones que uno toma, ya sean buenas o malas.

Una expresión vulnerable cruzó por el rostro de su hijo, y Abraham sintió una punzada en el pecho. Lo que acababa de ver no era más que un atisbo del dolor que le había causado a Marcus y a sus hermanos por haber estado siempre demasiado ocupado luchando contra sus demonios como para ser el padre que necesitaban. Lo cierto era que no había modo alguno en que pudiera excusar su comportamiento, y tampoco iba a tratar de hacerlo. Nunca había creído que las excusas resolvieran nada. Además, ¿qué podría decir?

Su hijo se encogió de hombros.

–Bueno, será mejor que me marche–murmuró–; he quedado con un cliente.

–Entonces vete ya; a los clientes no se les hace esperar –respondió su padre esbozando una pequeña sonrisa–. Saluda a Dana de mi parte, ¿quieres?

–Lo haré –respondió Marcus levantando la mano en señal de despedida.

Se dio la vuelta y se dirigía hacia la puerta cuando su padre lo llamó. Marcus se volvió y lo miró expectante.

–Yo… sólo quería decirte que serás bienvenido siempre que vengas.

Marcus lo miró con recelo, como si creyera que tras su amabilidad había un motivo oculto, hizo un leve asentimiento de cabeza, y salió del comedor.

Abraham maldijo para sus adentros. ¿Qué había esperado?

Después de la clase de padre que había sido, aquello era lo que se merecía: un tratamiento meramente respetuoso, y marcado por el distanciamiento.

Dos horas más tarde Abraham estaba en su despacho cuando llamaron a la puerta.

–Adelante –contestó.

La puerta se abrió y entró Nicola.

–Ah, hola, Nic –la saludó–. Me estaba empezando a preguntar cuándo aparecerías.

–¿No te dijo Betsy…?

Abraham asintió con la cabeza, se puso de pie, y rodeó el escritorio para ir junto a ella.

–Sí, me dijo que estabas indispuesta. ¿Cómo te encuentras?

–Bien, estoy mejor.

Abraham tomó su mano.

–Nic, he estado pensando, y estoy decidido a hacer lo que sea para que vengas a Washington conmigo. Incluso te subiré el sueldo; fija tú la cantidad.

Nicola lo miró con los ojos muy abiertos y sacudió la cabeza.

–Ya te lo he dicho, Abe, quiero quedarme aquí en Savannah.

–Bueno, en realidad podrías seguir viviendo aquí; sólo tendrías que ir a Washington durante las temporadas en las que el Senado está reunido. Incluso te pagaré los gastos de alojamiento en Washington. Además, piensa en todos los contactos útiles que puedes establecer allí –le dijo apretándole la mano, que notó fría–. ¿Seguro que estás bien?

–Sí, perfectamente.

–Pues tienes la mano fría –replicó él, frotándole la mano entre las suyas–, y pareces ausente.

–Venía a preguntarte si no te importa que me tome el día libre –murmuró sin mirarlo a los ojos–. Tengo que ocuparme de unos asuntos.

–Claro –accedió él, confundido por su actitud distante–. ¿Tienes algún problema?; ¿quieres que hablemos?

Nicola apartó la vista. ¿Cómo iba a decirle que tenía que ir a su ginecóloga porque, a menos que los resultados de las dos pruebas

estuviesen equivocados, estaba embarazada?

–No tengo ningún problema –mintió.

–Está bien, como quieras, pero si necesitas alguna cosa, no tienes más que decírmelo.

Ella esbozó una media sonrisa.

–Lo sé.

–¿Te apetece que salgamos a cenar cuando vuelvas?

–Es que… no sé a qué hora volveré.

Abraham la miró preocupado.

–¿Qué es lo que te pasa, Nic?, ¿tiene algo que ver con esos «asuntos» que tienes que atender?, ¿a qué viene tanto secretismo?

Nicola se mordió el labio.

–No me pasa nada; es sólo que se trata de algo personal, eso es todo.

Abraham se sintió como si le hubieran dado con una puerta en las narices.

–Nic, hemos pasado por mucho juntos a lo largo de este año, y sé que no soy el hombre adecuado para ti por nuestra diferencia de edad, pero quiero que sepas que, sea lo que sea, puedes contar conmigo –le dijo poniéndole las manos en los hombros–. Estás tensa –murmuró al notar que tenía los músculos agarrotados–. ¿Por qué? –le preguntó poniéndose detrás de ella y dándole un suave masaje con los dedos–; las elecciones ya han pasado.

A Nicola le palpitó el corazón con fuerza.

–Pues… no sé, empiezas a darle vueltas a una cosa, y… aunque no quieres pensar porque sabes que no te llevará a ninguna parte, no puedes evitarlo.

–¿Y a qué le has estado dando vueltas? –inquirió Abraham, dedicando especial atención a un punto bajo la nuca con los pulgares.

La sensación era tan agradable que Nicola se mordió el labio inferior para contener un gemido. ¿Por qué tendría que ser tan hábil con las manos?, se dijo, y una docena de sensuales imágenes de esas manos sobre su cuerpo desnudo asaltaron su mente.

–Te has quedado callada –murmuró Abraham–; ¿es por algo que estoy haciendo bien?

Nicola se aclaró la garganta.

–Demasiado bien –farfulló a regañadientes–. Parece que siempre

sepas cómo tocarme para…

Pero no pudo acabar la frase, porque una nueva ráfaga de placer la invadió y de sus labios escapó un suave gemido.

Abraham le levantó el cabello y apretó los labios contra su nuca en un sensual beso.

–Pues conozco un modo aún más efectivo de liberarte de esa tensión –murmuró en su oído, rodeándole la cintura con una mano y atrayendo sus nalgas hacia sus caderas.

Nicola cerró los ojos al sentir su excitación. Nunca dejaría de sorprenderla ese poder que parecía tener sobre él para que la desease de aquella manera, ni cómo conseguía Abraham hacer que se olvidase absolutamente de todo cuando estaba con él. ¿Y si hubiese una posibilidad, por pequeña que fuera, de que las cosas pudiesen funcionar entre ellos?, se preguntó, ¿y si esa magia pudiese hacer que tuviesen algo más que un romance?

–Nunca hemos hablado del futuro –balbució.

–Sí que lo hemos hecho –replicó él, besándola en el cuello–; quiero que vengas a Washington conmigo.

Nicola tragó saliva.

–Me refiero a que nunca hemos hablado de nosotros.

Abraham levantó la cabeza.

–¿Qué quieres decir?

Dando gracias por que no pudiera verle la cara, Nicola inspiró profundamente antes de contestar.

–Pues que acordamos que no deberíamos mantener relaciones, pero no hacemos más que caer una y otra vez en la tentación.

Abraham se echó un poco hacia atrás.

–¿Quieres que lo hagamos público?

–¿Y tú?

Abraham suspiró sobre su cabello.

–Hasta este momento no me lo había planteado. Durante la campaña hacerlo público habría sido imposible, y la verdad es que también prefería mantenerlo en secreto porque es algo personal, que me parecía que debía quedar entre tú y yo. Del mismo modo en que yo, como personaje público, pertenezco por entero a quienes me han apoyado con su voto, me gusta pensar que tú me perteneces a mí y sólo a mí. Claro que eso no significa que no sea consciente de que soy demasiado mayor para tener una relación a largo plazo

contigo.

Nicola sintió una punzada en el pecho

–¿Y si te dijera que discrepo en eso?

–Cambiarías de idea cuando empezara a entrarme artritis y tú siguieras sana como una manzana –le dijo Abraham con una risa que a ella le sonó un tanto forzada–. Además, no me veo casándome otra vez. La primera vez ya metí la pata bien metida. No, no lo hice bien como marido… ni tampoco como padre. Cualquiera de mis hijos puede decirte el penoso papel que desempeñé con ellos.

«Pero, ¿te gustaría tener otra oportunidad?», pensó Nicola, sin atreverse a hacer la pregunta en voz alta.

–Eso es algo en lo que nos parecemos, Nic –continuó Abraham–. Los dos queremos libertad para poder desarrollar nuestras carreras. ¿Volver a casarme y tener más hijos? Antes preferiría que me ataran una piedra al cuello y me arrojaran al océano.

El débil hálito de esperanza que quedaba en el corazón de Nicola se esfumó con esas palabras, como quien apaga de un soplo la llama de una vela.

«¿Qué habías pensado que iba a decir?», se reprendió; «eres una ilusa». Por suerte Abraham juraría su cargo en enero, así que sólo tendría que mantener el tipo seis semanas más. Además, él se iría a Washington y ella estaba pensando mudarse a la costa oeste. No era mucho, pero el hecho de contar con un plan de acción la animó.

–¿Cómo va el traslado? –le preguntó para cambiar de tema, apartándose de él y volviéndose para mirarlo.

–Lento ahora que me he quedado solo –contestó Abraham haciendo un ademán con la mano para señalar el desorden de cajas, libros, carpetas y papeles que había en el despacho–. Le he dado el día libre a mi secretaria; hoy era la función de Navidad de su hija.

–Qué buen jefe eres –dijo Nicola sin poder reprimir una sonrisilla burlona. En el fondo Abraham era un pedazo de pan.

–En realidad se debe más bien a un inoportuno sentimiento de culpa –la corrigió él–. Cuando me lo dijo me acordé de cuántas funciones de Navidad de mis hijos me había perdido yo.

–Podrías compensarlos estas navidades por todas esas veces.

–Demasiado tarde –replicó él–; no creo que Marc quiera ponerse a su edad a hacer figuras de pasta de jengibre conmigo.

Nicola no pudo evitar reírse al imaginar a los dos hombres en la

cocina remangados, con sendos delantales, y manchados de harina.

–Ni creo que tú quieras tampoco –le dijo–. Me refería a que podrías dedicarle algo de tu tiempo a cada uno ante estas navidades.

–El problema es que querrán hacerme preguntas espinosas. De hecho Marc me ha hecho algunas esta misma mañana.

–¿Sobre qué?

–Sobre por qué no pasé más tiempo con ellos, sobre su madre…

–¿Y le dijiste la verdad?

Abraham le había hablado de su matrimonio, de cómo a su esposa la había amargado el que se hubiese negado a abandonar su carrera militar, y de la sensación que tenía de no haber sido nunca capaz de complacerla en nada.

–En parte –respondió él entornando los ojos–. Chloe pasó siempre más tiempo que yo con ellos, y no sería justo que manchara el recuerdo que tienen de ella.

Nicola resopló, como si no pudiera dar crédito a lo que estaba oyendo.

–¿Qué? –inquirió Abraham mirándola confundido.

–Puede que fuera una mujer maravillosa, pero no tienes que hacer de ella una santa mártir. Además, Marc ya es mayor. No necesita que lo protejas de la verdad. De hecho, creo que vuestra relación mejoraría si comprendiera lo que te ha llevado todo este tiempo a intentar ser un campeón entre los campeones.

Abraham bajó la cabeza y la sacudió.

–Un campeón entre los campeones… –farfulló para sí con una risa irónica.

Nicola se encogió de hombros.

–Al menos deberías intentarlo; no perderías nada –le dijo. Miró su reloj de pulsera–. Bueno, me marcho ya.

–¿Seguro que no quieres que salgamos a cenar?

Nicola negó con la cabeza.

–Ya te he dicho que no sé a qué hora estaré de vuelta –le repitió.

–Pero puedo esperarte y cenamos juntos… aunque sea en Crofthaven.

–No hace falta, Abe, en serio –insistió ella, dirigiéndose a la puerta de espaldas–, no me esperes.

Y antes de que él pudiera insistir de nuevo y no fuera capaz de

volver a negarse, salió del despacho.

Capítulo Dos

Al día siguiente Abraham estaba revisando su correo electrónico en el despacho cuando sonó el teléfono.

–¿Diga?

–Hola, papá –lo saludó la voz de su hijo mayor al otro lado de la línea–. Mi secretaria me ha dejado un mensaje diciéndome que querías que te llamara por si podíamos quedar a comer esta semana.

Abraham frunció el entrecejo y vaciló. Él no lo había llamado, pero, diablos, no iba a desperdiciar la oportunidad. Le echó un vistazo a su agenda.

–Pues sí. Tengo el jueves libre, ¿te va bien?

–¿El jueves? De acuerdo –respondió Ian–. Em… ¿se trata de algo que vas a anunciarme?

A Abraham no le pasó desapercibido el tono receloso de su hijo.

–¿Por qué me preguntas eso?

–Bueno, porque cada vez que me has llamado para que nos veamos ha sido porque ibas a anunciarme algo importante, como que vas a presentarte a las elecciones al Senado, o que tengo una hermanastra de la que no sabía nada –se quedó callado un momento–. ¿No habrás descubierto que tienes algún otro hijo secreto?

Se refería, por supuesto, a Lea, la hija ilegítima de cuya existencia no habían tenido noticia hasta hacía unos meses. Su padre había luchado en la guerra de Vietnam, y allí había tenido un romance con una joven del lugar. Aquella joven se había quedado embarazada de él, pero su padre había regresado a Estados Unidos sin saberlo. Cuando la noticia saltó a los medios se armó un gran revuelo, pero su padre la reconoció como hija, dándole su apellido, y poco a poco Lea estaba convirtiéndose verdaderamente en parte de la familia.

–Claro que no –respondió Abraham irritado, poniendo los ojos en blanco y sacudiendo la cabeza–; sólo quería que nos viéramos antes de que me marche a Washington.

–Pero, ¿para qué? –insistió Ian.

A Abraham le dolió aquella reticencia y desconfianza por parte de su hijo, pero también le recordó una vez más que él mismo la había propiciado, igual que con sus hermanos.

–Para charlar un rato, eso es todo –respondió.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea, y luego Ian se rió.

–Está bien, ese motivo me basta –le dijo–. Bueno, pues nos vemos el jueves.

Abraham se despidió y acababa de colgar cuando llamaron a la puerta.

–Adelante –respondió, y entró Nicola.

–¿Quieres creerte que me ha llamado…? –pero no terminó la frase porque el teléfono volvió a sonar–. Espera un segundo –le dijo levantando de nuevo el auricular–. ¿Diga?

–Hola, papá –le contestó la voz de Adam, otro de sus hijos, a través del aparato–. Me han dicho que quieres que nos veamos.

Abraham abrió la boca, se quedó vacilante un instante y miró a Nicola con suspicacia.

–Em… sí, sí es cierto –le respondió–. ¿Te iría bien que quedemos a comer el sábado o el martes?

–Selene y yo tenemos planes para el sábado, y el martes ya he quedado a comer con alguien, pero podríamos ir a tomar un café.

–Estupendo –respondió Abraham anotándolo en su agenda.

–¿Ha ocurrido algo? –inquirió Adam.

–No. ¿Por qué? –respondió Abraham extrañado.

–Bueno, es que no quedamos muy a menudo… más bien casi nunca, salvo cuando ha pasado algo importante y quieres que hablemos.

–No, Adam, no he descubierto que tengo otra hija secreta ni nada de eso –contestó su padre irritado–. Sólo quiero que pasemos un rato juntos como padre e hijo antes de marcharme a Washington; ¿te parece bien?

Adam se quedó callado un momento.

–Mm, sí, claro.

–Bien, pues hasta el martes –respondió Abraham en un tono algo brusco, colgando el teléfono. Alzó la vista hacia Nicola–. ¿De qué va todo esto?

Nicola se remetió un mechón de cabello tras la oreja.

–Considéralo un regalo de Navidad.

–¿Qué? ¿Llamas un regalo a abrir la caja de Pandora con dos de mis hijos?

–Bueno, en realidad no ha sido sólo con dos –respondió ella sin poder reprimir una sonrisa traviesa.

Abraham sintió que su irritación iba en aumento.

–No me gusta que nadie interfiera en mi vida privada.

Una expresión dolida cruzó por el rostro de Nicola, pero se desvaneció antes de que Abraham pudiera advertirla.

–Lo sé, pero no podía soportar ver que ansiabas acercarte a tus hijos y no hacías nada por ello.

Abraham suspiró.

–¿Y qué quieres que haga? El resentimiento que tienen hacia mí está justificado.

–Sólo hasta cierto punto –matizó ella–: te preocupaste de que tuvieran una buena educación, de que no les faltara de nada, y aunque te sentías incapaz de ejercer de padre, te aseguraste de que encontrasen estabilidad emocional y apoyo en tu hermano Harold y su familia cuando su madre murió. No todo lo hiciste mal. Además, ni que fueras al patíbulo… ¿Por qué no intentas ver esto como una oportunidad para un nuevo comienzo?

–Mira, Nic, puede que seas una excelente directora de campaña, pero no tienes hijos. No tienes ni idea de lo que has desatado.

Nicola bajó la cabeza. Quizá Abraham tenía razón, quizá hubiera sido un error. ¿Quién la mandaba meterse en problemas ajenos cuando con los suyos le bastaba? Después de que el día anterior la ginecóloga le confirmara que efectivamente estaba embarazada y se pasara media noche dando vueltas en la cama, preguntándose qué iba a hacer, la mañana no había empezado muy bien. Se había levantado con náuseas, había desayunado, aunque con asco, por no despertar sospechas en Abraham, y aquello era la gota que colmaba el vaso.

–Está bien, ya me ha quedado claro que estás enfadado por que me haya entrometido –comentó dolida–, y ahora, si te parece, creo que deberíamos ocuparnos de tus compromisos de hoy.

Abraham frunció los labios pero no replicó, y durante el resto del día Nicola estuvo tensa y fría con él. Quizá había sido un poco duro con ella, pero no le gustaba que nadie se metiese por medio

entre sus hijos y él. A pesar del punto hasta el que habían llegado a intimar durante la campaña, todavía había límites que no quería que cruzara, y ése era uno de ellos. Sólo de pensar en tener que enfrentarse a las preguntas de sus hijos se ponía nervioso.

Cuando llegó el jueves, el día en que Abraham había quedado a comer con Ian, Nicola todavía seguía molesta. Abraham había pedido un filete de ternera con patatas al horno y cuando el camarero le puso delante el plato estaba de tan mal humor que habría dejado a un lado el cuchillo y lo habría cortado a dentelladas.

–¿Cómo va el negocio? –le preguntó a Ian, intentando dejar de pensar en Nicola.

Ian era director de la compañía familiar Danforth & Co., que se dedicaba a la importación de café.

–Muy bien –respondió su hijo–, y mejor irá cuando atrapen a los miembros del cártel que han estado intentando presionarme. Gracias a Dios que conseguimos probar la inocencia de Marc –murmuró sacudiendo la cabeza.

–¿Y cómo te va con Kate? –inquirió Abraham.

Increíblemente bien –respondió Ian con una sonrisa–. Nunca imaginé que mi vida fuera a dar el vuelco que ha dado desde que la conocí. Me siento el hombre más afortunado del mundo.

Así era como él mismo se sentía respecto a Nicola. Había sido como un viento cálido que hubiera entrado en su vida… aunque en ese momento se comportara con él más bien con la gelidez de un viento del ártico.

–¿Papá? –lo llamó su hijo, devolviéndolo a la realidad–. ¿Te ocurre algo, papá?

Abraham apartó de nuevo a Nicola de su mente.

–No, es sólo que me estaba acordando de algo. Volviendo a Kate y a ti… ¿Qué planes tenéis para las fiestas?

–Pues… después de unas negociaciones muy intensas, hemos decidido que pasaremos el día de Navidad en Crofthaven con vosotros, y Nochevieja en casa de sus padres –contestó haciendo una mueca.

Abraham sonrió.

–Parece un buen acuerdo, aunque con el carácter que tiene Kate me parece que en el futuro te esperan unas cuantas negociaciones más.

Ian esbozó una sonrisa maliciosa.

–Eso espero.

Su padre se rió, y tomando el cuchillo y el tenedor empezó a comer. Se hizo un prolongado silencio, y después de tragar el bocado que tenía en la boca, Abraham alzó la vista para encontrarse con que su hijo estaba mirándolo con curiosidad. «Aquí vienen las preguntas», pensó, sintiendo que el estómago le daba un vuelco.

–¿Tú solías ganar las negociaciones con mamá? –inquirió Ian.

–Depende de lo que entiendas por «ganar».

–¿Qué quieres decir?

Abraham dejó el tenedor y el cuchillo sobre el plato. Tenía la impresión de que no iba a comer mucho más.

–Tu madre y yo queríamos cosas distintas. A ella no la hacía muy feliz el hecho de que estuviera en el ejército, y quiso que lo dejara.

Ian se echó hacia atrás en su asiento.

–Así que tuviste que escoger entre el honor y el deber, y tu esposa y tus hijos.

Abraham entornó los ojos y suspiró.

–Fue un poco más complicado que eso. Por aquel entonces yo tenía una fuerte necesidad de probarme a mí mismo… sobre todo por mi padre. Para él fui una decepción como hijo. En los estudios siempre iba renqueando; nunca fui un alumno brillante ni mucho menos, y en una ocasión mi padre llegó a decirme que no esperaba demasiado de mí porque no creía que fuese a conseguir grandes cosas en la vida.

Ian lo miró con incredulidad.

–Dios –murmuró–. ¿Cómo puede decirle algo así un padre a su hijo?

Abraham se encogió de hombros.

–Era un tipo duro, orgulloso, con un alto concepto de sí mismo… y no sin razón; entre sus logros estaba el haber conseguido que aumentaran los beneficios de la empresa familiar en una época de recesión económica –contestó, haciendo una pausa para que Ian digiriese sus palabras–. Si entré en el ejército fue por voluntad

propia, y las consecuencias de esa elección son responsabilidad mía y de nadie más.

Ian asintió con la cabeza. Abraham sabía que no había contestado por completo a sus preguntas, pero el haber hablado de aquello con él hizo que se sintiera menos tenso.

–¿De verdad sólo querías que nos viéramos para charlar un rato? –inquirió Ian.

–¿Tiene algo de malo que quiera pasar un poco de tiempo con mi hijo?

–No, es que… bueno, hace un rato estabas como con la cabeza en otra parte y me preguntaba por qué.

Abraham se rascó la nuca, considerando la posibilidad de hablar sobre sus preocupaciones con él. La idea se le antojaba extraña, pero Ian era ya un hombre hecho y derecho, y sabía que era digno de su confianza.

–Quiero que Nicola venga a Washington conmigo, pero insiste en que no está interesada y la verdad es que me siento confuso.

Ian tomó un sorbo de vino.

–¿Te refieres a que quieres que vaya contigo porque te gustaría que siguiera trabajando para ti?

Su padre frunció el entrecejo sin comprender.

–Claro, ¿por qué si no?

Ian carraspeó.

–Bueno, es que no sabía si tenías un interés más personal en ella.

–Es demasiado joven para mí –respondió Abraham al instante.

Ian asintió con la cabeza pero no dijo nada.

–Debería encontrar a alguien más próximo a su edad –añadió su padre.

Ian siguió callado.

–Además, sería increíblemente estúpido por mi parte que a mi edad y con lo desastrosas que han sido mis relaciones intentase tener algo serio con una mujer que tiene casi veinte años menos que yo.

Ian se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa y lo miró a los ojos.

–Pero sientes algo por ella, ¿no es verdad?

Aquella pregunta tan directa fue como un jarro de agua fría para Abraham, a quien le llevó un momento recobrarse.

–Ya sé que no es asunto mío –le dijo su hijo encogiéndose de hombros–, pero yo creo que cuando uno conoce a una mujer que cambia por completo su mundo, no debería dejarla escapar. Y no lo digo por faltarte al respeto, pero ya no eres un chaval, así que si sientes por Nicola lo mismo que yo siento por Kate deberías echar toda la carne en el asador si no quieres pasar el resto de tu vida lamentándote.

Abraham miró a Ian sorprendido en parte por el modo en que le había hablado, y en parte divertido por lo extraño que le resultaba como padre que uno de sus hijos le estuviese dando consejos.

–¿Cuándo te has vuelto tan directo?

Las comisuras de los labios de Ian se curvaron en una sonrisa.

–Lo he heredado de ti.

Habiendo recibido aviso mediante una llamada al busca de que debía presentarse ante su excelencia, Nicola se dirigió al despacho de Abraham.

Probablemente todavía estaría irritado con ella por haber llamado a sus hijos sin decirle nada. Pues le daba igual, se dijo. No le gustaba disgustarlo, pero, en cierto modo, si siguiese enfadado con ella la separación le resultaría más fácil. Y, sin embargo, a pesar de ese pensamiento, sintió una punzada en el pecho ante la idea de no volver a verlo.

Había momentos en los que todavía le costaba creer que estaba embarazada… hasta que le entraban aquellas horribles náuseas o tenía que echarse una siesta porque no podía con su alma. Y pensar que iba a tener que criar a ese niño ella sola… «No», se dijo luchando contra el pánico que la invadió, «puedo hacerlo; voy a hacerlo».

Armándose de valor, levantó la mano para llamar a la puerta abierta del despacho, pero Abraham, que estaba esperándola de pie frente a su escritorio, fue junto a ella, la tomó de la mano para hacerla entrar, cerró, y tomó sus labios en un largo beso.

–Gracias por entrometerte –le dijo cuando despegó finalmente sus labios de los de ella y se echó hacia atrás para mirarla.

Con el corazón latiéndole como un loco, Nicola parpadeó sorprendida.

–¿Qué?

En los labios de Abraham se dibujó una deslumbrante sonrisa, y en sus ojos relumbró un brillo sensual que la hizo derretirse.

–Gracias por entrometerte –repitió–. He almorzado hoy con Ian y ha ido mejor de lo que nunca hubiera esperado.

Una ola de alivio invadió a Nicola.

–Me alegro –contestó. ¿Que se alegraba?, ¡eso era quedarse corta! Estaba feliz por él, y ansiosa por saber más–. ¿De qué hablasteis?, ¿te hizo alguna pregunta espinosa como temías?

–Bueno, hablamos de muchas cosas, y sí, sí que me hizo alguna que otra pregunta espinosa, pero fue bien –hizo una pausa y se rió entre dientes–. Me ha sorprendido ver lo mucho que se parece a mí en algunas cosas. Jamás lo hubiese pensado.

Nicola sonrió al oír una nota de orgullo en su voz.

–Así que… ¿de tal palo tal astilla?

–Bueno, yo no diría tanto –replicó Abraham–. Me alegra que Ian no tuviera los problemas de aprendizaje que yo tuve. Si de algo me aseguré fue de que mis hijos tuvieran tutores si los necesitaban.

Nicola sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

–¿Le has hablado a Ian de tus problemas de aprendizaje? –inquirió sorprendida.

Abraham sacudió la cabeza.

–No exactamente. Le dije que no era un buen estudiante –respondió.

–En cualquier caso para ti admitir eso ya es mucho –replicó ella–. Me alegro mucho por ti, Abe.

Si no podía compartir su vida con él, al menos quería que tuviese una mejor relación con sus hijos.

Abraham la miró a los ojos.

–Yo también me siento muy feliz, pero lo sería aún más si aceptases venirte conmigo a Washington –murmuró con voz ronca, acariciándole el cabello.

El corazón le dio un vuelco a Nicola, que de pronto se notaba la garganta seca.

–Abe, creía que habíamos acordado que debíamos mantener nuestra relación dentro de los límites de lo profesional.

Abraham negó con la cabeza y acortó la distancia entre ellos.

–Lo acordaste tú, no yo –replicó él–, y no pienso cejar hasta que

me digas que te vendrás conmigo.

Dos días después Nicola tenía la impresión de estar jugando al juego del balón prisionero con Abraham. Por cada paso que daba para alejarse, él parecía dar dos hacia ella. La había invitado tres noches seguidas a cenar, y había conseguido rehusar las dos primeras, pero ese día lo había acompañado a un acto público que había acabado bastante tarde y no se le ocurrió ninguna excusa que poder usar.

El romántico restaurante de moda al que la llevó estaba abarrotado, pero le dio veinte dólares al maître y éste los llevó a una mesa en un discreto rincón con vistas al río.

–¿Qué tomarán de beber? –les preguntó el camarero.

–¿Vino? –le preguntó a su vez Abraham a Nicola.

Ella negó con la cabeza. Tendría que olvidarse de las bebidas alcohólicas durante el embarazo.

–Agua; tengo mucha sed.

Unos minutos después el camarero les servía lo que habían pedido. Nicola en un principio había pensado decantarse por un pescado, pero había leído en una revista que algunos no eran buenos para las embarazadas porque tenían mucho mercurio, y como no recordaba cuáles había preferido pedir pollo a la parrilla con verduras.

–¿Cómo es que no has pedido el atún en salsa? Creía que era uno de tus platos favoritos –inquirió Abraham.

Se había dado cuenta, pensó Nicola. Debería haberse puesto nerviosa, pero el que Abraham se hubiera fijado en aquel pequeño detalle la emocionó.

–Me apetecía algo distinto –contestó encogiéndose de hombros.

Abraham extendió una mano por encima de la mesa y tomó la suya, haciéndola dar un respingo.

–¿Qué estás haciendo? –farfulló Nicola intentando soltarse sin éxito.

Abraham siempre había procurado evitar las muestras de afecto en público; ¿a qué venía aquello?

–Te he tomado la mano. ¿Qué problema hay? –contestó él.

Nicola miró en derredor.

–¿Y si alguien lo ve?

–Entonces se enterarán de la verdad –respondió él con tanta calma que Nicola sintió deseos de gritar–, de que tenemos una relación personal.

–No, tenemos una relación profesional –siseó ella. Abraham enarcó una ceja–. De acuerdo, tenemos una relación personal –se corrigió–, pero no hace falta que lo sepa todo el mundo.

–¿No te parece que estás siendo un tanto exagerada? Sólo te he tomado de la mano, no me he encerrado contigo en el ropero. Aunque, pensándolo bien… –dejó la frase en el aire con una sonrisa lobuna en los labios, como sugiriendo que no le importaría hacer toda clase de cosas con ella en ese lugar.

Nicola, que sintió que de repente le ardían las mejillas, agarró su copa de agua y tomó un buen tragó. Al ver al camarero dirigiéndose hacia ellos con el pan y las ensaladas apartó su mano y le siseó a Abraham en un tono lo más severo posible que se comportase.

Cuando el camarero los hubo dejado a solas de nuevo, Nicola inspiró profundamente para calmarse y pinchó unas hojas de lechuga con el tenedor. Pero, justo cuando se las iba a meter en la boca sintió la mano de Abraham en su muslo, y el tenedor se le cayó ruidosamente sobre el plato.

–¿Se puede saber qué te ha dado? –le siseó mirándolo con incredulidad metiendo la mano por debajo del mantel para apartar la de él.

Sin embargo, Abraham entrelazó sus dedos con los de ella, y aquel tierno gesto la desconcertó.

–Te echo de menos –murmuró mirándola a los ojos.

El corazón de Nicola palpitó con fuerza. Tenía que poner fin a aquello, se dijo mordiéndose el labio inferior.

–¿Cómo puedes echarme de menos? No me he ido a ninguna parte.

–Sí que lo has hecho. Últimamente estás como ausente. Sé que sientes algo por mí, Nic; ¿por qué estás evitándome?

«Porque no te merezco; porque estoy embarazada; porque si la verdad saliese a la luz podría acabar con tu carrera y yo no quiero eso».

–Ya te lo he dicho, Abe; tú te irás a Washington dentro de unas semanas y pensé que sería más fácil para ambos si dejáramos de…

–«de tener esas maravillosas sesiones de sexo, de pasar tanto tiempo juntos que cada minuto que estoy sin ti siento como si me fuera a volver loca», pensó, pero obviamente no podía decirle eso. Se aclaró la garganta–… si volviéramos a una relación profesional.

–No estoy de acuerdo –le respondió él en un tono suave pero firme–; yo creo que deberíamos aprovechar cada segundo de los días que nos quedan, sobre todo si insistes en quedarte aquí y no venir conmigo.

–Abe, no…

Abraham puso una mano sobre sus labios para cortarla.

–No es momento de discutir; quiero que te olvides de eso ahora y disfrutes de la velada –le dijo–, pero también quiero que sepas que no voy a darme por vencido, Nicola. Haré todo lo que esté en mi mano para hacerte cambiar de opinión.

Nicola alzó la vista y vio los ojos azules de Abraham, y al ver la expresión de firme determinación en ellos supo que hablaba en serio. ¿Qué iba a hacer?, ¿cómo podría seguir negándose cuando lo que deseaba era ir con él?

Capítulo Tres

Nicola iba en la limusina repasando con Abraham su discurso, camino de una charla-coloquio con una asociación de pequeños empresarios, cuando le sonó el móvil.

–Disculpa –le dijo sacando el aparato del bolso–. ¿Diga?

–¿Señorita Granville? Soy Carolyn Hopkins, la dueña de la casa amueblada de la calle King. Si está de acuerdo con la cantidad mensual de que hablamos y con el depósito inicial que tendría que pagar, está disponible.

–Oh, estupendo.Y sí, el precio del alquiler me parece perfecto. ¿Cuándo podría instalarme?

–Cuando quiera; la casa ya está limpia.

–¿Alquiler? –repitió Abraham a su lado. El tono de su voz rezumaba sorpresa y disgusto–. ¿Cuándo has…?

Nicola lo miró de reojo y se mordió el labio. No había pensado cómo iba a decírselo a Abraham, pero tenía más que tomada la decisión de irse de alquiler hasta que él se marchase a Washington; era demasiado difícil intentar mantener en secreto su embarazo teniendo que pasar veinticuatro horas al día con él. Sin embargo, había tenido la esperanza de poder darle la noticia de un modo indirecto, como un mensaje por correo electrónico, por cobarde que eso resultara.

–Gracias, señora Hopkins; mañana me pasaré por ahí para entregarle el depósito. Hasta luego.

Colgó el teléfono y bajó de nuevo la vista al discurso.

–¿Sabes?, creo que les interesará especialmente tu defensa de la bajada de impuestos a la pequeña empresa y…

–¿Por qué diablos te vas de alquiler? –la cortó él–. ¿Y cuándo tenías pensado decírmelo?, ¿cuando ya te hubieras ido?, ¿por correo electrónico?

Nicola esbozó una mueca. A veces esa capacidad que tenía Abraham de leer su mente la ponía en las situaciones más incómodas.

–Me voy de alquiler porque ya no hace falta que siga viviendo en Crofthaven. Cuando me ofreciste una de las habitaciones de invitados fue porque con la campaña algunos días llegábamos a trabajar hasta dieciséis horas y yo estaba empezado a plantearme dormir en el coche para no tener que conducir de noche –le contestó. Abraham abrió la boca como para decir algo, pero no le dio tiempo–. Pero las cosas han cambiado. Ya no tenemos ese ritmo frenético de trabajo.

–Creía que te gustaba Crofthaven.

A Nicola se le encogió el corazón. ¿Cómo podría no gustarle la mansión en la que su familia había vivido durante generaciones? El mayor tiempo que ella había permanecido en una casa había sido un año y medio, con una de las familias que la habían acogido de adolescente.

–Y me gusta; su historia, su elegancia… y seguro que en Navidad estará preciosa, decorada para las fiestas.

–Entonces, ¿por qué tienes tanta prisa por marcharte? –inquirió él escrutando su rostro.

–Porque la gente podría empezar a murmurar si se supiera que sigo viviendo allí ahora que ya han pasado las elecciones.

A Abraham aquella excusa no lo convenció.

–Crofthaven es enorme; además, no es como si durmieses en mi habitación o yo en la tuya –añadió con un brillo travieso en los ojos.

Nicola sintió que una ola de calor la invadía. Ciertamente, aunque habían vivido bajo el mismo techo durante todos esos meses, no podía decirse que hubieran compartido cama a menudo. Sus relaciones sexuales siempre habían sido… espontáneas: en más de una ocasión habían acabado haciendo el amor en el despacho, y luego había estado esa vez en la limusina… La boca se le secó de sólo recordarlo, y tomó su botella de agua para dar un buen trago.

Por suerte para ella habían llegado a su destino, un hotel de la ciudad donde se iba a celebrar el encuentro con la asociación de pequeños empresarios.

–Oh, mira, ya estamos aquí –balbució guardando los papeles en su cartera mientras el chófer detenía el vehículo frente a la entrada.

Abraham puso una mano sobre la suya.

–Nic, ¿qué es lo que te ocurre? Últimamente te comportas de un modo extraño.

A pesar de la fuerza con que el corazón estaba golpeándole contra las costillas, Nicola intentó recordarse que, por mucho que Abraham pareciese poder leerle a veces el pensamiento, no tenía rayos X en los ojos y no había manera alguna de que se enterase de que estaba embarazada a menos que ella se lo dijese.

–No me ocurre nada; es sólo que hemos pasado a otro nivel. La campaña ha terminado, y mientras tú estás preparando tu traslado a Washington, yo estoy barajando las opciones laborales que tengo.

«Eso es», se dijo, «un tono calmado y profesional».

Abraham la miró largamente antes de reírse entre dientes y sacudir la cabeza.

–A mí no me engañas, Nic –le dijo levantando su mano hasta sus labios y besándola–. Estás tratando de huir de mí, y me preguntó por qué.

Nicola contuvo el aliento. «Mejor no quieras saberlo», respondió para sus adentros.

–No creo que debamos hacer esperar a esa gente –murmuró soltando su mano.

Abraham iba a replicar, pero antes de que pudiera hacerlo el portero del hotel estaba abriéndole ya la puerta a Nicola y ayudándola a bajar.

A la mañana siguiente, vestida con un albornoz y con el cabello todavía húmedo de haberse duchado, Nicola iba del armario a la cama, guardando su ropa en la maleta que había colocado sobre ella. Sabía que era lo mejor, pero aun así no podía evitar sentirse triste ante la idea de abandonar Crofthaven.

El estar haciendo el equipaje le recordó su adolescencia, que había sido como una mudanza constante. La asistente social le había asegurado que ella no era el motivo de ese trasiego de una familia adoptiva a otra, que no había sido porque no la hubieran querido, sino que se había debido a situaciones ajenas a ella: un divorcio, una pérdida de empleo, un traslado…

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos. Probablemente sería el ama de llaves, se dijo.

–Adelante.

Sin embargo, fue Abraham quien entró en la habitación, y al

verlo el corazón le dio un vuelco a Nicola.

Los ojos de Abraham recorrieron su figura de arriba a abajo, desnudándola con la mirada. Luego se posaron en la maleta, y Nicola supo que iban a tener otra vez esa conversación.

–No hacía falta que buscases una casa de alquiler, Nic –le dijo–, si te vinieras conmigo a Washington…

–Cosa que no voy a hacer… –le recordó ella.

Abraham apretó la mandíbula.

–Sé que Crofthaven puede parecer un lugar frío; probablemente mis hijos detestan la solemnidad de este caserón, y sería comprensible, porque mi hermano y yo también crecimos aquí y había momentos en los que nos ocurría lo mismo, pero…

–No es eso, Abe, a mí esta mansión me parece fascinante –le aseguró ella–, y no por el edificio en sí, ni por el interior, sino por el hecho de que tu familia ha vivido aquí durante generaciones.

–Te he oído decir eso muchas veces –comentó él–, como si para ti la familia fuese algo muy importante, pero nunca me has hablado de la tuya, de tu gente.

Nicola se encogió de hombros.

–Eran muy distintos de vosotros.

A Abraham no le pasó desapercibido el matiz de desdén en su voz.

–Bueno, el que una persona sea distinta de de otra no significa que sea peor.

–En este caso sí, créeme –replicó ella.

–En una ocasión me dijiste que eras hija única, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

–¿Y tu madre no vive ya?

–No, murió a mis diez años.

–Entonces, ¿te crió tu padre?

–No –contestó ella. Aquella conversación la estaba haciendo sentirse muy incómoda. No tenía demasiados recuerdos de su padre, que las había abandonado a su madre y a ella mucho antes de que su madre enfermara–. ¿Te importaría que dejásemos el tema? Es algo de lo que no me gusta hablar.

Abraham se calló, pero Nicola estaba segura de que había muchas más preguntas que quería hacerle, preguntas para las que quería respuestas.

–Yo jamás te juzgaría, Nic –le dijo finalmente en un tono quedo–. Todo el mundo sabe que he cometido muchos errores en mi vida y no siempre he actuado con buen criterio. Lo sabes todo de mí, y yo en cambio apenas sé nada de ti –le dijo mirándola a los ojos.

El corazón de Nicola palpitó con fuerza.

–Con lo que sabes ya es bastante –replicó.

Pero él sacudió la cabeza.

–A lo largo de la campaña te he ido conociendo, y he vislumbrado a la mujer fuerte, dinámica, sensual, y cariñosa que hay en ti, pero sé que hay mucho más. Ni siquiera he sido capaz de encontrar aún tu punto débil.

–Eso es porque siempre intento mantenerlo protegido –respondió ella.

–Si me dejaras podría protegerlo yo –le susurró Abraham.

Su voz había sonado tan sugerente que a Nicola le pareció que la sangre que fluía por sus venas se hubiese tornado en espesa miel.

Esbozó una sonrisa forzada.

–Te lo agradezco, pero no hace falta. No necesito que me protejan; ya no soy una niña.

–Eso es más que evidente –murmuró Abraham mirándola de arriba abajo de un modo lascivo. Dio un paso hacia ella, y Nicola sintió esa especie de chispa eléctrica que saltaba entre ellos cuando estaban cerca–. Claro que está lo que se necesita y lo que se quiere. Una mujer hecha y derecha no tiene por qué conformarse con lo que necesita si puede conseguir lo que quiere.

Inclinó la cabeza para tomar sus labios en un beso y empezó siendo tentador para luego convertirse en algo más, algo parecido al bombón más exquisito y cremoso que hubiese probado jamás.

Sin embargo, se suponía que había decidido ponerse a dieta, una dieta rigurosa en la que le estaba prohibido tomar bombones de la marca «Abe». Intentó despegar sus labios de los de él, pero era como si su boca se negase a obedecer las órdenes de su cerebro. Era tan agradable…

Finalmente fue Abraham quien puso fin al beso.

–¿Qué es lo que quieres tú para ti, Nic? –le preguntó en un susurro.

Con el corazón latiéndole como si fuera a salírsele del pecho,

Nicola inspiró profundamente en un intento por recobrar el control sobre sí misma, pero se arrepintió cuando el olor de su aftershave le inundó las fosas nasales. Abraham no era de esos hombres que se echaban litros, sino sólo lo justo como para que sintiese deseos de hundir el rostro en su cuello. Sacudió la cabeza y dio un paso atrás.

–A veces lo que queremos no es lo mejor para nosotros –contestó, maldiciendo para sus adentros por que le faltara el aliento–, y tú eres como los bombones: si se comen muchos se acaba engordando.

–Ah, pero soy bajo en calorías –replicó él–; soy un capricho que no te hará engordar ni un gramo.

Nicola contuvo la risa. ¿Que no engordaría ni un gramo? Si él supiera… Dentro de unos meses parecería una ballena.

A pesar de los esfuerzos de Abraham por convencerla para que no se fuera, Nicola dejó Crofthaven y él se pasó el fin de semana echándola de menos. El martes, como había acordado con Adam, se reunieron en D&D, una cafetería del casco histórico de Savannah perteneciente a la cadena del mismo nombre de la que su hijo era socio.

–Parece que el negocio va bien –comentó Abraham mirando en derredor mientras removía su café.

–Sí, la verdad es que sí. Esta nueva mezcla que hemos sacado se está vendiendo tan bien que se estamos teniendo que reponer las existencias constantemente. Supongo que ahora, con la llegada de las navidades y el ajetreo de las compras la gente necesita una inyección extra de cafeína. Pruébalo y dame tu opinión.

Abraham levantó su taza y tomó un sorbo.

–No está mal –respondió–. Tiene un sabor peculiar… ¿canela?

–Exacto.

–Vaya, eso significa que no todas mis papilas gustativas han muerto –dijo su padre con una sonrisa.

Adam frunció el entrecejo.

–¿Qué se supone que quiere decir eso? ¿Tienes algún problema de salud?

–Sí, se llama «envejecer». Con los años el gusto se va perdiendo, igual que el oído, la vista…

–Mmm… –murmuró Adam pensativo–. ¿Tiene esto algo que ver con Nicola?

Entonces fue Abraham quien frunció el entrecejo.

–¿Por qué lo preguntas?

Adam se encogió de hombros.

–Bueno, es que Ian me dijo que a él le parece que tu interés por Nicola va más allá de lo estrictamente profesional. ¿Oiremos campanas de boda?

–¿Qué estás diciendo, Adam? Nicola es casi veinte años más joven que yo.

–Sí, pero tú te cuidas. Por tu aspecto nadie diría que tengas la edad que tienes. Además es posible que a ella no le interesen los hombres jóvenes.

–No veo por qué no habrían de interesarle –contestó Abrahm tomando otro sorbo de café.

–¿Estás tratando de convencerme a mí, o de convencerte a ti mismo? –le espetó Adam perdiendo la paciencia–. Si el propósito de que quedáramos hoy a tomar café era recibir mi bendición respecto a una relación personal con Nicola, cuentas con ella, papá.

Abraham se quedó sin habla por un momento.

–El propósito de quedar hoy aquí era pasar un rato juntos para poder charlar, nada más –le dijo finalmente–. ¿Por qué diablos piensas que esto tiene algo que ver con Nicola?

–Pues por eso que me comentó Ian, y porque me dijo que le contaste que mamá y tú no fuisteis muy felices.

Abraham suspiró.

–¿Te ha relatado toda nuestra conversación?

–Bueno, sí –admitió Adam–. Ninguno tenemos una relación estrecha contigo, así que cuando uno consigue asomarse a esa ventana que casi siempre tienes cerrada, luego lo comparte con los demás.

–¿Os sigo resultando igual de inaccesible ahora que sois mayores?

–Sí y no –respondió su hijo–. Durante todos estos años para nosotros has sido como un mito, un coloso, y ninguno de nosotros cuestionó jamás tus logros, pero me sorprendió enterarme, también por Ian, de que habías tenido problemas con los estudios. Fue reconfortante saber que no eras perfecto en todo.

–Eso mismo dijo Nicola cuando supo que era disléxico –respondió Abraham–. Lo descubrió por accidente una noche, a las tres de la madrugada, cuando estábamos repasando un discurso y al leerlo a mí no hacían más que trabucárseme las palabras. En parte era por el cansancio, pero ella intuyó que había algo más, y al final acabé confesándoselo.

Adam estaba mirándolo boquiabierto.

–¿Eres disléxico?

–Así es –asintió Abraham, sintiéndose vulnerable, pero también aliviado–. Por eso me aseguré de que todos tuvierais tutores si los necesitabais.

–Y Nicola lo descubrió… –repitió Adam, que todavía no acababa de creérselo–. Bueno, desde luego puede decirse que no se le escapa nada. Es la clase de mujer a la que sólo un tonto dejaría escapar, igual que Selene. Tuve que recurrir al ingenio para que me concediera una cita, pero valió la pena.

Curioso, Abraham miró a su hijo a los ojos.

–¿Al ingenio? ¿Qué quieres decir?

–Pues, como no tenía su número de teléfono, se me ocurrió dejarle un mensaje en el tablón–explicó Adam, señalando con la cabeza el tablón de anuncios que había en la pared junto a la entrada–. Tengo entendido que ha surgido más de una historia de amor gracias a él.

Abraham sacudió la cabeza divertido ante las tácticas de su hijo. Él siempre había preferido ser directo.

–Bueno, pero basta de hablar de mí –le dijo–. ¿Cómo van los preparativos para la boda? ¿Y cómo se encuentra Selene?

–La boda es el doce de diciembre a las siete de la tarde… por si acaso has olvidado anotarlo en tu agenda.

Abraham advirtió el tono cínico en la voz de su hijo. Era obvio que pensaba que nunca se preocupaba por nada que le concerniera; pero se equivocaba.

–Ya lo sabía –le dijo poniéndose serio–. Adam, yo… siento no haber estado a tu lado cuando te he hecho falta. Ahora ya eres un hombre hecho y derecho, un hombre de éxito, y no me necesitas, pero si en algún momento pudiera ayudarte en cualquier cosa… me sentiría muy honrado si me llamases.

Adam bajó la vista, y cuando volvió a alzarla miró a su padre

con un cierto escepticismo.

–¿Por qué este cambio? –inquirió.

Abraham esbozó una sonrisa triste.

–Llevo demasiado tiempo huyendo. Hasta ahora creía que lo que estaba haciendo era correr hacia el próximo desafío, pero me he dado cuenta de que en buena parte estaba huyendo de mis errores, y a menos que te enfrentes a los problemas, no podrás solucionarlos.

–Es un poco tarde para eso –dijo Adam.

Abraham sintió una punzada en el pecho.

–Lo sé, pero el remordimiento habría estado devorándome por dentro hasta el día de mi muerte si no lo intentaba al menos.

Adam se quedó callado largo rato.

–Bueno, es posible que, a pesar de lo que dice el refrán, el perro viejo sí pueda aprender un par de trucos nuevos. El tiempo lo dirá.

–El tiempo lo dirá –repitió su padre.

Abraham había imaginado que Adam no iba a perdonarlo sólo porque hubieran quedado a tomar un café y él se hubiera disculpado, pero al menos era un comienzo.

–Gracias por hacerme un hueco en tu agenda –le dijo esbozando una sonrisa.

–Quizá podríamos repetirlo otro día –dijo Adam vacilante.

La sonrisa de Abraham se hizo más amplia.

–Me encantaría.

Capítulo Cuatro

El jueves por la mañana Nicola había quedado en desayunar en Crofthaven con Abraham, y cuando entró en el comedor ya estaba sentado en la cabecera de la mesa esperándola.

–Me han pedido que asista a una fiesta navideña que da el gobernador en su mansión –le dijo al verla–. Y ya que la prensa estará allí… me gustaría que vinieras conmigo –añadió–. ¿Te sirvo? –le preguntó levantando la cafetera, mientras Nicola colgaba el abrigo en el respaldo de la silla a la derecha de la suya.

–No, gracias. Tomaré té.

–¿Té? ¿Te has puesto a dieta?

Nicola parpadeó.

–No, no estoy a dieta, aunque no me vendría mal perder algunos kilos –respondió aclarándose la garganta–; pero gracias por el cumplido –añadió en un tono quedo.

–¿Qué dices?, no te hace falta perder ni un gramo –replicó él, recorriendo su curvilínea figura mientras se sentaba–. Estás perfecta como estás.

El sólo recordar la sensación del tacto sedoso y cálido de su cuerpo desnudo frotándose contra él suyo lo hizo excitarse.

–Gracias –murmuró ella mordiéndose el labio inferior y apartando la vista. Se aclaró la garganta y extendió la mano para alcanzar la tetera–. ¿Cuándo es la fiesta del gobernador?

–El sábado por la noche.

Nicola, que estaba tomando un sorbo de té, casi se atragantó y empezó a toser.

–¿Éste sábado?

Abraham asintió.

–Será una cena formal y habrá baile –le explicó–. Probablemente acabará tarde, así que estaba pensando que podríamos hacer noche en Atlanta.

–Oh, no creo que sea necesario.

A Abraham le pareció advertir una nota de nerviosismo en su

voz, pero no supo si sentirse irritado o halagado.

–Bueno, a mí no me apetece volver a las dos de la mañana si no tenemos por qué.

Nicola lo miró a los ojos.

–Está bien, pero dormiremos en habitaciones separadas.

–Por supuesto –respondió él. «Separadas pero contiguas…»–. Y luego está la boda de Adam y Selene, que es dentro de unos días –añadió.

–Bueno, eso es una celebración familiar, así que no iba a asistir –contestó ella.

–¿No quieres ir a la boda de Adam? –inquirió Abraham, como ofendido.

Nicola abrió la boca y apartó la vista.

–No es eso; me encantaría ir, pero me parece que estaría de más allí.

–No digas bobadas; para mis hijos eres parte de la familia, Nic –le espetó él–. Yo diría que tienen incluso más confianza contigo que conmigo –añadió con cierta aspereza.

–¿Cómo te fue con Adam? –inquirió ella cambiando de tema.

–Se mostró algo cínico… y sus motivos tiene, hay que entenderlo… pero creo que está abierto a la posibilidad de que quedemos más veces para charlar.

Nicola suspiró y sacudió la cabeza.

–Sé que no estuviste a su lado cuando a tus hijos les habría gustado que lo hubieses estado, pero nunca les faltó de nada, recibieron una buena educación, y tuvieron el cariño de tu hermano Harold –le dijo poniéndose de pie–. Su falta de objetividad a veces me enfada.

–¿Qué quieres decir?

Nicola resopló de pura frustración.

–Pues, para empezar, que no han tenido que mudarse de un sitio a otro; siempre han tenido un lugar al que poder llamar «hogar». No han tenido que preocuparse por que los despertaran en mitad de la noche y les dijeran que tenían que hacer la maleta porque iban a llevarlos con otra familia. Hay situaciones mucho peores que la que ellos han vivido.

Abraham le había oído expresar antes esa misma opinión, pero se había sentido demasiado culpable como para admitir que llevaba

parte de razón.

La miró allí de pie, junto a la ventana, con los brazos cruzados, y de pronto comprendió que estaba hablando de ella misma. Se levantó y fue hacia ella.

–¿Es lo que te ocurrió a ti? –le preguntó.

Nicola se sonrojó y sacudió la cabeza.

–Perdona, no debería haberme metido; es asunto tuyo, no mío.

Abraham se rió.

–Que yo sepa eso nunca te ha detenido, así que… ¿por qué habría de hacerlo ahora? –le dijo–. Además, no has contestado mi pregunta: ¿fue eso lo que te ocurrió a ti?

Nicola apartó el rostro.

–Mira, Abe, yo… no me gusta hablar de ello, ¿de acuerdo?

–Por favor –la instó él.

Abraham miró a Nicola y por la expresión de su rostro contraído supo que estaba debatiéndose entre callar o hablar. Cerró los ojos un instante y los volvió a abrir.

–Cuando mi madre murió no había nadie más que pudiera hacerse cargo de mí –dijo finalmente–. Crecí en casas de acogida; en varias. Las familias que me tocaron fueron en su mayoría buena gente, pero ninguna de ellas tuvo mucha suerte. En una ocasión tuve que marcharme porque el padre había perdido su empleo, otra porque la pareja que me había acogido se iba a divorciar… Por eso no puedo evitar que me hierva la sangre cuando te oigo decir que tus hijos se muestran fríos contigo a pesar de que les diste muchísimo más de lo que yo jamás habría podido soñar.

Abraham se quedó callado largo rato antes de volver a hablar.

–Debió ser muy duro para ti –murmuró.

Nicola esbozó una sonrisa triste.

–Lo fue.

–¿Y cómo es que nunca te has casado? –inquirió Abraham sin poder reprimirse.

–Bueno, supongo que porque durante todos estos años me he dedicado de lleno a mi trabajo, y porque no he encontrado al hombre adecuado –respondió encogiéndose de hombros.

–¿Pero te casarías si lo encontraras?

Nicola se giró hacia la ventana.

–No todo el mundo encuentra a la persona adecuada, y aun

cuando la encuentra a veces las cosas sencillamente no funcionan.

Nicola se sentía como si la hubiese arrollado un camión. «Y ese camión tiene un nombre: Abraham Danforth», farfulló para sus adentros mientras salía tambaleándose del cuarto de baño en dirección al sofá por tercera vez en una hora. Gracias a Dios que le había pedido el día libre a Abraham.

Se tumbó y cerró los ojos intentando sobreponerse a las molestias que tenía en el estómago. «Se pasará, se pasará…», se repitió una y otra vez, deslizando una mano sobre su vientre A pesar de las náuseas y demás incomodidades del embarazo sentía un tierno impulso de proteger al pequeño ser que estaba creciendo en su interior. ¡Deseaba tanto poder ser una buena madre para él!

Leería libros, iría a clases… haría todo lo posible por hacer las cosas bien. De hecho, cuando no estaba hecha un manojo de nervios por la ansiedad que la invadía a cada momento, o intentando reprimir lo que sentía por Abraham incluso se sentía ilusionada ante la idea de ser madre.

Después de echarse una siesta se tomó un caldo de pollo con fideos chinos y unas galletas saladas, y luego se puso a separar la ropa que tenía en el cesto para poner una lavadora, y estaba ya seleccionando el programa cuando sonó el timbre de la puerta.

«¿Quién puede ser?», se preguntó mientras se dirigía al vestíbulo, «nadie sabe todavía que me he venido a vivir aquí». Echó un vistazo por la mirilla, y el estómago le dio un vuelco. ¡Abraham! Bajó la vista al chándal que llevaba puesto y maldijo en voz baja. El timbre volvió a sonar, y abrió la puerta de mala gana. Abraham estaba allí de pie, sosteniendo un árbol de Navidad en una mano, y dos grandes bolsas en la otra.

–Feliz Navidad, Nic –la saludó–. Pensé que con la mudanza no tendrías tiempo de comprar un abeto, así que…

Nicola sintió una punzada en el pecho. En su infancia no había tenido muchas navidades felices, y con el tiempo había aprendido a no esperar demasiado de ellas. De hecho, incluso habiendo dejado atrás aquellos años apenas hacía nada especial para celebrar esas fiestas.

El abeto que le había llevado Abraham no sólo la sorprendió,

sino que también le hizo pensar en las navidades del año siguiente, que celebraría con su bebé.

–Gracias –le dijo sin poder reprimir una sonrisa–. Ha sido una sorpresa maravillosa, y tienes razón, probablemente no se me habría ocurrido ir a comprar uno hasta que ya no quedasen.

–También te he comprado algunos adornos y luces.

–Has pensado en todo –respondió ella tomando las bolsas y echando un vistazo a sus contenidos.

–Y no sólo eso; además te ayudaré a ponerlo y a decorarlo –le dijo Abraham llevando el árbol dentro.

Nicola abrió la boca para rehusar su ofrecimiento, pero se dio cuenta de que quedaría como una desagradable si le dijese: «Bueno, gracias por el abeto; ya te puedes ir».

–Um… no es necesario, Abe. Debes tener un montón de cosas que hacer.

–No tantas –replicó él–. ¿Y tú? ¿Tienes planes para esta tarde?

Por un momento Nicola consideró la posibilidad de mentir y decirle que sí, pero no tenía sentido porque el chándal la delataría.

–No, la verdad es que no; los únicos planes que tenía eran relajarme un poco. De hecho llevo la mayor parte del día tirada en el sofá.

Abraham escrutó su rostro en silencio durante largo rato, y alzó una mano para tocarle la mejilla.

–¿Sigues sin encontrarte bien? Te veo un poco pálida.

«Oh, no, por favor, no entres en ese tema», rogó Nicola para sus adentros.

–Es que como no tenía que ir a ningún sitio no me he puesto colorete –contestó–. No es muy galante hacer notar la falta de maquillaje en una dama –lo reprendió, intentando que le quitase importancia al asunto.

–Bueno, en ese caso te compensaré pidiendo comida china para que podamos cenar mientras ponemos el árbol.

A Nicola le entró un ataque de pánico. ¿Cenar? Pensaba que sólo iba a quedarse un rato… ¿Y comida china? Su estómago se revolvió únicamente de pensarlo.

–No te molestes, Abe, yo me he tomado un poco de sopa hace un rato. Si tienes hambre ve a la nevera y come lo que quieras.

–Bueno, quizá luego, ahora no tengo apetito –contestó él–. Bien,

pongámonos manos a la obra con el árbol entonces.

En un periquete el abeto estaba colocado en la base, y el olor a pino puso a Nicola de un humor más festivo. Le sirvió a Abraham un vaso de sidra, e incluso encontró una emisora en la que estaban poniendo música navideña.

Ayudó a Abraham con las luces, y luego él fue a por las bolsas.

–No te imaginas la cantidad de adornos distintos que venden –le dijo tendiéndole una–, es como para volverse loco.

Nicola abrió la bolsa y empezó a sacar adornos. Había campanitas doradas, bolas de cristal pintadas, ángeles, figuritas de niños vestidos con ropa de invierno y bastoncillos de caramelo en las manos…

–Abe, son preciosos… –murmuró alzando la vista hacia él–. Debió llevarte mucho tiempo escogerlos.

Abraham se encogió de hombros.

–Pensé que lo mejor sería comprarlos variados, y mi criterio fue llevarme los que me parecían bonitos, y los que tenía la corazonada de que te gustarían a ti –le explicó él.

Nicola sintió que el corazón se le encogía de la emoción, y cómo, sin poder remediarlo, ardientes lágrimas acudieron de pronto a sus ojos. «Oh, no, no puedo llorar…», se dijo parpadeando en un intento desesperado por contenerse.

–Nic… ¿qué te ocurre?

–N-nada. Es que ha sido un detalle tan bonito por tu parte… No sé qué decir. Nadie me había comprado jamás un árbol de Navidad con todos sus adornos –le dijo tragando saliva con fuerza para tratar de deshacer el nudo de emoción que se le había formado en la garganta.

–Estás llorando… –murmuró Abraham sin poder creerlo–. Nunca te había visto llorar. Vamos, ven aquí –dijo en un tono quedo abriéndole los brazos.

–No, no, Abe… estoy bien… –balbució ella.

Pero Abraham, ignorando sus protestas, tomó asiento en una silla, la sentó en sus rodillas, e hizo que se recostara contra su pecho, como si fuera una niña. Nicola cerró los ojos, y por su mejilla rodó una lágrima.

–¿Qué te ha hecho acabar llorando, Nic? –le preguntó suavemente.

Nicola sollozó.

–Es que eres tan bueno conmigo… no estoy acostumbrada a eso.

–¿No estás acostumbrada a que la gente sea buena contigo? –repitió él, entre confundido y exasperado–. Debe ser que hasta ahora te has rodeado de las personas equivocadas; no se me ocurre cómo podría nadie no querer portarse bien contigo.

Nicola suspiró y esbozó una sonrisa.

–Bueno, gracias por el árbol y todo lo demás, y perdóname por este momento lloroso.

Abraham la tomó de la barbilla y le alzó el rostro para que lo mirara a los ojos.

–Me alegra que te haya gustado la sorpresa; y no hay nada que perdonar.

Si seguía mostrándose tan encantador acabaría tirándose de los pelos, se dijo Nicola sintiendo que la emoción hacía que el corazón se le encogiese. Intentó levantarse, pero él se lo impidió.

–No tan rápido –le dijo.

–Todavía tenemos que decorar el árbol –replicó Nicola.

No era buena idea permanecer sentada en sus rodillas durante más de tres segundos; no cuando la química entre ellos no había disminuido ni un ápice.

–Eso puede esperar. Quiero que hagas algo por mí. Cierra los ojos… no voy a quitarte la sudadera ni nada de eso –le aseguró al verla reticente–. Me gustaría hacerlo, pero me contendré. Anda, cierra los ojos.

Con el corazón desbocado, Nicola hizo lo que le decía.

–Y ahora imagínate que tienes diez años. ¿Qué le pediste a Santa Claus esas navidades?

Nicola se vio a sí misma con diez años, triste pero a la vez esperanzada.

–Le pedí que hiciese que mi madre se pusiese bien.

–Oh, cariño… –dijo Abraham acariciándole el cabello.

–Mi madre solía hacer eso –murmuró Nicola–. Le encantaba jugar con mi pelo. Era lo más reconfortante del mundo –se quedó callada y se rió suavemente para luego abrir los ojos–. Tiene gracia; no había recordado eso en todo este tiempo.

Abraham le tapó los ojos con la mano.

–Todavía no hemos acabado.

Nicola dejó escapar un gruñido de impaciencia.

–De acuerdo, pero si yo lo hago, luego tú tendrás que hacerlo también.

Abraham se quedó callado, como considerándolo.

–Está bien –farfulló a regañadientes–. Pero ahora sigamos contigo: tienes quince años; ¿qué quieres por Navidad?

–Vivir en la misma casa durante el resto de mi vida –contestó ella sin pensarlo–, un disco de Jon Bon Jovi, y unos vaqueros que no sean usados… ah, y también todos los libros que escribió Louisa May Alcott y un hermano o una hermana.

No estaba segura de que le gustase aquel juego; recordar su niñez y su adolescencia la hacía sentirse muy vulnerable.

–Tu turno –le dijo a Abraham–. Cierra los ojos.

–Pero si hace una eternidad que no pienso en esa época… –protestó él.

–Mala suerte. Tampoco yo. Vamos, cierra lo ojos –le dijo Nicola tapándoselos al ver que no obedecía–. Está bien; tienes ocho años. ¿Qué quieres para Navidad?

–Poder leer un libro de cien páginas, sacar buenas notas para que mi padre se sienta orgulloso de mí, un muñeco G.I. Joe, y un tanque de juguete.

Nicola sonrió al escuchar aquella agridulce combinación de deseos.

–Seguro que en el vientre de tu madre ya tenías vocación militar.

Abraham se rió entre dientes.

–Dudo que el instructor que tuve en mi época de cadete estuviera de acuerdo contigo en eso.

–Bueno, ahora tienes dieciséis años –dijo ella volviendo al juego–; ¿qué quieres por Navidad?

–Eso es fácil: un coche para poder llevar a mi novia de paseo, y poder besarme con ella en el asiento de atrás, y si tengo suerte quizá también…

–¿Lo hiciste? –inquirió Nicola curiosa.

–No ese año –contestó él con una sonrisa traviesa.

–Pues probablemente fue lo mejor, «señor Semental» –farfulló ella burlona, intentando levantarse de nuevo.

Abraham la retuvo, pero se echó hacia atrás para mirarla.

–¡Eh!, ¿a qué ha venido eso?

–A nada –replicó ella. Es sólo que estaba pensando que, a la vista de que tienes cinco hijos, o más bien seis, contando con Lea, parece que no te cuesta mucho concebir, así que si hubieras empezado tan joven ahora tendrías todavía más hijos.

Abraham se encogió de hombros.

–Puede ser. En fin, por suerte no creo que ocurra más. Una de las ventajas de hacerse mayor es que según parece los espermatozoides se vuelven vagos.

«Yo no contaría con eso», pensó Nicola mordiéndose la lengua.

Capítulo Cinco

Vestida con un traje de noche verde de satén y con el pelirrojo cabello cayéndole sobre los blancos hombros, Nicola parecía una combinación de las joyas más hermosas: esmeralda, por su vestido y sus ojos, rubí, por sus labios, y perlas por el color nacarado de su piel.

Cuando entró con ella en la mansión del gobernador, Abraham tuvo una sensación curiosa. Nicola había asistido a muchos eventos con él, pero aquella noche era diferente. Tal vez ella lo viera sólo como trabajo, y eso era lo que él mismo le había dicho para convencerla de que fuera con él, pero en realidad si se lo había pedido había sido porque quería su compañía.

Durante una hora entera estuvo saludando Abraham a diversos invitados importantes bajo la constante supervisión de Nicola, que se aseguró de que no se olvidara de nadie. Tenía la sensación de estar otra vez en campaña, sólo que en vez de decir «espero que vote por mí» la frase había cambiado a «gracias por haberme apoyado».

Únicamente cuando se anunció la cena pudo tomarse un respiro.

–Gracias a Dios –murmuró Nicola, tan aliviada como él.

Abraham le ofreció su brazo.

–Espero que te hayan sentado a mi lado –dijo.

Nicola alzó el rostro para mirarlo.

–Sabes que eso no va a ocurrir; tú estarás en una mesa y yo en otra. Recuerda que tú eres un hombre influyente y fascinante, un senador, y yo soy alguien sin importancia, alguien que trabaja para ti, una aburrida relaciones públicas.

Abraham frunció el entrecejo irritado.

–Bobadas. Tú no eres aburrida –se detuvo y la miró a los ojos para que le quedara bien claro lo que iba a decirle–: Y para mí eres mucho más que una empleada.

Nicola lo miró con los ojos muy abiertos y sus mejillas se tiñeron de rubor.

–Deberíamos movernos. La gente está empezando a mirarnos.

Aunque sabía que desde ese momento en adelante habría de vigilar sus acciones por el cargo público que iba a ocupar, Abraham estaba empezando a hartarse de tener que preocuparse por lo que otros pudiesen pensar de su relación con Nicola.

–Nic, tenemos que hablar de esto –comenzó a decirle.

Habría jurado que vio cruzar por su rostro una expresión de pánico, pero antes de que pudiera cerciorarse Nicola volvió el rostro hacia otro lado.

–Oh, mira, allí está el gobernador, y viene derecho hacia aquí.

Una media hora después Abraham miró en dirección a Nicola por enésima vez, lleno de frustración. No se había equivocado; los habían sentado en mesas distintas, una a varios metros de la otra, y encima la mujer que tenía a su lado se las había ingeniado para dejar caer no menos de cinco veces en lo que iba de conversación que era viuda. Nicola, por su parte, estaba flanqueada por dos hombres jóvenes que mientras charlaban con ella la miraban como si fuese un filete de lomo de ternera y no hubiesen probado bocado en un mes.

La orquesta empezó a tocar, y vio a Nicola reírse y sacudir la cabeza cuando uno de los hombres señaló la pista de baile. El tipo insistió, pero Nicola volvió a negar con la cabeza, y Abraham sintió que lo inundaba una ola de alivio.

–Seguro que es usted un excelente bailarín –le dijo Vivian, la mujer sentada junto a él, irrumpiendo en sus pensamientos–. ¿Le gustaría que bailásemos?

«La verdad es que no», respondió Abraham para sus adentros, pero hizo de tripas corazón y se tragó la negativa. Aquella mujer había apoyado generosa y activamente su candidatura.

–Será un placer –contestó poniéndose de pie y tendiéndole la mano.

La condujo a la pista, y mientras comenzaban a bailar estuvo asintiendo durante un buen rato como un autómata a la perorata de la mujer sobre el club de jardinería al que pertenecía.

–Nos encantaría visitar Crofthaven en primavera; ¿sería posible? –le preguntó.

–Bueno, esa clase de decisiones dependen de nuestra ama de llaves y de mi secretaria –respondió él–. La mansión, como sabe, tiene unos cuantos años, y constantemente estamos haciendo obras de restauración en alguna de las alas. Ya la avisaré.

La pieza que estaba interpretando la orquesta terminó en ese momento, y empezaron a tocar una más rápida. La mujer sonrió y sacudió la cabeza.

–Hablando de tener unos cuantos años, esta canción es demasiado joven para mí. ¿Lo es para usted también?

Abraham asintió con la cabeza. Le ofreció su brazo para regresar de nuevo a la mesa, y cuando se volvieron vio a Nicola bailando con uno de los dos hombres que había visto sentados a su lado. Abraham parpadeó. ¡Y además estaba riéndose mientras bailaba!

–Sí, lo mejor es dejar estas canciones movidas para la gente joven –dijo Vivian retomando su asiento–. ¿Un poco más de vino?

«No», respondió Abraham para sus adentros, «preferiría un whisky, y doble».

–No, gracias.

–He leído en algún periódico que uno de sus hijos, Adam creo, va a casarse próximamente con Selene van Gelder –dijo la mujer–. ¿Es cierto?

–Sí, así es –contestó él.

La «canción movida» terminó y comenzó una melodía lenta. El tipo con el que estaba bailando Nicola le puso las manos en la cintura y la atrajo hacia sí. A Abraham le hirvió la sangre al verlo, y sintiendo que de repente la pajarita estaba ahogándolo tiró de ella para aflojarla un poco.

–Debió ser una situación incómoda para usted –continuó la mujer–… el que su hijo fuera a enamorarse precisamente de la hija de su rival en la candidatura al Senado, quiero decir.

Abraham no pudo contener por más tiempo su irritación.

–No, en absoluto. Selene es una chica encantadora y Adam y ella son muy felices juntos. Eso es lo que realmente importa, ¿no cree? –le espetó, poniéndose luego de pie–. Discúlpeme.

No sabía si estaba más irritado por las referencias de aquella mujer a su edad, o por el hecho de que Nicola estuviese bailando pegada a aquel petimetre. No podía hacer nada para cambiar la edad que tenía, pero sí podía hacer algo respecto a Nicola. Se

acercó a ella y a su pareja de baile, y le dio un par de toques en el hombro al tipo.

–¿Puedo?

Nicola lo miró sorprendida, y el joven pareció confundido.

–¿Que si puede qué?

–Robarle a su pareja unos minutos –dijo Abraham con brusquedad.

–Oh, sí, claro, claro –contestó el joven sonriendo–. Adelante. Luego nos vemos, Nicola.

Abraham contuvo un gruñido y atrajo a Nicola hacia sí.

–Ese galán de tres al cuarto ha sido rápido –farfulló, suspirando de placer al sentir su cuerpo apretado contra el suyo mientras empezaban a bailar.

Hacía días que se moría por hacer aquello.

–¿Cómo? –inquirió ella sin comprender.

–Ese compañero tuyo de mesa –dijo él sin poder evitar un matiz de irritación en su voz.

–Sólo estaba flirteando. Supongo que he tenido suerte de que no me haya tocado al lado alguien aburrido.

–Como me ha pasado a mí –comentó Abraham.

Nicola alzó la vista para mirarlo.

–¿Por eso nos has interrumpido?, ¿para librarte del aburrimiento?

–Puedes pensar lo que quieras –contestó él acariciándole con el pulgar la cara interna de la muñeca.

Nicola se mordió el labio.

–Muy hábil, senador; una respuesta evasiva que no lo compromete ni en un sentido ni en otro.

–¿Quieres que te diga la verdad? –le espetó él, guiándola sin dejar de bailar hacia una zona menos concurrida–… porque si es lo que quieres puedo hacerlo. Estoy cansado de fingir que no hay nada entre nosotros, del juego que nos traemos con los medios y el público. Estoy cansado de que juegues conmigo.

Nicola lo miró boquiabierta.

–¿Qué quieres decir con eso? Yo no estoy jugando contigo.

–Ya lo creo que sí. Por cada paso que doy hacia ti tú retrocedes uno. ¿Qué pasa, Nic?, ¿me consideras demasiado mayor para ti?

Nicola no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

–Yo jamás he dicho eso. Siempre has sido tú el que lo has recalcado en cada ocasión.

–Entonces no tienes ningún problema con mi edad –dijo él en un tono áspero.

–No, por supuesto que no –le aseguró ella. Miró a un lado y a otro, y luego volvió a fijar la vista en él–. Tu madurez y tu experiencia me excitan, y otra de las cosas que siempre me ha atraído de ti es lo decidido que eres –añadió a regañadientes.

La tensión que se había ido acumulando en el interior de Abraham se disipó un poco.

–Pues, si es así, todo esto se reduce a una sola cosa: lo que tú y yo queremos. Me gustas muchísimo, Nic, me gustas tanto que no me importa quién se entere. La pregunta es si yo te gusto a ti o no.

Nicola cerró los ojos.

–Abe, yo sólo quiero hacer lo correcto, pero tú me lo estás poniendo muy difícil.

–¿Y qué es lo correcto?, ¿dejar pasar la oportunidad de estar juntos sólo porque he sido elegido senador? –le espetó él.

Nicola inspiró temblorosa y abrió los ojos.

–¿Por qué, Abe?, ¿por qué me lo pones tan difícil? –le repitió.

Abraham vio el deseo escrito en sus ojos, pero quería que lo admitiese. Quería oírlo; necesitaba oírlo.

–No te lo estoy poniendo difícil, sino todo lo contrario –replicó–. De hecho, voy a ponértelo aún más fácil –murmuró, inclinando la cabeza.

–¿No irás a besarme delante de toda esta gente? –siseó Nicola, mirándolo espantada.

–¿Que no?, mírame.

Desesperada, Nicola giró la cabeza y los labios de Abraham aterrizaron sobre su mejilla.

–Gallina, gallina… –la picó él apretándole la cintura y riéndose en su oído–. No sabía que fueras tan cobardica…

Nicola alzó la barbilla ofendida.

–No lo soy.

–Entonces, ¿por qué seguir ocultando lo que hay entre nosotros? –le preguntó con voz sensual y aterciopelada–. ¿Quieres que

sigamos fingiendo que no nos sentimos atraídos el uno por el otro?

–Ya te he dicho que no se trata de lo que yo quiera, Abe.

–Pues yo creo que sí, porque no sé si tú lo tienes claro o no, pero yo sé que no quiero que las cosas cambien entre nosotros sólo porque he sido elegido senador, Nic.

Nicola tragó saliva al ver el fuego en sus ojos y escuchar el matiz de firme decisión en su voz. No era la primera vez que lo oía emplear ese tono, pero nunca lo había usado con ella.

–Piensa qué es lo que quieres, Nic –le dijo acariciándole el brazo desnudo de un modo tan sensual que hizo que su respiración se volviera entrecortada–. Esta fiesta se acabará pronto.

Nicola habría querido darle una respuesta mordaz, pero se lo impidió el nudo que se le había formado en la garganta. Abraham la acompañó de regreso a su mesa y, tras saludar con un asentimiento de cabeza a las personas allí sentadas, se despidió de ella diciendo:

–Luego.

A Nicola le dio un vuelco el corazón. «Luego» podía significar tantas cosas. Nunca antes lo había visto tan serio. ¿Sería posible que sus sentimientos hacia ella fuesen más profundos de lo que había pensado? ¿Y si quisiera algo más que el romance secreto que habían mantenido durante todos esos meses? ¿Y si… y si la amara?

Ante aquel pensamiento, el corazón le palpitó con fuerza y entre sus dudas surgió una débil llama de esperanza. Si Abraham verdaderamente hubiera cambiado de opinión y quería que hicieran pública su relación, tal vez sería posible que cambiase de opinión respecto a otras cosas, como volver a ser padre.

Después de la fiesta Nicola se reunió con Abraham en el vestíbulo, y su chófer los llevó al hotel donde iban a pasar la noche en su limusina privada. Fueron todo el camino comentando la velada: a quiénes habían visto, los temas de los que habían hablado…, pero Nicola tenía la sensación de que los dos estaban impacientes por llegar al hotel. El chófer de Abraham ya los había registrado en recepción y había hecho que subieran su equipaje a sus habitaciones, así que subieron directamente.

–Bueno, espero que te guste tu habitación –le dijo Abraham, y para su sorpresa entró en la suya y cerró tras de sí.

Nicola se quedó de pie en el pasillo anonadada. Ni siquiera había intentado besarla con el pretexto de darle las buenas noches, pensó extrañada y algo decepcionada. Muy bien, se dijo abriendo la puerta de su habitación, irritada, pues sí iba a jugar al «ahora sí; ahora no» que no contara con… Al entrar sus pensamientos se detuvieron. Las dos habitaciones estaban conectadas entre sí por una puerta, que de hecho estaba abierta, y Abraham estaba en el umbral, apoyado en el marco, desanudándose la pajarita. ¡El muy truhán!, ¡el muy…!

–Habitaciones separadas pero conectadas; ¿qué te parece? –le dijo con una sonrisa burlona–. Como no querías que pensasen que serías capaz de compartir habitación con un viejo petardo como yo…

Nicola sintió deseos de darle una bofetada para borrar esa sonrisa insolente de su cara… o de besarlo. Incapaz de contener la risa por más tiempo, cerró la puerta tras de sí, se echó a reír, y fue junto a él.

–Eres el hombre más ridículo del mundo –le espetó clavándole el índice en el pecho–. Yo no veo a ningún viejo petardo por aquí.

Abraham tomó su mano y la apretó contra su corazón.

–Creía que ésa era la razón por la que no querías que te vieran conmigo –murmuró.

Nicola exhaló un suspiro.

–Te dije que era para proteger tu imagen.

–No necesito seguir protegiendo mi imagen de ese modo, Nic –replicó él–. ¿Qué me dices de ti?

Nicola sintió que le faltaba el aliento.

–Sabes que por mi parte el problema nunca ha sido ése. De hecho, cuanto más te conocía más quería…

De pronto se notaba la garganta seca. Tragó saliva, pero no se atrevió a continuar.

–¿Más querías qué? –la instó a seguir él.

–Más quería estar contigo –contestó ella en un susurro.

–Pero hablas en pasado –observó Abraham–. ¿Qué hay del presente, Nic? –le preguntó llevándose a los labios su mano y besándola.

Aquélla era la ocasión perfecta, pensó Nicola. Podía decirle que sus sentimientos habían cambiado, que ya no hacía que su corazón

palpitara con fuerza con sólo mirarla, que ya no soñaba con pasar cada noche entre sus brazos, que… Nicola abrió la boca, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

–No contesta, pero tus ojos hablan lo que callas –murmuró Abraham–. Quizá tenga que formular la pregunta de otra manera –dijo inclinando la cabeza.

Aquella vez Nicola no apartó el rostro, y la sensación que experimentó cuando su boca tomó la de ella fue tan increíble… El modo sensual en que la besó la hizo sentirse como una flor que la estuviera libando un colibrí. Ahogó un gemido, y cuando Abraham hundió los dedos entre las hebras de su pelo y le acarició el cuero cabelludo echó la cabeza hacia atrás.

Tenía la piel ardiendo, y se hallaba totalmente enajenada entre la deliciosa sensación de las yemas de sus dedos masajeándole la cabeza, y el deseo de que hiciera el beso más profundo.

Finalmente Abraham la complació, deslizando su lengua dentro de su boca y explorándola con ella. De su garganta escapó un intenso gemido que hizo vibrar a Nicola en la parte más íntima de su cuerpo, y siguió devorando su boca y haciéndola sentir la mujer más deseable del mundo.

Nicola no quería no responder a sus besos y a sus caricias, pero cuando vio que era incapaz se dejó llevar por el maravilloso placer que estaba experimentando, regocijándose en los músculos de sus hombros y ansiando estar piel contra piel con él. Con sus labios aún pegados a los suyos, le desabrochó a ciegas la camisa, y Abraham emitió un gruñido de aprobación.

Sólo cuando empezó a faltarle el aliento se echó Nicola hacia atrás, con el corazón martilleándole contra las costillas, y aspiró una bocanada de aire.

–Oh, Abe… haces que me sea tan difícil resistirme… –murmuró.

–Gracias a Dios que tengo algo de mi parte –dijo él sacándose la camiseta–. ¿Tienes idea de lo que he estado pasando viendo a esos dos tipos sentados junto a ti intentando cortejarte sabiendo que la suma de sus edades debe ser la mía?

Todavía sin aliento, Nicola no pudo evitar reírse.

–No estaban intentando cortejarme –replicó.

Abraham puso los ojos en blanco.

–Nic, a veces llegas a ser increíblemente ingenua respecto a tu

atractivo.

–¿Y qué me dices de ti y tus constantes comentarios sobre lo viejo que eres? Puedes creerme cuando te digo que ninguno de esos dos tiene ni una décima parte de tu virilidad.

De hecho, la criatura que llevaba en su vientre lo probaba.

Abraham suspiró y la miró con ojos enturbiados por el deseo.

–Quiero más que una noche contigo, Nic –le dijo–, más que un romance secreto. Quiero que tengamos una relación, y no me refiero a una relación de trabajo.

Por un instante Nicola tuvo la impresión de que el corazón se le había parado.

–¿De qué estás hablando?

Abraham tomó su mano.

–De que estoy loco por ti –le dijo. Su voz rezumaba frustración y una pizca de ira.

–Pues no parece que eso te haga muy feliz.

–Eso es porque todavía estoy intentando digerirlo. Yo no había planeado esto… cuando nos conocimos no podría haber imaginado que iba a surgir lo que ha surgido entre nosotros. Esto es una locura, pero no puedo negar lo que siento por ti; es demasiado fuerte, y aunque sea demasiado mayor para ir, no puedo dejarte ir.

Nicola se notaba mareada, pero no ya por el efecto del beso de Abraham, sino por sus palabras. La intensidad de su mirada la emocionó y la asustó a la vez. Tenía que decirle lo del bebé, tenía que decírselo…

–Necesito sentarme un momento, Abe, estoy algo mareada –murmuró.

Antes de que pudiera siquiera parpadear, Abraham la alzó en volandas y la llevó a la cama. Nicola no pudo contenerse.

–¡Oh, no! –exclamó–. ¡Te harás daño en la espalda o te saldrá una hernia por mi culpa!

Abraham la tumbó en la cama y se colocó a horcajadas sobre ella.

–Tampoco hace falta exagerar –murmuró inclinando la cabeza con la vista fija en sus labios.

–No me beses; necesito tiempo para pensar –protestó Nicola.

–No quiero que pienses demasiado. Podría ser malo para mí –replicó él, metiendo las manos por debajo de su espalda y bajándole

la cremallera del vestido, para un segundo después desabrocharle el enganche del sujetador sin tirantes que llevaba debajo.

–Oh, Abe, no deberíamos… –comenzó.

Pero, sin embargo, cuando Abraham le bajó el vestido hasta la cintura, y deslizó las manos sobre sus senos, de sus labios escapó un gemido de placer. Sus pechos parecían más sensibles que de costumbre.

Abraham los acarició levemente por los lados, dibujando luego círculos concéntricos con los dedos que se acercaban a los pezones pero no llegaban a tocarlos.

–¿Quieres que pare?

–Oooh, Dios, es tan… –jadeó Nicola, mordiéndose el labio cuando Abraham frotó la yema de un pulgar contra un pezón.

–¿Agradable? –inquirió él, bajando la cabeza para besarla suavemente.

–Sí –respondió ella, sintiéndose como si cada terminación nerviosa de su cuerpo estuviera vibrando de actividad.

Mientras volvía a besarla y sus lenguas danzaban la una con la otra, Abraham tiró de sus pezones endurecidos con los dedos, y Nicola sintió una explosión de calor y humedad entre las piernas.

–Oh, Abe, me haces sentir tan bien…

–Y puedo hacerte sentir aún mejor –le prometió, agachando la cabeza hacia uno de sus senos.

Cerrando la boca sobre la areola lamió el pezón y succionó, haciéndola retorcerse debajo de él mientras sus manos le recorrían los costados.

Nicola inhaló el sutil aroma de su aftershave, y sintió cómo su excitación se disparaba, y cuando Abraham se incorporó un poco no pudo reprimir un gemido.

–No pares por fav…

No le dio tiempo a terminar la frase. La traviesa boca de Abraham se pasó al otro seno, pero el que acababa de dejar no quedó desatendido, ya que una mano ascendió hasta él para prodigarle de nuevo caricias con el pulgar y el índice.

Cuando succionó la areola, esa vez con más intensidad, la excitación entre las piernas de Nicola aumentó, y sus continuadas atenciones llevaron la tensión al límite en ese punto.

A Nicola le parecía que el corazón iba a salírsele del pecho, y no

podía estarse quieta. Abraham tiró del pezón que estaba estimulando con la mano, y succionó el otro seno de un modo tan sensual que Nicola se sorprendió alcanzando inesperadamente el orgasmo.

Aspiró hacia adentro sobrecogida por la repentina sensación. ¿Se debería aquello a su estado?, se preguntó intentando recordar si había leído algo al respecto en alguno de los libros que había comprado sobre el embarazo. Tenía la cabeza mareada y su cuerpo todavía estaba temblando de placer.

–Mm… ha sido… mm… –balbució alzando la vista hacia los ojos de él.

Abraham entornó los ojos divertido.

–Ha sido una verdadera sorpresa –dijo en un tono de voz profundo que la hizo derretirse–. Me ha gustado mucho. Y ahora, si consigo quitarte el resto de la ropa quizá podamos seguir…

Un zumbido procedente del bolsillo de su pantalón lo interrumpió. Abraham bajó la vista y el zumbido volvió a sonar. Visiblemente contrariado, miró a Nicola a los ojos.

–Diablos, la vida era más fácil antes de que se inventaran estos chismes –farfulló–. En fin, supongo que al menos debería comprobar de quién se trata.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo y miró la pantalla.

–Es Marc –murmuró–. Tengo que contestar, pero volveré contigo enseguida –le dijo dándole un beso rápido, pero cargado de sensuales promesas–. No te vayas.

–Como si pudiera irme a ningún sitio –susurró ella mientras él se levantaba.

Capítulo Seis

Veinte minutos después Abraham apagaba su teléfono móvil y regresaba con Nicola. Estaba deseando contarle la noticia que le había dado Marcus… y también acabar lo que habían empezado. Todavía estaba excitado por el modo en que había respondido a sus besos y sus caricias. Sin embargo, cuando llegó junto a la cama la encontró arropada y profundamente dormida.

El vestido que él le había dejado a medio quitar estaba colgado sobre una silla, y a juzgar por el hecho de que se hubiese acostado sin ropa, como sugerían sus hombros desnudos, y de que hubiese dejado encendida la luz de la mesilla de noche, lo había estado esperando.

Abraham suspiró y se pasó una mano por el cabello. Parecía exhausta, y sería un cavernícola si la despertase sólo para satisfacer sus apetitos.

Inspiró profundamente y soltó el aire muy despacio. Habría otras ocasiones, se dijo, y apagó la lámpara de la mesilla.

Nicola se despertó temprano a la mañana siguiente. Rodó sobre el costado, esperando encontrar a Abraham junto a ella, pero no estaba allí. Frunciendo el entrecejo se estiró, intentando recordar qué había ocurrido la noche anterior después de que se lavara los dientes, y se acostara a esperarlo, pero de lo único de lo que se acordaba era de lo cansada que estaba y de cómo había intentado con todas sus fuerzas permanecer despierta.

Según parecía no había superado aquella prueba de resistencia, pensó decepcionada. Oyó que llamaban con los nudillos a la puerta de Abraham, luego un murmullo de voces, y llegó hasta ella un olor a café y beicon que hizo que se le revolviera el estómago.

Al cabo de un rato Abraham apareció en el umbral de la puerta que comunicaba sus habitaciones con el pelo mojado de haberse dado una ducha.

–¿Lista para desayunar, dormilona? He pedido suficiente como para que podamos desayunar los dos.

Nicola controló a duras penas las náuseas que le sobrevinieron.

–La verdad es que anoche debí excederme un poco, porque no tengo mucho apetito. Quizá una tostada.

Con un pulgar enganchado en una trabilla del pantalón, Abraham entró en la habitación de Nicola.

–Pues yo anoche no llegué a saciar mi apetito.

Nicola supo por la sonrisa lobuna que había en sus labios que no estaba hablando de comida.

–Siento haberme dormido –le dijo haciendo una mueca–. Supongo que estaba más cansada… y más satisfecha de lo que pensaba.

Abraham se sentó junto a ella en la cama y puso una mano en su mejilla.

–Me gustaría que continuáramos ahora donde nos quedamos anoche, pero tenemos que volver a Savannah para unirnos a una pequeña celebración familiar con Marc y Dana. Han capturado a los miembros del cártel que hicieron que Marc fuera acusado falsamente.

Nicola emitió un gemido de sorpresa y se incorporó, apoyándose en los codos.

–¡Pero eso es fantástico! –exclamó con una sonrisa–. Cuánto me alegro, Abe.

–Sí, son muy buenas noticias –asintió él–. Quería habértelas dado anoche, pero me dio pena despertarte sólo para eso. Bueno, para eso y para algo más… –añadió con picardía–. ¿Lo posponemos para otro día?

Nicola asintió con la cabeza pero no estaba segura de que fuera buena idea.

Esa tarde varios miembros de la familia Danforth se reunieron en Crofthaven para la improvisada celebración con Marc y Dana. Se abrieron varias botellas del mejor champán para la ocasión, y fue Abraham quien hizo el brindis.

–Por Marc y Dana, que forman un gran equipo –dijo–, por su victoria sobre esta dura batalla que han estado librando estos

meses, y por que en su futuro sólo haya felicidad.

Brindó con Marc y Dana, y luego con Nicola, que lo miró por encima del borde de su copa mientras tomaba un trago, aturdida por la intensa expresión que había en su rostro. Se había mostrado tan atento con ella durante todo el día que casi la había hecho pensar en algún momento que su relación podría tener un futuro. Casi.

Desde aquella mañana estaba hecha un manojo de nervios, y no había tomado más que las dos tostadas que había desayunado, y unas galletas saladas. De hecho en ese momento se estaba sintiendo algo mareada.

–¿Nic? –le dijo Abraham, como si le hubiese dicho algo y ella no se hubiese enterado–. ¿Te encuentras bien?

Intentó mirarlo, pero la habitación le daba vueltas.

–Estoy bien; sólo un poco mareada –dijo.

Las rodillas le flaquearon, y aunque trató de ponerlas tiesas fue en vano y sintió que se desplomaba.

Abraham la agarró antes de que cayese al suelo.

–Nic, ¿qué te ocurre? Estás pálida… ¿Nicola?

Escuchó un murmullo de voces preocupadas, pero de pronto fue como si una cortina negra hubiese caído sobre ella.

–Gracias por venir tan rápido, Bernard –le dijo Abraham al viejo médico de la familia.

–Parecías preocupado cuando me llamaste –respondió el hombre, dirigiéndose hacia la cama en la que estaba tendida Nicola–. Bueno, ¿qué le ha sucedido a esta damisela?

–Estábamos teniendo una celebración familiar y estábamos de pie, brindando, cuando se cayó redonda –le explicó Abraham–. Lleva varios días con molestias de estómago.

El médico se sentó en el borde de la cama junto a Nicola.

–Veamos cómo tiene el pulso –dijo tomándole la muñeca y mirando su reloj.

–Doctor, no me caí «redonda», como dice Abraham –protestó Nicola–. Empecé a sentirme mareada, y sólo perdí el conocimiento durante unos segundos.

El médico estaba sacando un medidor de tensión de su maletín.

–Permítame –dijo poniéndole el brazalete.

–Se habría caído al suelo si no la hubiera sostenido a tiempo –dijo Abraham–. Podría haberse dado un golpe en la cabeza y haber sufrido una contusión.

–Mira que puedes ser exagerado a veces, Abe –lo increpó Nicola.

–Tú no viste lo pálida que estabas –replicó él.

–Abe, sal de la habitación; estás molestando a mi paciente –le dijo el médico.

Abraham abrió la boca sorprendido, y Nicola contuvo una risita. Abraham estaba acostumbrado a dar órdenes, no a que se las dieran a él.

–Lo digo en serio, Abe –insistió el médico–. Necesito examinar a la señorita Granville sin distracciones, y tu presencia está afectando a su presión sanguínea.

Abraham abrió la boca como para decir algo, pero la volvió a cerrar, y un brillo travieso iluminó sus ojos.

–Bueno, me alegra saber que puedo afectar a su presión sanguínea.

El doctor se rió entre dientes mientras Abraham salía por la puerta.

–Menudo pillastre –farfulló. Y luego, volviéndose hacia Nicola le dijo–: Espero que sepa lo que la espera.

–¿Qué quiere decir? –inquirió Nicola.

–Que Abraham Danforth suele conseguir lo que quiere, y parece que en este momento usted es lo que quiere. Pero hábleme de los síntomas que se ha notado. Sí que está un poco pálida. ¿Ha tomado alcohol con el estómago vacío?

–Sólo un sorbo. Pero no es nada, doctor, de verdad. Abraham tiende a exagerar.

El médico escrutó su rostro por encima de las lentes de sus gafas.

–Parece usted muy segura de que no tiene importancia. ¿Cuánto hace exactamente que viene teniendo esas molestias de estómago?

–Pues un par de semanas, pero no le he dado mayor importancia. Debe ser el estrés de estos meses, que se está cobrando la factura.

–¿Ha tenido náuseas en algún momento?

–Sí, pero me van y me vienen.

El médico frunció el entrecejo.

–Quizá deberíamos hacerle unos análisis de sangre.

–No hace falta; me hice hace poco y estaba todo bien –insistió ella, deseando que el buen médico no fuese tan concienzudo.

–Mmm… –murmuró el hombre levantándole la barbilla y mirándola–. ¿Ha tenido fiebre?

Nicola sacudió la cabeza.

–No. ¿Lo ve?, no es nada serio. Abraham siempre reacciona de una manera exagerada.

–Más bien es algo sobreprotector –la corrigió el médico–, sobre todo con las personas que le importan –se aclaró la garganta–. Las náuseas pueden ser síntoma de muchas cosas; ¿se ha hecho una prueba de embarazo?

Nicola tragó saliva. Tal y como había temido el médico había intuido la verdad.

–Si se lo ha hecho y le ha salido positivo debería asegurarse de que está comiendo bien tanto por usted como por el bebé.

Nicola se mordió el labio inferior presa del pánico. ¿Y si el médico se lo decía a Abraham? Todavía no se sentía preparada para afrontar su reacción, fuera cual fuera.

El médico la tomó de ambas manos, que se habían puesto frías y sudorosas.

–¿Se lo ha dicho al padre del niño?

Incapaz de mentir, Nicola sacudió levemente la cabeza.

–Por favor, no se lo diga.

El médico asintió.

–No lo haré, pero usted sí debería hacerlo –dijo levantándose de la cama–. ¿Le ha recetado su ginecólogo las vitaminas que tiene que tomar para el embarazo?

–Sí, las estoy tomando –contestó ella, respirando aliviada.

–Bien. Tome bastante líquido y si tiene náuseas espere un poco para comer y descanse –le dijo el médico–. No espere demasiado para decírselo a Abraham. Estas cosas acaban sabiéndose.

Nicola asintió con la cabeza. Sabía que debía hacerlo, pero… ¿cómo?

Abraham insistió en que Nicola se quedase a pasar la noche en

Crofthaven. Cuando el médico y la familia se hubieron marchado, fue a hacerle compañía a la habitación de invitados donde la habían acomodado y se pusieron a ver una película antigua, Qué bello es vivir, con James Stewart, mientras Nicola se tomaba la sopa que la cocinera le había preparado y Abraham le había llevado.

–Vamos, otra cucharada –la animó Abraham.

Nicola sonrió y sacudió la cabeza.

–Sólo te falta hacer que la cuchara es un avión como se hace con los niños para que coman.

–Bueno, si da resultado –murmuró él tomando la cuchara–. Vamos, abre el hangar para que el avión pueda aterrizar.

Nicola se rió y dejó que le metiera una cucharada en la boca.

–¿Sabes? –le dijo al cabo de un rato–, me pregunto qué clase de padre habrías sido si no hubieses estado demasiado ocupado conquistando el mundo.

Abraham se puso serio.

–Bueno, quiero creer que habría hecho las cosas de un modo distinto.

El corazón de Nicola palpitó con fuerza. ¿Podría ser ese el momento que había estado esperando para decírselo?

–Si tuvieras ahora esa oportunidad… ¿harías las cosas de un modo distinto?

Abraham enarcó las cejas.

–¿Te refieres a tener otro hijo? –contestó riéndose con incredulidad–. Soy lo bastante mayor como para que mis hijos empiecen a darme nietos –se quedó callado y miró a Nicola–. ¿Y tú? Siempre he tenido la impresión de que estabas tan centrada en tu carrera como yo. ¿Te arrepientes de no haberte casado y haber tenido hijos?

–No conozco a nadie que no tenga algo de lo que arrepentirse –respondió ella evasivamente. Quizá después de todo no fuera el momento–, pero tienes razón, he estado tan volcada en el trabajo que no he tenido tiempo de pensar siquiera en la posibilidad de tener hijos.

–¿Está haciendo tic-tac tu reloj biológico? –inquirió él.

Nicola reprimió una risa nerviosa.

–No, últimamente no.

–¿Y qué me dices del matrimonio? No he conocido a ninguna

mujer que no haya soñado alguna vez con encontrar a su príncipe azul y casarse de blanco.

Un recuerdo agridulce cruzó por la mente de Nicola. Había estado muy encaprichada de su novio del instituto, y por aquel entonces había estado segura de que un día se casarían, serían felices, y comerían perdices. No podía haber estado más equivocada.

–En mi caso de eso hace ya mucho tiempo. Además, los príncipes azules no existen, y la vida me ha enseñado que los hombres pueden causarte muchas complicaciones. Y pueden dejarte en la estacada en el peor momento, así que es mejor no depender de ellos.

–Suena como si hubiese tenido una mala experiencia –murmuró Abraham.

–¿Quién no se ha dado de bruces alguna vez por culpa del amor? Claro que a ti quizá no te haya pasado porque nunca te han dado calabazas –lo picó–. Aunque creo recordar que en una ocasión me contaste que tuviste que esforzarte mucho para ganarte a tu esposa –añadió chasqueando la lengua a modo de reproche–. Siempre buscando nuevos retos…

Abraham la miró de reojo y emitió un gruñido de protesta.

–Creo poder decir que he madurado un poco desde entonces, pero sí, tienes razón: mi esposa era la más hermosa de todas las chicas que se presentaban en sociedad ese año, y fuimos al menos tres los pretendientes que rivalizamos por su mano. El día que me dijo que se casaría conmigo me sentí como si hubiese ganado una carrera de resistencia.

–¿Y por qué crees que te eligió a ti?

Abraham se puso serio y apartó la vista, entornando los ojos.

–¿Quieres saber la verdad?

Nicola asintió.

–Creo que quería Crofthaven.

Su respuesta la dejó aturdida, y tardó un rato en reaccionar.

–Oh, tuvo que ser por algo más que eso. Seguro que estaba enamorada de ti.

Abraham se encogió de hombros.

–Los dos éramos muy jóvenes, y egoístas como lo pueden ser a veces los jóvenes. Para mí ella era un trofeo, y para ella Crofthaven

el palacio del que quería ser dueña y señora –miró a Nicola a los ojos–. Dicen que todo en la vida tiene un propósito y que las cosas que nos ocurren están predestinadas a ocurrir, pero nuestro matrimonio fue un error y nos hizo infelices a los dos; aparte de los cinco hijos maravillosos que tuvimos no creo que pueda sacarse mucho más de él.

–Eso depende –dijo Nicola.

–¿De qué?

–De si aprendiste algo de la experiencia –respondió ella–, y de si te ha hecho cambiar.

Abraham se limitó a sonreír tristemente y volvió a encogerse de hombros.

–Tal vez.

Capítulo Siete

Unos días después se celebró la boda de Adam y Selene. Abraham se sintió feliz por su hijo cuando el sacerdote los declaró marido y mujer, y en el convite que tuvo lugar después en un lujoso hotel de Savannah, brindó por la pareja y los observó sonriente cuando abrieron el baile con el vals nupcial, pero una extraña emoción lo embargó en medio de la música y el bullicio de la gente.

Estaba recordando el día que Adam había nacido. Había estado fuera del país cuando su esposa se puso de parto, pero dio un vuelo en cuanto su hermano lo llamó para decírselo. Al tomar al pequeño en sus brazos se había sentido dichoso, igual que con sus dos primeros hijos, pero, también igual que le había sucedido con ellos, había sentido además el peso de la responsabilidad, y se había jurado una vez más que les daría todo lo que estuviese en su mano, y que haría que se sintiesen orgullosos de tenerlo como padre.

Sintió una punzada de remordimiento en el estómago al pensar en cómo le había fallado a sus hermanos y a él, y en medio de su lamento le llegó el aroma de un perfume que le resultaba familiar. Nicola. Se volvió y la encontró a su lado, sonriéndole, y su malestar se aligeró.

–¿Cómo está el padre del novio? –le preguntó.

–Bueno, esto es un poco más duro de lo que imaginaba –farfulló él tirándose un poco de la corbata.

–¿Abrumado por la emoción? –inquirió ella con una mirada amable.

–Sí, un poco –asintió él. La fragancia de las montañas de rosas rojas y blancas que adornaban el salón estaba empezando a marearlo–. Necesito un poco de aire fresco; ¿vienes fuera conmigo?

Nicola vaciló un instante, pero finalmente asintió.

–Claro.

Salieron a una de las terrazas del salón, y Abraham agradeció de inmediato el aire fresco de diciembre, pero al ver a Nicola encogerse de frío se quitó la chaqueta.

–Ten, póntela.

Nicola protestó diciéndole que estaba bien, que no hacía falta, pero Abraham no le hizo caso y se la echó sobre los hombros.

–Gracias –murmuró ella–. ¿Te encuentras bien?

Abraham se metió las manos en los bolsillos del pantalón y asintió.

–Es sólo que cuando estaba ahí dentro me he puesto a pensar en todos los años que no he estado al lado de mis hijos.

Nicola se quedó callada un momento, y dentro se oyeron los acordes de una melodía romántica que había empezado a tocar la orquesta.

–Sé que debe resultarte doloroso –le dijo–, pero puedes lamentarte por lo que te has perdido, o tratar de disfrutar el presente y en el futuro y tratar de enmendarte.

–Para ser tan joven eres una mujer muy sabia –murmuró Abraham mirándose en sus ojos.

Nicola puso los ojos en blanco.

–No soy tan joven.

Abraham la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí.

–Tonterías –replicó él, balanceándose al ritmo de la música.

–¿Qué haces? –inquirió ella riéndose.

–Bailar contigo –respondió él–. Estoy siguiendo tu consejo y disfrutando el presente. Al fin y al cabo no tiene uno entre sus brazos todos los días a una mujer tan hermosa que sólo con mirarla lo deje sin aliento.

Nicola cerró los ojos y apoyó la frente en su barbilla.

–No deberías decir esas cosas.

–¿Por qué no? Es la verdad. Soy el «honesto Abe», el único político de América que no miente –bromeó haciendo alusión al eslogan que habían utilizado durante la campaña.

–Sí, pero no puedo creerme que sea verdad eso de que te dejo sin aliento.

–Eso es porque eres muy modesta –murmuró Abraham besándola en el pelo y preguntándose qué podría hacer para convencerla de que fuese a Washington con él.

La velada fue pasando, y cuando llegó el momento del lanzamiento del ramo Abraham observó cómo las solteras se apelotonaban detrás de la novia para ponerse en posición. Jasmine,

la esposa de Wesley, que era casi hijo adoptivo de su hermano Harold, estaba intentando convencer a Nicola para que se uniera a ellas, pero ella se negaba una y otra vez sacudiendo la cabeza. Incapaz de contener la curiosidad, se acercó a ellas para oír qué estaban diciendo.

–Vamos, Nicola, sé buena… ¿por qué no quieres ponerte con las demás?

–Porque tengo intención de permanecer soltera.

–Pero, ¿por qué? –exclamó Jasmine.

–Porque los hombres no dan más que problemas –contestó Nicola.

–No digas eso; lo que pasa es que todavía no has encontrado al hombre adecuado.

–Te equivocas; he conocido a un montón de hombres adecuados, pero ninguno era adecuado para mí.

–Pero…

La novia acababa de lanzar el ramo, y fue a caer en ese momento a los pies de Nicola, que lo miró exasperada, y como si fuera un balón de rugby le dio un ligero puntapié gritando:

–¡Atención, chicas, el ramo ha caído fuera del campo!, ¡atrapadlo antes de que el árbitro declare nula la jugada!

El grupo de solteras se abalanzó sobre el ramo mientras Nicola se apartaba. Harold, el hermano de Abraham, apareció al lado de éste y se rió al ver la escena.

–Siempre me había parecido que había algo en esto del lanzamiento del ramo que me recordaba a la Prehistoria, y ahora me doy cuenta de que no es el lanzamiento en sí, sino la parte en la que intentan atraparlo porque parece…

–…una manada de elefantes en estampida –completó Abraham.

Probablemente aquel frenesí por hacerse con el codiciado ramo habría hecho que a más de una se le hiciera una carrera en las media o se le rompiera una uña. A los pocos segundos de entre la marabunta de solteras salió dando brincos una con el cabello revuelto pero también una sonrisa triunfal en los labios, agitando el ramo como si fuera un trofeo.

–¿Se creerán de verdad que la que lo atrapa será la siguiente en casarse? –le preguntó Abraham a su hermano.

–Bueno, supongo que lo ven más bien como un empujoncito que

el destino les da hacia el altar –contestó Harold–. Nicola en cambio parece opinar que es una tontería; mírala, ahí apartada como dando a entender que no quiere tener nada que ver ni con el ramo ni con lo de casarse –comentó riéndose entre dientes.

–Sí, la verdad es que ésa es la impresión que da –murmuró Abraham.

Por alguna razón aquello lo entristeció un poco. Era una pena que estuviese cerrada a la idea del matrimonio.

–¿Sabes?, esto me recuerda a lo que te costó conquistar a Chloe –comentó Harold–. Era la chica con la que todos querían salir, pero finalmente fuiste tú quien te la llevaste.

Abraham asintió con la cabeza.

–Es la única mujer a la que le he hecho la corte.

–No es que haya sido la única; es que nunca más te ha hecho falta –replicó Harold divertido–. Acuden a ti como moscas a la miel.

Pero no la que él quería, pensó Abraham. Observó a Nicola charlando con su sobrina Imogene, sonriendo y sacudiendo la cabeza, y de pronto cayó en la cuenta: tendría que cortejarla, como había hecho con su esposa. Claro que para eso primero tendría que enterarse por ejemplo de qué cosas le gustaban. Chloe prácticamente había anunciado a los cuatro vientos que le encantaban las rosas rojas y los bombones, así que sus pretendientes, él entre ellos, habían sabido perfectamente con qué agasajarla para ganársela.

De Nicola, en cambio, él sólo sabía que le gustaba el vino blanco, aunque últimamente no la había visto tomarlo, los filetes no muy hechos, las infusiones, las galletas saladas, y los M&Ms, que tomaba siempre que estaba nerviosa.

Si tuviera más información podría intentar un acercamiento bien planeado, pero tal y como estaban las cosas tendrían que recurrir al «método prueba-error».

–He comprado un par de entradas para El cascanueces; ¿te gustaría venir conmigo? –le preguntó Abraham a Nicola el día siguiente por la tarde.

Nicola levantó la vista de la lista de actividades que estaba repasando con él en su despacho.

–Bueno; no soy muy aficionada al ballet, pero ése siempre he tenido curiosidad por verlo –respondió ella–. Además así me pondré un poco a tono con el espíritu navideño.

–A propósito de eso… ¿vendrás a cenar el día de Navidad a Crofthaven con nosotros, verdad? Todos esperamos que lo hagas.

–Yo… no sé, la verdad es que estaba pensando pasar unas navidades tranquilas este año, sin compromisos ni…

–¿Puedo unirme a ti? –inquirió en un tono conspirativo.

Nicola se rió.

–No lo dirás en serio…

–Sí, claro que sí –replicó Abraham–. ¿No te importaría esconderme en tu casa? Piensa en ello como una buena obra. Necesito que alguien me rescate de todos los eventos navideños a los que se supone que tengo que asistir.

Nicola volvió a reírse.

–Estás loco. Y me cuesta creer que haga falta que te rescaten de nada.

Abraham se acercó a su silla y se acuclilló frente a ella.

–Bueno, está lo de cierta mujer que me vuelve loco… No puedo quitármelo de la cabeza, y estoy empezando a pensar que es grave. Creo que voy a necesitar ayuda para poder superarlo.

Nicola se mordió el labio y sus ojos se oscurecieron.

–¿Qué quieres de esa mujer?

–No demasiado –respondió él deslizando la mano sobre su rodilla–: sólo cada minuto de su tiempo, toda su atención, su cuerpo, su alma, y su corazón.

Nicola lo miró con los ojos muy abiertos.

–No, ya veo que no pides demasiado –dijo con sorna–. ¿Y qué estás dispuesto a ofrecerle a cambio? ¿Te ves capaz de darle cada minuto de tu tiempo, toda tu atención, tu cuerpo, tu alma, y tu corazón?

Abraham se quedó callado. En eso tenía razón. Estaba pidiendo muchas cosas, pero… ¿qué estaba dispuesto a dar a cambio?

–Buena pregunta.

Nicola tenía esa cualidad; siempre lo hacía pensar. Sin embargo, no quería hablar de él, y le interesaba más que fuera ella quien respondiera a unas cuantas preguntas que tenía.

–¿Qué te pareció el detalle de las decoración con rosas rojas y

blancas en la boda de Adam y Selene? –inquirió.

Nicola pareció algo aturdida por el brusco cambio de tema, pero no dijo nada al respecto.

–Bueno, hacían muy bonito, y daban un toque navideño –contestó.

–¿Cuáles son tus flores preferidas?

–¿Mis flores preferidas? –repitió ella. Se encogió de hombros–. Pues… me encantan los ramos variados con rosas de colores inusuales y flores de otros tipos. No soy de esas mujeres a las que sólo les gustan las rosas rojas.

–¿Y qué te pareció la tarta?

–Oh, increíble, maravillosa –respondió ella al momento–. Chocolate blanco, chocolate negro, y vainilla… es una forma de dar gusto a todo el mundo; una elección muy inteligente.

–A mí me gustó –dijo él–, pero donde se ponga un pastel de crema…

–Creía que tu postre favorito era la tarta de manzana. La has pedido tan a menudo cada vez que hemos comido o cenado durante la campaña…

–Es mi favorito, pero después del pastel de crema.

–Pues el mío es el pastel de cerezas. La verdad es que me pierden los dulces y las golosinas; y cuando estoy estresada soy capaz de tomarme una bolsa entera de…

–…de M&Ms –terminó él su frase, sonriendo divertido al ver la expresión de sorpresa en un rostro.

–Eres muy observador –dijo Nicola, esbozando una media sonrisa–, pero nos estamos desviando de lo que estábamos haciendo. Veamos; ¿por dónde íbamos? –murmuró bajando la vista a la lista que tenía en sus manos–. Ah, sí: los regalos para los niños del orfanato de la ciudad.

Se trataba de una campaña fomentada por el ayuntamiento que se llevaba a cabo todos los años por esas fechas.

–De eso puede encargarse mi secretaria.

–No, no, ni hablar; lo haré yo –replicó Nicola–. Me encanta comprar regalos. De hecho, yo voy a comprar regalos para dos niños este año. ¿A cuántos vas a regalarles tú?

–A diez –contestó Abraham.

Los ojos de Nicola se abrieron como platos.

–¿A diez? –repitió anonadada.

–Como te he dicho puedo encargárselo a mi secretaria.

Nicola sacudió la cabeza incrédula.

–¿Es así como lo haces cada año? –le espetó–. ¿«Apúnteme esos diez niños que ya le diré a mi secretaria que vaya a comprarles los regalos»?

Abraham se encogió de hombros.

–Bueno, diez me pareció lo justo, acorde con las donaciones que hago en otras fechas.

–No me refiero al número –replicó ella–; ¿alguna vez has pensado en comprar los regalos tú mismo?

«¿Comprarlos yo? Ni hablar», respondió Abraham para sus adentros, pero se contuvo a tiempo antes de que las palabras cruzaran sus labios.

–Mm… hasta ahora no. ¿Me ayudarías?

Nicola no parecía haber esperado que estuviese dispuesto a hacerlo.

–¿Estás seguro?, ¿te ves yendo a unos grandes almacenes como un ciudadano más para comprar esos regalos?

–Si tú puedes hacerlo, yo también –respondió él.

Por sugerencia de Nicola fueron a los almacenes Wal-Mart a medianoche.

–No sabía que el Wal-Mart seguía abierto a estas horas –comentó Abraham mirando en derredor sorprendido de que hubiese gente comprando.

–En estas fechas abren toda la noche hasta que pasa el día de Navidad –contestó ella con una sonrisa–. Puedes comprar aquí las veinticuatro horas.

Abraham se estremeció.

–¿Pasarse aquí veinticuatro horas? Eso sería una pesadilla.

Nicola se rió.

–El motivo por el que te he propuesto que viniéramos a esta hora es que así no tendremos que hacer colas para pagar. Además, después de los baños de masas que te has tenido que dar durante la campaña me pareció que no querrías encontrarte con todo el barullo que hay durante el día.

–Bien pensado –le dijo Abraham–. Bueno, ¿dónde están esas listas de regalos?

–Aquí las tengo –respondió Nicola sacando dos folios doblados del bolso–. Ten, tú ve a por los juguetes para los niños, y yo iré a por la ropa y los juguetes de las niñas.

Se separaron, y Abraham terminó pronto, así que se fue a buscar a Nicola por si podía ayudarla. La encontró en la sección de ropa para bebés.

–Mira, ¿no es adorable? –le dijo Nicola enseñándole un conjunto de camisa y pantaloncito de terciopelo rojo.

–¿Eso es para un niño? –inquirió él haciendo una mueca.

–Sí, ¿por qué?

–Porque es cursi… y afeminado. Rojo y de terciopelo… si al menos fuera azul, o verde…

Nicola se echó a reír.

–Abe, es para un bebé. Y además es navideño.

–Di lo que quieras, pero puedes crearle al niño un complejo –comentó Abraham tomando en sus manos unos patucos azules de lana que Nicola había echado también en su carro–. ¿Ves?, esto no está mal. No da pie a error. Los bebés son todos iguales, y la gente puede confundirse y tomar a un niño por una niña.

Nicola, que estaba mirando enternecida el contraste entre sus grandes manos y los pequeños patucos no pudo evitar echarse a reír otra vez.

–Oh, Abe, eres imposible…

–Lo sé –sonrió él–. Bueno, yo ya tengo todo lo de mi lista, y el dependiente me ha apartado las bicicletas y las ha guardado en el almacén para que vaya a recogerlas dentro de dos días. ¿Vamos a pagar?

–Aún no –replicó Nicola empujando su carro hacia otro pasillo–, nos faltan los libros.

–¿Eh? ¿Qué libros? En mi lista no pone nada de libros –dijo él siguiéndola con su carro.

–Lo sé, pero quiero asegurarme de que cada uno de los niños reciba un libro–le dijo ella deteniéndose ante una estantería llena de coloridos libros para niños–. Tal vez los juguetes les hagan más ilusión, pero la lectura es muy importante.

Abraham, que se había detenido junto a ella, la miró conmovido

y le acarició la nuca con la mano.

–Nunca hubiera imaginado que pudieras ser tan maternal –murmuró–. Y eso que ni conoces a esos niños…

Apenas había pronunciado esas palabras cuando la notó tensarse.

–Las personas a veces son más de lo que aparentan –le espetó ofendida, dando un paso atrás–. Por eso es injusto ponerle etiquetas a la gente.

Sin decir nada más le dio la espalda y se puso a seleccionar los libros que iba a llevarse, y Abraham, que se había quedado de piedra, la observó preocupado. Últimamente estaba comportándose de un modo muy extraño.

Ya era más de la una de la madrugada cuando se dirigieron a una de las cajas, y cuando estaban poniendo las cosas en la cinta Nicola le dijo:

–Yo pagaré mi parte.

–No digas tonterías –replicó Abraham sacando su tarjeta de crédito–. No has comprado tantas cosas; pagaré yo.

–Abraham, no es necesario que…

–Lo sé, sé que no lo es y que te las puedes apañar perfectamente sin mi ayuda, pero quiero hacerlo, y no creo que sea una ofensa ni nada parecido.

Nicola parpadeó.

–Mm… está bien; gracias.

–No hay de qué –añadió él.

Mientras guardaban las cosas y él pagaba, aunque Nicola permaneció callada, no le dijo nada, pero después, cuando salieron a llevar las bolsas al coche y siguió sin abrir la boca, su silencio comenzó a enervarlo.

–¿Se puede saber qué te pasa? –le preguntó cuando estuvieron sentados dentro del vehículo.

Nicola se mordió el labio.

–¿A qué te refieres?

–A que no entiendo por qué has saltado como has saltado cuando lo único que había hecho era hacerte un cumplido sobre lo maternal que eres.

Nicola encogió un hombro.

–A mí no me sonó como un cumplido. Puede que esté muy

volcada en mi carrera, pero eso no significa que no sea capaz de sentir ternura o tener sentimientos maternales como cualquier otra mujer; no soy una especie de «Barbie trabajadora».

–Yo no he dicho nada de eso.

–Pues será la impresión que me ha dado a mí –farfulló ella irritada, cruzándose de brazos.

Abraham sacudió la cabeza.

–Nic, no sé qué te pasa últimamente. Me dices que deberíamos mantener nuestra relación dentro de los límites de lo estrictamente profesional, pero has admitido que sientes algo por mí; me dices que el matrimonio no es para ti, pero te enfadas cuando te hago un comentario sobre lo maternal que eres. ¿Te importaría explicarme qué te está ocurriendo?

Nicola suspiró.

–Perdóname –murmuró–. La verdad es que últimamente no me entiendo ni yo –giró el rostro hacia la ventanilla y alzó la vista al cielo nocturno–. Hay luna llena; quizá sea su influencia lo que ha hecho que saque a la Nicola irritable y puntillosa que hay en mí… –añadió con una media sonrisa.

Debía ser cosa de las hormonas, pensó Nicola al entrar en su casa con Abraham cargada con las bolsas de juguetes, libros, ropa, y unos rollos de papel de regalo. Tan pronto quería estrangular a Abraham por ese comentario que le había hecho sobre sus cualidades maternales, como le entraban ganas de abrazarlo al recordarlo sosteniendo aquellos patucos.

–Bueno, gracias por ayudarme a meterlo todo –le dijo ansiosa por deshacerse de él–. Ya me encargo yo del resto. Separaré los regalos de acuerdo con la lista, los envolveré, y luego ya sólo tendré que llevarlos al ayuntamiento mañana por la mañana.

Abraham frunció el entrecejo.

–No voy a dejar que lleves todo esto tú sola –replicó–. Podemos separarlos ahora y llevarlos dentro de un par de días cuando haya ido a recoger las bicicletas –dijo sentándose en el sofá para desesperación de Nicola, y acercándose una de las bolsas–. Bueno, ¿dónde tienes unas tijeras? Nos harán falta para recortar el papel de envolver.

Minutos después la mesita y buena parte de la alfombra estaban regadas con montoncitos de regalos envueltos y etiquetados con los nombres de los niños.

–Fíjate –dijo Abraham levantándose con una sonrisa y contemplando su obra–, parece que hubiera pasado Santa Claus por aquí.

Nicola fue junto a él.

–Y ha pasado por aquí –respondió con una sonrisa–… sólo que no tenía una enorme panza ni barba blanca.

Incapaz de resistir el impulso, se puso de puntillas y apretó sus labios contra los de él. Sin embargo, lo que había pretendido en un principio ser sólo un breve beso acabó prolongándose y volviéndose más intenso y travieso.

–Vaya, ¿a qué se debe esto? –inquirió Abraham sorprendido cuando Nicola despegó finalmente sus labios de los de él.

–No sé, debe haber sido por las compras –contestó ella besándolo de nuevo y uniendo su lengua con la de él.

–A ver si lo entiendo –murmuró Abraham contra sus labios–. ¿Me estás diciendo que te has excitado por ir de compras a medianoche a un Wal-Mart?

Nicola deslizó las manos por debajo del suéter de cachemir de Abraham.

–Lo sé, sé que estoy loca –respondió con voz mimosa–. Quizá deberías huir de aquí ahora que aún estás a tiempo.

–Ni hablar –replicó él rodeándole la cintura con los brazos y atrayéndola hacia sí–. Aunque desde luego me cuesta entenderlo. No sé, si hubiéramos estado en una joyería Tiffany’s lo comprendería, pero… ¿en un Wal-Mart?

Nicola hundió el rostro en su cuello y se rió.

–No tiene nada que ver con el sitio –contestó echando la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos–; es por lo generoso que has sido, y por lo gracioso que te has puesto hablando del color de la ropa de los bebés, y el verte con esos patucos en las manos…

Abraham tomó sus labios de nuevo en un beso largo y apasionado que la dejó mareada.

–Por favor, dime que no estás demasiado cansada –murmuró.

–No lo estoy –contestó Nicola–. Esta tarde me he echado una siesta de tres horas.

Estaba dejándose llevar una vez más y sabía que no debía, pero, Dios, no recordaba haberse sentido nunca tan excitada. Además, ya no corría riesgo de quedarse embarazada porque ya lo estaba. Durante los últimos días no había hecho más que negar por activa y por pasiva lo que sentía por Abraham, pero la posibilidad de hacer el amor con él sin tener que usar ningún método anticonceptivo resultaba demasiado tentadora como para rechazarla.

Bajó las manos a su cinturón y lo desabrochó, para luego hacer lo mismo con los botones del pantalón, e introdujo las manos dentro de sus calzoncillos para tomarlo entre ellas. Su miembro había aumentado de tamaño y se había endurecido, y cuando lo acarició Abraham emitió un intenso gemido.

–Vas demasiado rápido, cariño –le dijo–. Si sigues tocándome así estaré dentro de ti en un par de minutos.

–¿Lo prometes? –dijo Nicola, observando cómo sus ojos se encendían de deseo.

Abraham comenzó a besarla de nuevo mientras la conducía al sofá sorteando los montoncitos de regalos apilados en la alfombra. La tendió en él y se colocó a horcajadas sobre ella. Le sacó el suéter por la cabeza, ella hizo lo mismo con él suyo, y Abraham le quitó el sujetador para a continuación desabrocharle los vaqueros.

Luego inclinó la cabeza sobre uno de sus senos y lamió el pezón mientras le bajaba la cremallera del pantalón e introducía los dedos dentro de sus braguitas para tocar esa parte de su cuerpo que ya estaba hinchada por la excitación.

Con el corazón martilleándole, y la sensación de que su cuerpo estaba ardiendo, Nicola se revolvió debajo de él para quitarse los vaqueros. Abraham la ayudó, y cuando se hubieron deshecho de ellos y de las braguitas, comenzó a tocarla de nuevo hasta que Nicola creyó que no podría aguantar más. Tiró de sus pantalones hacia abajo, y apretó con las palmas de las manos sus firmes nalgas.

–Te quiero dentro de mí, Abe… dentro…

–Espera, cariño, deja que me ponga el preservativo.

–No hace falta –replicó ella impaciente y casi sin aliento.

Abraham la miró con el entrecejo fruncido.

–¿Estás tomando la píldora?

Nicola sintió una punzada de culpabilidad, pero tragó saliva y asintió con la cabeza. Segundos después Abraham se introducía en

ella y los dos exhalaban un suspiro de placer.

–Es tan agradable… –murmuró Nicola moviéndose sensualmente debajo de él–. Pero quiero más…

Abraham jadeó y empezó a mover sus caderas contra las de ella mientras Nicola lo imitaba, tratando de seguir su ritmo. Le encantaba esa sensación de tenerlo dentro de ella, el modo en que su miembro la llenaba una y otra vez…; le encantaba la sensación de su cuerpo desnudo frotándose con el suyo. Aquel hombre con el que estaba haciendo el amor era el padre de la criatura que llevaba en su vientre, pensó, y el hombre más sexy del mundo, y en ese momento era suyo, sólo suyo…

Capítulo Ocho

A la mañana siguiente Nicola prácticamente tuvo que echar a Abraham de la casa para que se fuera. Atrayéndola hacia él en el vestíbulo cubrió su garganta de besos.

–Anoche nos dormimos tarde, y es muy temprano –murmuró Abraham contra su cuello–. Deja que te lleve de vuelta a la cama…

Ahogando un gemido, Nicola se apartó de él.

–Tienes que irte, Abraham. Tu coche lleva toda la noche aparcado a la entrada de mi casa, y nunca se sabe cuándo están vigilándote los paparazzi.

–Dudo que estén ahí fuera; las elecciones ya han pasado –replicó él, extendiendo los brazos para rodearle de nuevo la cintura.

Sin embargo, Nicola dio un paso atrás, poniéndose fuera de su alcance.

–Y las has ganado tú, lo que significa que ahora eres aún más interesante para ellos. Además, ya los conoces; son insaciables –le dijo Nicola extendiendo una mano y trazando con el índice la línea de su mandíbula.

–Pues no es una idea muy halagüeña; preferiría hacerte sentir insaciable a ti –murmuró Abraham mirándola de un modo posesivo.

«Ya lo haces», pensó ella.

–Deja de intentar embaucarme con tus encantos. No es justo –protestó–; me estás forzando a ser yo quien sea sensata.

–Está bien, yo también lo seré –contestó él–: vayámonos a algún sitio el fin de semana; los dos solos, tú y yo.

A Nicola le dio un vuelco el corazón.

–Oh, eso es muy sensato –asintió con sorna–. ¿Y qué harías, registrarte con un nombre falso, como John Smith o algo así? –sacudió la cabeza–. ¿Qué es lo que te ha dado, Abe?, ¿cómo es que de repente pareces dispuesto a mandar la prudencia a paseo a la más mínima? –se mordió el labio y se giró, dándole la espalda–. Tienes que pensar en tu imagen; ahora eres senador –le dijo intentando que no sonase como una reprimenda.

Abraham se acercó a ella por detrás, le rodeó la cintura con los brazos, y la abrazó.

–Ya te lo he dicho, Nic, quiero tener una relación contigo. No sé qué tendré que hacer para convencerte, pero no cejaré hasta conseguirlo.

Un débil hálito de esperanza hizo palpitar con fuerza el corazón de Nicola, pero inmediatamente se recordó que aquello no podía ser.

–Pues si de verdad quieres convencerme… –le dijo apartándose y volviéndose hacia él con una sonrisa forzada–… lo primero que tienes que hacer es irte antes de que alguien te vea.

Abraham la miró y sacudió la cabeza.

–No sé por qué estás huyendo de mí, cariño –murmuró acariciándole la punta de la nariz con un dedo–, pero antes o después de daré alcance.

El miércoles por la tarde, después de que recogieran las bicicletas en el Wal-Mart, Abraham y Nicola fueron a llevar los regalos al ayuntamiento. Habían puesto un árbol de Navidad enorme a la entrada, y un tipo vestido de Santa Claus estaba sentado en una tarima con dos chicas disfrazadas de duendes que daban caramelos a los niños que se acercaban con sus padres.

–Ya te advertí que estaría concurrido –le dijo Nicola cuando llegaron–. Tendrás suerte si sales de aquí sin que te avasallen pidiéndote fotos y autógrafos.

Habían aparcado el coche en una calle adyacente, y Nicola había conseguido que un supermercado les prestase un carro para poder llevar las bicicletas y parte de las bolsas con regalos.

Abraham se rió.

–Voy vestido con vaqueros, un suéter, y hasta me he puesto una gorra; dudo que nadie se fije en mí.

Nicola sacudió la cabeza.

–Para ser tan inteligente a veces eres increíblemente ingenuo.

–¿Qué quieres decir?

–Que la gente se fijará en ti independientemente de lo que lleves puesto. Allá donde vas captas por igual la atención de hombres y mujeres; la de los hombres porque emites un aura de fuerza y de

confianza en ti mismo, y la de las mujeres porque… –lo miró de arriba abajo de un modo muy significativo–. Bueno, creo que es obvio por qué.

Abraham se rió de nuevo.

–Me encanta cuando me miras así.

En realidad, sin embargo, no fue tanto Abraham lo que atrajo la atención de la gente, sino el carro cargado de regalos, pero una vez las miradas se posaron sobre ellos ya sólo era cuestión de segundos antes de que lo reconocieran.

Esbozó una pequeña sonrisa, Nicola bajó la cabeza y contó en voz baja:

–Tres, dos, uno…

–¿No es ése Abraham Danforth, nuestro nuevo senador? –exclamó alguien en la cola de Santa Claus.

–Bingo –dijo levantando la cabeza y mirando a Abraham con una sonrisa de «te lo dije».

Abraham hizo una mueca y saludó a la gente con la mano.

–Felices fiestas a todos.

–Eh, senador Danforth, ¿podría firmarme un autógrafo? –le pidió un hombre acercándoseles con un par de gemelos.

–Cómo no –contestó Abraham amablemente.

Pronto se formó un corrillo de gente que quería estrecharle la mano, felicitarlo, o para hacerle una foto con sus críos. Nicola lo observó tomando en brazos a niño tras niño, unos que lloraban, otros con babas, otros con la nariz moqueante… La sorprendió que, a pesar del poco tiempo que decía haber pasado con sus propios hijos de niños, no se las apañaba mal.

–Nic, ¿a qué hora tenía esa videoconferencia de esta tarde? –la llamó Abraham.

–A las cuatro y media –contestó ella mirando su reloj de pulsera–. Lo siento; lo había olvidado. Deberíamos irnos ya –aprovechando la oportunidad de ejercer su papel de relaciones públicas, dio un paso adelante y anunció a la gente–: Lamento tener que robarles al senador Danforth, pero tiene que atender una videoconferencia con el líder del principal partido de la oposición. Sé que le encantaría quedarse, pero le es imposible. Espero que puedan excusarlo.

–Gracias a todos –se despidió Abraham–. ¿Es ahora cuando

tengo que reconocer que tenías razón? –le dijo a Nicola mientras se dirigían a la mesa donde un grupo de voluntarios estaba recogiendo los regalos.

–Como te estaba diciendo, subestimas tu magnetismo –le contestó ella sonriendo–. Hasta a los niños les gustas.

–Te contaré cuál es el secreto –le dijo Abraham–: es fácil tomar en brazos a un niño y aguantar el tipo cuando sabes que sólo lo tendrás un par de minutos y luego se lo devolverás a sus padres –le explicó riéndose.

La sonrisa se borró de los labios de Nicola, que sintió que de pronto algo se resquebrajaba en su interior.

Nicola y la comida volvían a llevarse bien. Hacía dos días que no tenía náuseas, y cuando acudió a la fiesta navideña que se celebró el sábado por la noche en Crofthaven comenzó a picar un poco de todo lo que había en las mesas que rodeaban el salón de baile: fresas con azúcar, tartaletas, pinchitos de diversos tipos…

–Por lo que veo tienes mejor el estómago –dijo Abraham apareciendo detrás de ella.

El corazón le dio un vuelco a Nicola, que se preguntó cómo conseguía combinar el humor y la sensualidad en su voz.

–Sí, mucho mejor –contestó volviéndose con un pastelito de nata en la mano.

–No te he visto llegar. ¿No habrás entrado por la puerta de atrás, verdad?

Nicola esbozó una sonrisa traviesa y se metió el pastelito en la boca.

–Es que quería dejarte a solas para que disfrutaras de la admiración que despierta tu aura senatorial en tus invitados y amigos –respondió cuando se lo hubo tragado.

Abraham puso los ojos en blanco.

–Aura senatorial… Sí, seguro. Sabías que te pediría que te quedaras a mi lado para recibir a la gente y por eso te has escabullido entrando por la puerta trasera.

–Pero es que no habría sido apropiado; entiéndelo –replicó ella, lamiéndose discretamente el índice, que se le había manchado de nata–. No soy de la familia; a efectos oficiales sólo soy tu relaciones

públicas.

Con un brillo desafiante en la mirada, Abraham le agarró la mano y la levantó para pasar su lengua por el dedo que ella acababa de lamer.

–Entonces solucionemos ese detalle.

Emitiendo un gemido ahogado, Nicola apartó su mano y miró en derredor para comprobar si alguien lo había visto.

–¿Te has vuelto loco? –le siseó.

Abraham se quedó callado un momento y asintió con la cabeza.

–Sí, lo estoy –respondió.

Nicola volvió a mirar nerviosa en derredor. Abraham estaba empezando a ser un peligro… tanto para sí mismo como para ella. Se aclaró la garganta.

–Creo que debería ir a saludar a…

–Hay algo que quiero enseñarte antes de que salgas corriendo, cobardica –le dijo Abraham tomándola por el brazo y conduciéndola al extremo opuesto del salón.

–Yo no soy una cobardica –protestó Nicola ofendida–; lo que soy es sensata, y tú eres… eres… –no se le ocurría una palabra que pudiera expresar por sí sola lo que quería decir.

–¿Soy qué? –la instó él.

Maravilloso, irresistible… imposible. Ésa, ésa era la palabra.

–Imposible; eres imposible.

Abraham sonrió y le indicó con un ademán la mesa junto a la que se habían detenido.

–Le pedí a la cocinera que hiciera esto en tu honor.

Nicola bajó la vista a lo que le había señalado y se derritió.

–¿Es pastel de cerezas?

Abraham asintió.

–Y hay otro en la cocina para que te lo lleves a casa.

Durante un buen rato Nicola se sintió incapaz de articular palabra. Era ridículo, pero se le había hecho un nudo de emoción en la garganta.

–Yo… gracias –murmuró–. Ha sido un detalle muy bonito. Dios, no sé ni qué decir.

–Deja que te lleve el otro esta noche a tu casa cuando acabe la fiesta –dijo Abraham.

–Si vienes no será sólo para eso y lo sabes –lo acusó ella, aunque

su voz no sonó irritada.

–¿Te molestaría? –inquirió Abraham en un tono que delataba lo seguro que estaba de sí mismo.

Nicola no podía reprochárselo. Era ella quien, tras haber sucumbido una y otra vez a sus encantos había alimentado su confianza.

Decidió que lo mejor sería no contestarle.

–Voy a saludar a Harold y Miranda –murmuró dando un paso atrás.

Abraham asintió con una sonrisa maliciosa, como diciéndole que sabía que estaba huyendo.

–De acuerdo; luego nos vemos.

Eso era lo que ella temía: tener que verlo luego.

Nicola consiguió escapar con éxito de la fiesta sin que Abraham la pillara al escabullirse por la puerta trasera, y cuatro horas después estaba ya en su casa, acostada, leyendo un libro sobre el embarazo cuando sonó el timbre de la puerta. El corazón le palpitó con fuerza y maldijo entre dientes porque sabía muy bien de quién se trataba. Tal vez si se hiciese la dormida…

El timbre volvió a sonar. «Tres veces», se dijo cerrando los ojos con fuerza, «dejaré que llame una vez más y se marchará». Era medianoche y no creía que Abraham quisiese despertar a sus vecinos.

El timbre sonó una tercera vez y contó hasta diez.

Nicola exhaló un suspiro al no escuchar nada, pero entonces en vez del timbre comenzó a oír golpes en la puerta. Abrió los ojos, se bajó de la cama y agarró su bata. Aquello era ridículo.

Bajó las escaleras irritada, dispuesta a leerle la cartilla, y apenas miró un segundo por la mirilla antes de abrir la puerta de par en par.

Vestido todavía con ese esmoquin que se había puesto para la fiesta y que le daba un aire tan sexy, Abraham llevaba un molde de tarta cubierto con papel de aluminio en una mano y un regalo envuelto en la otra.

Nicola cruzó los brazos sobre el pecho.

–¿Has visto la hora que es? ¡Más de medianoche!

–Bueno, de hecho ya estamos en la madrugada del domingo, así que… buenos días –respondió Abraham tan tranquilo–. ¿Puedo pasar?

Nicola querría haberle dicho que no, pero temía que Abraham siguiese insistiendo y se pusiesen a discutir allí en la puerta. Al menos uno de los dos tenía que pensar en su imagen. Se hizo a un lado, y tan pronto como hubo entrado cerró y se volvió hacia él.

–Mira Abe, he estado trabajando todo este año para que proyectaras ante los medios y el público una imagen de persona madura y seria, y no quiero que todo ese esfuerzo se eche a perder ahora que has ganado las elecciones.

–Yo no creo que le haga daño a nadie, Nic. El que no quiera seguir fingiendo, no significa que mis votantes se vayan a sentir engañados respecto a mí; sigo siendo la misma persona.

Nicola sintió que una ola de frustración la invadía.

–Pero podrías ser un poco más discreto –lo increpó mientras lo veía dejar el regalo sobre la mesita del salón.

–Estoy siendo discreto –contestó él desanudándose la corbata–. ¿Dónde te pongo el pastel?

–Trae, lo llevaré a la cocina –farfulló Nicola quitándoselo de la mano.

Lo había metido en la nevera e iba a girarse para regresar al salón, pero cuando se volvió se encontró con que Abraham la había seguido y estaba delante de ella.

Nicola tragó saliva nerviosa al ver la expresión de firme determinación en su rostro.

–Mm… lo que te he dicho antes de que deberías ser más discreto iba en serio –le dijo.

–Y lo que yo te he respondido también: estoy siéndolo –contestó él.

–Pues no es ser nada discreto el que la gente pueda ver tu coche aparcado a la entrada de mi casa a estas horas de la noche –le espetó Nicola.

–Entonces vuelve a Crofthaven conmigo.

Nicola emitió un gemido de exasperación.

–¿Por qué te empeñas en cerrar los ojos a la realidad?

Abraham sacudió la cabeza y la acorraló contra la puerta del frigorífico.

–No, cariño, eres tú quien los tienes cerrados.

Inclinó la cabeza, y tomó sus labios en un beso sensual y posesivo que hizo que le flaquearan las rodillas.

–Abre el regalo que te he dejado en el salón –le dijo apartándose de ella de mala gana–. Pasaré a recogerte mañana por la tarde a las siete.

Nicola tomó aliento y parpadeó.

–¿Qué pasa mañana a las siete?

–Tenemos que asistir a una fiesta en casa de Robert Billing.

–¿Tenemos?, ¿por qué tengo que ir yo?

–Porque es trabajo; fue quien más dinero dio en apoyo de mi candidatura –respondió Abraham–. No hace falta que te vistas mucho; es algo informal. Bueno, me gustaría quedarme, pero ya que no me has invitado a hacerlo, no lo haré; no quiero que te sientas presionada. Dulces sueños, Nic.

Nicola se quedó mirándolo aturdida como si le hubiera dado un latigazo. ¿Había estado persiguiéndola literalmente durante días y de repente decía que no quería hacer que se sintiera presionada? ¿Y a qué venía eso del regalo y el pastel? Iba a volverla loca.

Capítulo Nueve

Tenía que ponerse firme con Abraham… y consigo misma. Mientras bajaba las escaleras de su casa con un par de zapatos en la mano para ir a una fiesta a la que en realidad no tendría por qué ir, y a la que iba a asistir con un hombre con el que debería tener el menor trato posible, Nicola farfulló entre dientes una serie de buenos propósitos de Año Nuevo, aunque todavía faltaban varios días para eso.

–No más dejarme arrastrar por ese estúpido estupor sensual que me entra cuando me besa –se dijo una vez en la planta baja, mientras se ponía unas manoletinas negras–; y no aceptar ni un solo regalo más –añadió lanzando una mirada furibunda al paquete envuelto que seguía sobre la mesita del salón, donde él lo había dejado.

A pesar de que se moría de curiosidad por saber qué había dentro, se había prometido que no lo abriría. En ese momento sonó el timbre de la puerta, y dio un respingo. ¿Era esa la reacción de una mujer con dominio de sí misma e imposible de seducir?, se reprendió. Diciéndole a su corazón que no latiera tan aprisa se dirigió lentamente hacia la puerta y alineó sus defensas. Iba a necesitarlas.

Cuando abrió lo encontró de pie al otro lado con un ramo que era una pura explosión de colores por la variedad de flores que lo componían.

–Se me ocurrió traerte esto –le dijo Abraham–. La florista quería que me llevara un ramo preparado, pero le dije que quería uno «a la carta» y le indiqué qué flores quería que llevase. Las arregló ella para que quedara más bonito, y le añadió esas ramitas de hojas verdes para darle cuerpo, pero las flores las elegí yo. ¿Qué te parece? –le explicó mostrándoselo.

–Me parece que no deberías haberte tomado tantas molestias –dijo ella con un suspiro.

Abraham había escogido las flores él mismo, y eso hacía que

aquel ramo fuese especial.

–Bueno, ya no puedo devolverlo –respondió él pasando dentro y dirigiéndose a la cocina–. ¿Tienes algún jarrón o algún cacharro donde pueda ponerlas? –le preguntó desde allí.

Nicola lo oyó abriendo y cerrando armarios.

–No –respondió desde el salón, decidida a mantenerse firme aunque se sintiera como una ingrata–. Acabo de instalarme y no he tenido tiempo para ir a comprar jarrones.

Le oyó decir algo como «esto servirá», luego un ruido de agua corriendo, y al cabo de un rato Abraham reapareció con el ramo metido en una jarra alta.

–¿Dónde te lo pongo?

–Ahí mismo, en la mesita –respondió Nicola de mala gana señalándosela con un vago ademán–. Escucha, Abe, ya hemos hablado de esto antes, y…

–Estás preciosa –la interrumpió él, yendo hacia ella.

Una sensación de pánico invadió a Nicola, que levantó las manos e hizo con dos dedos la señal de la cruz, como si Abraham fuera un vampiro del que quisiera protegerse.

–Detente –le dijo.

Abraham se rió y le separó las manos tomándolas en las suyas.

–¿A qué viene eso? No voy a chuparte la sangre ni nada parecido.

–Tienes que parar esto –le dijo Nicola–; por mucho que sigas intentando conquistarme con detalles como éste no voy a dar mi brazo a torcer. Sé lo que es mejor para mí y lo que es mejor para tu imagen y el seguir con esto y permitir que se sepa sólo puede acarrearnos problemas.

Abraham se puso serio.

–¿Por qué tendría que acarrearnos problemas?

Nicola soltó sus manos y se cubrió los ojos con ellas.

–Me gustaría saber qué tengo que hacer para que comprendas que no…

–No has abierto mi regalo.

Nicola sintió una punzada de culpabilidad al escuchar la decepción en su voz. Se destapó los ojos, pero no fue capaz de mirarlo.

–No creo que deba aceptar regalos tuyos.

–Vaya una tontería… –le espetó Abraham–. Ni que estuviera inundándote con joyas como si fueras mi amante… –se quedó callado, como considerando la posibilidad–. Aunque la verdad es que no sería una mala idea…

Nicola levantó una mano.

–No sigas por ahí.

–De acuerdo, pero quiero que abras el regalo –dijo él.

Nicola se cruzó de brazos, resuelta a no claudicar.

–No pienso hacerlo.

Abraham gruñó exasperado.

–Sólo quiero que lo abras. Si luego no lo quieres, por mí perfecto, pero al menos ábrelo –le dijo sentándose en el sofá–. No me moveré de aquí hasta que lo hagas, y si llegamos tarde a la fiesta todo el mundo se preguntará por qué, y yo tendré que decirles la verdad porque soy el «honesto Abe», que no querías abrir el regalo que te había dado.

Nicola lo miró llena de frustración. Aquello era chantaje, eso era lo que era.

–Está bien, está bien, lo abriré y luego te lo llevarás.

–Tú ábrelo –le insistió él.

Nicola se mordió el labio y rasgó el bonito papel que envolvía el paquete. Dentro había una caja, y al abrirla vio varios libros de tapa dura. Tomó el primero y leyó el título: Mujercitas.

Aquello bastó para que se le formase un nudo en la garganta y los ojos se le llenasen de lágrimas. Conteniéndolas a duras penas, alzó la vista hacia Abraham.

–Todas las obras de Louisa May Alcott; primeras ediciones –le dijo quedamente–. Una me costó bastante encontrarla.

Al ver que Nicola no decía nada, se puso de pie y la miró con curiosidad.

–¿Quieres que me los lleve?

Embargada por la emoción, Nicola tuvo que tragar saliva dos veces antes de poder responderle.

–Eres imposible –murmuró.

Ni el diamante más grande del mundo la habría hecho tan feliz como aquellos libros.

El hogar de los Billings era una mansión con siglos de historia, pero no tan grandiosa como Crofthaven. En cuanto entraron en el vestíbulo todas las cabezas se volvieron hacia ellos para observar a Abraham. Nicola debería estar acostumbrada a aquello después de un año trabajando junto a él, a la electricidad que generaba simplemente con entrar en una sala, pero no lo estaba.

–¡Abe!, cuánto me alegra que hayas podido venir –lo saludó Robert Billings, el anfitrión, tendiéndole la mano.

–No me habría perdido esta fiesta por nada del mundo –le dijo Abraham estrechándosela–. Recuerdas a Nicola Granville, mi asesora de imagen y directora de campaña ¿verdad?

–¿Cómo podría haberla olvidado? …la mujer que mejor baila del viejo Sur –respondió Robert con una sonrisa–. ¿Va a acompañar al nuevo senador a Washington, señorita Granville?

–Pues la verdad es que n…

–Estamos en negociaciones –la cortó Abraham.

–¡Abe Danforth!, justo el hombre que estaba buscando… –exclamó una mujer acercándose a ellos con el brazo entrelazado con el de otra.

La primera era Gloria, la esposa del anfitrión, y la segunda Vivian Smith, la viuda que se había sentado junto a Abraham en la cena de la fiesta en casa del gobernador.

–Abe, sé que has estado muy ocupado con la campaña como para haber hecho vida social estos últimos meses, pero ahora puedes tomarte un respiro y divertirte un poco. Conoces a Vivian, ¿verdad?

–Sí, sí, nos conocemos –contestó Abraham–. De hecho coincidimos en otra fiesta hace unos días. Le estoy muy agradecido por el apoyo que me ha prestado durante la campaña.

Había sido una respuesta formal, pero Nicola se fijó en que la tal Vivian estaba mirándolo como esperanzada.

–Vivian, creo que no conoces a Nicola Granville, ¿me equivoco? –le preguntó Abraham.

–Fue la directora de campaña de Abe –le explicó Gloria a su amiga–. Es una chica brillante. ¿Cómo está, señorita Granville? –sin darle tiempo a contestar la tomó de la mano y le dijo–: ¿Sabe?, he pensado que con un grupo de vejestorios como nosotros se aburrirá muchísimo, y por eso se me ocurrió invitar al nuevo cirujano del

hospital de la ciudad. Debe ser de su generación, y estoy segura de que le encantará conocerla. Venga conmigo, querida.

A Nicola sólo le dio tiempo a lanzarle a Abraham una mirada de «te lo dije» antes de que Gloria la arrastrara con ella.

Al cabo de unos minutos Abraham ya había hablado todo lo que quería hablar con Vivian, pero ella parecía decidida a prolongar la conversación el máximo posible. A Nicola, entretanto, no le faltaban caballeros que quisieran charlar con ella, observó Abraham malhumorado. Con su sonrisa y su risa parecía iluminar toda la sala.

–Es tan joven y tiene tanta vitalidad… –comentó Vivian mirándola.

–No tan joven –replicó Abraham–. Bueno, ya pasa de los treinta –añadió al ver la mirada de extrañeza que le dirigió la viuda.

–¿Seguirá trabajando con usted cuando se vaya a Washington?

La curiosidad de la mujer estaba empezando a irritar a Abraham, sobre todo porque a esa pregunta no podía responder con un «sí» como desearía.

–Todavía no está decidido.

–¿Y ya se ha mentalizado para la diferencia de clima?

Abraham frunció el entrecejo.

–¿A qué se refiere?

–Bueno, en Washington hace más frío en invierno que aquí en Savannah, y como se va usted en enero… ¿Qué hará usted para calentarse por las noches?

Abraham parpadeó con incredulidad al ver la expresión coqueta en su rostro. Oh, no… ¿Estaba ofreciéndose para hacerlo ella?

Ya había tenido bastante, se dijo. Se aclaró la garganta.

–Tengo una manta de lana buenísima –le respondió–. Vivian, me ha encantado volver a verla, y quiero reiterarle mi agradecimiento por su apoyo durante la campaña pero ahora, si me disculpa, voy a ir a por un poco de agua.

Agarró un vaso de agua, y se dirigió a donde se encontraba Nicola hablando con un hombre joven.

–Hola –dijo saludando al hombre con una inclinación de cabeza.

–Senador, permítame que le presente al doctor Jenson. Es el

nuevo cirujano del hospital del que nos estaba hablando antes Gloria.

Abraham le tendió la mano.

–Bienvenido a Savannah.

–Gracias. Por cierto, felicidades por su nuevo cargo. Nicola estaba diciéndome que no lo acompañará a Washington, y le estaba comentando que podría preguntarle a la administración del hospital si no les vendría bien alguien con su perfil.

Abraham apretó los dientes.

–Todavía no he renunciado a conseguir convencerla para que siga trabajando para mí, y estoy dispuesto a emplear todas mis armas para persuadirla –respondió–. Discúlpenos un momento, ¿quiere?

Pasó una mano por la cintura de Nicola y la condujo hacia el pasillo. Nicola se apartó de él y lo miró como si creyese que había perdido la cabeza.

–Abe, te estás comportando como un cavernícola defendiendo su territorio –le siseó.

–¿Qué quieres?, entre Gloria metiéndome en el saco del «grupo de vejestorios» y luego Vivian ofreciéndose a ir a calentarme en las frías noches de Washington… –respondió Abraham.

Nicola lo miró con los ojos como platos.

–¿Vivian te ha dicho eso?

Abraham asintió, aplacándose un poco al oír una nota de indignación en su voz.

–Y no hacía más que hablarme de lo joven que eres.

–No soy tan joven –replicó ella con fastidio.

–Eso mismo es lo que le dije yo.

Nicola parpadeó y se rió entre dientes.

–Bueno, la verdad es que tampoco puede culpársela por ir detrás de ti: eres guapo, inteligente, rico, sexy… y además pronto te beneficiarás de todos esos descuentos que les hacen a los ciudadanos de la tercera edad…

Abraham frunció el ceño.

–Muy graciosa –farfulló.

–Bueno, ¿por qué me has traído aquí? –inquirió Nicola.

–Porque tengo dos palabras que decirle, señorita Granville –respondió Abraham.

Alzó brevemente la vista hacia el techo, lo justo para hacer a Nicola mirar también y ver que sobre sus cabezas había colgada una ramita de acebo, y cuando ella bajó la vista con una ceja enarcada y la boca abierta, le dijo:

–Feliz Navidad –y tomó sus labios en un beso con lengua.

Horrorizada por aquella exhibición pública de pasión, Nicola corrió al cuarto de baño. Se echó agua en la cara para sofocar el calor de sus ardientes mejillas, y maldijo entre dientes. Lo cierto era que la temperatura de todo su cuerpo parecía haber subido unos cuantos grados, y no por el enfado, ni por la indignación, ni por la vergüenza que sentía; era por el beso de Abraham. Aquel diablo sabía besar como nadie.

¿A qué había venido eso?, ¿acaso era uno de esos hombres a quienes les atraía lo inalcanzable y que una vez conseguido su objetivo perdían el interés?

Inspirando profundamente se dirigió a la puerta y salió al pasillo cuando se tropezó con Gloria Billings.

–Oh, perdóneme –balbució–; lo siento.

–No pasa nada –replicó la mujer.

Nicola se dio cuenta de que parecía estar escrutando su rostro, e intentó distraer su atención de ella.

–Es una fiesta magnífica, la felicito, y usted una gran anfitriona –le dijo.

–Gracias; de algo sirve la experiencia –contestó la señora Billings con una sonrisa. Se quedó callada un instante, y le preguntó–: ¿No es un poco joven para él?

El corazón le dio un vuelco a Nicola.

–No sé a qué se refiere.

–Pues a que es usted demasiado joven para el senador, querida –le dijo Gloria Billings bajando un poco la voz, pero empleando el mismo tono impertinente–. Los he visto hace un instante… bajo el acebo.

El corazón de Nicola palpitó con fuerza contra sus costillas.

–Eso no… no ha sido nada.

–Pues a mí no me ha parecido que fuera nada –replicó la señora Billings riéndose–. Escuche, es usted muy joven, y Abraham

Danforth no lo es. Puede que le haya dado la impresión de que es uno de esos hombres mayores que van buscando a mujer más joven para que se convierta en su amante, colmarla de caprichos y ponerle un piso, pero tiene un fuerte carácter, y únicamente una mujer con experiencia sería capaz de manejarlo.

Nicola la miró boquiabierta, debatiéndose entre la incredulidad y la ira.

–En primer lugar, quien piense eso de Abraham es que no lo conoce; en segundo lugar, a mí no me interesa ser la mascota de ningún hombre; y en tercer lugar, nada de eso importa porque no tenemos ninguna relación, ni vamos a tenerla –le espetó. A pesar de haberse desahogado, aún se notaba furiosa, y temiendo que su boca pudiera meterla en problemas, le repitió–: Una fiesta magnífica.

Unos cuarenta minutos después, Abraham detenía el vehículo frente a la casa de Nicola y se bajaban de él.

–Nic, estás siendo ridícula. ¿Cuándo piensas volver a hablarme? –le preguntó mientras se dirigían a la casa.

Nicola resopló exasperada.

–¡Que estoy siendo ridícula! –le espetó volviéndose al llegar a las escaleras del porche–. ¡No fui yo quien inició un beso con lengua en la casa de la mayor chismosa de la ciudad!

Abraham hizo un gesto desdeñoso con la mano como dándole a entender que se estaba preocupando por nada.

–¿Y qué va a hacer? ¿Poner un cartel que diga que Abraham Danforth besó a Nicola Granville en su fiesta? ¿Y qué?, no estoy casado; no he cometido ningún crimen.

–Hay más cosas que considerar que tu imagen en esto –replicó Nicola, pensando en el bebé.

Cuanta más atención atrajese Abraham sobre su relación, más probabilidades habría de que los medios comenzaran a seguirla a todas partes y a espiarla, y descubrieran lo de su embarazo.

–¿Qué quieres decir?

Nicola se mordió el labio.

–Quiero decir que a mí esto puede hacerme bastante daño –contestó–. Cuando surgen rumores el hombre siempre suele salir mejor parado que la mujer. Si esto trascendiera a los medios la

próxima persona que me contrate se preguntará si acostumbro a acostarme con todos mis clientes.

Abraham se sintió horrorizado… durante unos segundos.

–Bueno, si te vinieses a Washington conmigo y siguieras trabajando para mí no tendrías que preocuparte por eso.

Nicola sacó las llaves de su bolso y suspiró.

–No voy a ir a Washington contigo, Abraham; ya no sé cuántas veces te lo he dicho… me siento como un disco rallado.

–Pues toca una nueva canción –le sugirió él–. Supongo que con lo enfadada que estás no querrás invitarme a entrar un rato –murmuró.

–Supones bien –contestó ella con aspereza–. Buenas noches.

Iba a darse la vuelta para abrir la puerta y entrar en la casa, pero Abraham la retuvo por el brazo.

–Nicola, no entiendo por qué te has puesto así… a menos que te avergüences de nuestra relación.

–No me avergüenzo –replicó ella irritada–; de hecho ni siquiera es una relación… Quiero decir… piensa en cómo empezó: una noche nos dejamos llevar, nos dijimos que aquello no podía volver a ocurrir, pero volvimos a caer una y otra vez. No escogimos iniciar una relación, simplemente nos dejamos arrastrar por la atracción que había entre nosotros. No creo que eso sea un buen comienzo para una relación sólida. Además, hay muchas cosas que no sabes de mí y yo no estoy segura de que… –se le quebró la voz, y se mordió el labio inferior.

Abraham comprendió de repente, y se sintió como si Nicola le hubiera asestado una puñalada.

–No estás segura de que no vaya a fallarte –murmuró–. No confías en mí…

–Claro que confío en ti –replicó ella–, no habría apostado por ti como directora de campaña ni me habría ido a la cama contigo si me hubieses inspirado desconfianza.

–Pero no estás segura de que puedas confiar en mí como pareja en una relación seria –murmuró Abraham dolido–. No te parecía mal como amante secreto, para darte un revolcón de vez en cuando, pero no para una relación de verdad, ¿no es así?

Sacudió la cabeza consternado. Era tal y como se había temido; aquello no hacía sino confirmar su incapacidad para mantener una

relación emocional con otra persona. Había fracasado con su esposa, había fracasado con sus hijos…, y Nicola acababa de darle a entender que prefería que terminasen antes de que su relación acabase en un fracaso también. De pronto se sentía vacío, más vacío de lo que nunca se había sentido en toda su vida.

–Es tarde y debes estar cansada –murmuró agachando la cabeza–. Ya te llamaré.

Y con esas palabras se alejó, dejando a Nicola preocupada y confundida.

Capítulo Diez

Hacía cuatro días que Nicola no sabía nada de Abraham. Aunque se sentía mal por haberlo herido, también era consciente de que aquella relación no iba a ninguna parte y de que él no quería tener más hijos, así que cuando empezaba a darle vueltas y a recriminarse se decía que quizá hubiese sido para bien que la situación se hubiese atajado antes de que las cosas entre ellos empeorasen.

Para no pensar en ello se centró en el bebé, leyendo libros y más libros sobre el embarazo, el parto, y el cuidado de los bebés y los niños. Ya que iba a estar sola en aquello, al menos intentaría hacer todo lo que estuviese en su mano para ser una buena madre para su hijo.

Esa noche, sin embargo, cuando ya estaba acostada, el teléfono la despertó. Con el corazón palpitándole con fuerza, encendió la luz de la mesilla y miró el reloj: la una de la madrugada.

Levantó el auricular hecha un manojo de nervios, y contestó.

–¿Diga?

Para su sorpresa, no fue la voz de Abraham la que respondió.

–Nicola, soy Lea.

Nicola frunció el entrecejo y se incorporó, quedándose sentada en la cama.

–¿Lea? ¿Qué…?

–Estoy en el hospital, y Harold, Reid, y Michael están aquí también. Se trata de mi padre…

Un escalofrío recorrió la espalda de Nicola.

–¿Le ha ocurrido algo a Abraham? ¿Qué le ha pasado?, ¿ha tenido un accidente?

–No; le entró un fuerte dolor en el pecho, y Harold lo trajo corriendo a urgencias. Ahora mismo lo están examinando y pensé que… bueno, pensé que querrías saberlo.

Tras darle las gracias y decirle que iba enseguida para allá, Nicola colgó y, con el corazón desbocado se levantó, se quitó el camisón, y corrió a buscar una sudadera y unos vaqueros.

Abraham estaba en el hospital, se repitió espantada mientras se subía con manos temblorosas la cremallera del pantalón, estaba en el hospital… Un sollozo escapó de su garganta. No podía morir, no podía morir… ¿Y si lo perdiese?, ¿y si el hijo que llevaba en su vientre no llegara nunca a conocer a su padre?

Se recogió el cabello con una pinza, se puso unos calcetines, se calzó unas zapatillas de deportes, y agarró un anorak.

Estaba tan alterada que tuvo que volver a entrar en la casa cuando ya había salido porque se había dejado el bolso. Ya en el coche, metió las llaves en el contacto, puso en marcha el motor, y se dirigió al hospital murmurando oraciones sin parar durante todo el trayecto.

Al entrar en el pabellón de urgencia vio inmediatamente a Harold, Lea, Reid, otro de los hijos de Abraham, y Michael, el marido de Lea.

–¿Cómo está? –les preguntó–. ¿Os han dicho ya algo?

Harold sacudió la cabeza.

–No, lo siento –respondió dando un paso hacia ella y abrazándola–. La buena noticia es que estaba consciente cuando lo trajimos, y que no hacía más que protestar todo el tiempo diciendo que no necesitaba que lo viera ningún médico.

Nicola se sintió algo más aliviada al oír aquello, pero su preocupación no se disipó por completo.

–¿Qué ocurrió exactamente?

–Lo encontré en la cocina, doblado y agarrándose el pecho. Me pegué un susto de muerte –le explicó el hermano de Abraham pasándose nervioso una mano por el escaso cabello que le quedaba–. No me lo esperaba, la verdad; siempre ha estado fuerte como un toro, pero supongo que esto demuestra que es tan vulnerable como el resto de los mortales.

El imaginarse a Abraham doblado y agarrándose el pecho dolorido hizo que a Nicola la invadiera el pánico de nuevo. Tragó saliva.

–¿Y cuánto hace que estáis aquí?

–Llevaremos aquí algo más de una hora –contestó Harold–, pero si no salen pronto a decirnos algo iré a preguntarle a la enfermera.

Nicola quería hablar ya con la enfermera; quería ir con Abraham y asegurarse de que estaba bien.

Harold tomó sus manos en las suyas.

–Nicola, estás muy pálida, y tienes las manos frías como el hielo –murmuró–. Estos últimos días he notado a Abraham muy taciturno, y aunque cada vez que le he preguntado me ha dicho que no le ocurría nada, sé que no es verdad. ¿Tienes alguna idea de qué puede tenerlo tan preocupado?

Nicola sintió una punzada de culpabilidad.

–El otro día tuvimos una discusión –dijo con la cabeza gacha–. Desde entonces no hemos vuelto a hablar –los ojos le picaban, y se notaba un nudo en la garganta. Intentó contener las lágrimas, pero le fue imposible, y comenzaron a rodar por sus mejillas–. Dime que no va a morirse, Harold –le susurró–. No puede morir…

–Voy a matar a mi hermano –le dijo Abraham al médico que lo había estado examinando.

–Su hermano le ha salvado la vida, señor Danforth; una úlcera sangrante puede provocar la muerte. Aunque en su caso ha tenido suerte y lo hemos detectado a tiempo, así que si se toma la medicación que le he prescrito y vigila su dieta, no tendrá ningún problema.

–Estupendo –comentó Abraham–. Entonces, ¿puedo quitarme este condenado camisón de hospital e irme a casa?

El médico asintió con la cabeza.

–¿Quiere que vaya a informar a su familia mientras se cambia?

–No, gracias, doctor; quiero hacerlo yo. Tengo ganas de ver la cara que pondrán cuando les diga que, por primera vez, en lugar de hacer que les entre una úlcera a ellos, es a mí a quien me ha entrado –replicó Abraham.

El médico lo dejó solo, y Abraham se puso a vestirse. Cuando se estaba calzando los zapatos, pensó en Nicola y sacudió la cabeza. Por increíble que resultara de creer, una mujer le había provocado una úlcera. No tenía sentido que siguiese dándole vueltas, se dijo; lo mejor sería que empezase a hacerse a la idea de que viviría con esa desgarradora sensación de vacío toda su vida. «Después de todo la otra noche prácticamente me dio el pasaporte», pensó. Se metió en el bolsillo la prescripción que le había dado el médico, y salió de la pequeña habitación donde el doctor lo había examinado. Cuando

entró en la sala de espera, cuatro cabezas se volvieron hacia él: la de Harold, la de Lea, la de Michael, y la de Reid.

–¿Papá? –dijo su hijo.

–¿Abe? –dijo su hermano con incredulidad–. No me digas que van a dejarte volver a casa después de un ataque al corazón…

–No ha sido un ataque al corazón –replicó Abraham–; tengo una úlcera.

En ese momento Abraham vio a Nicola aparecer detrás de su hermano, y el corazón le dio un vuelco.

Harold sacudió la cabeza.

–Vaya, ésta sí que es buena: nosotros siempre diciendo que ibas a hacer que un día nos entrara una úlcera, y ahora resulta que va y te entra a ti.

Abraham, sin embargo, no podía apartar sus ojos de los de Nicola. En ellos podía leerse miedo, alivio, confusión,… pero también algo más profundo que le dio esperanzas. Parecía como si aquella visita al pabellón de urgencias la hubiese asustado muchísimo.

–Sí, bueno, parece que hay otra persona aparte de mí capaz de hacer que le entren úlceras a la gente –murmuró.

Abraham sabía que no estaba bien que se aprovechase de ese momento de debilidad de Nicola, de su preocupación por él, para convencerla de que lo acompañase de regreso a Crofthaven, pero no pudo evitarlo. Estar sin ella lo hacía sentirse mal, lo hacía sentirse vacío

Sin embargo, apenas habían entrado en la mansión, cuando volvió a encontrar resistencia. Minutos antes, camino de allí en su pequeño utilitario, Nicola no le había quitado ojo de encima, como si quisiera asegurarse de que estaba bien, pero parecía haberse convencido de que sí para cuando llegaron, porque al pedirle que se quedase a pasar la noche con él, le respondió con firmeza:

–No, Abraham, no voy a acostarme contigo.

–¿Por qué no? Tienes un efecto medicinal en mí.

Nicola sacudió la cabeza, todavía visiblemente afectada.

–Necesitas descansar.

–Descansaría mejor contigo en mi cama –murmuró él,

rodeándole la cintura con los brazos y atrayéndola hacia sí.

–A nadie más que a ti se le ocurriría querer practicar sexo la misma noche en la que ha estado en urgencias –le contestó Nicola con un pesado suspiro.

Sólo entonces se percató Abraham de lo cansada que parecía.

–Bueno, no tenemos por qué hacer nada; podríamos dormir juntos simplemente.

–Me cuesta creer que serías capaz de acostarte a mi lado y no hacer nada –replicó ella.

–¿Tan poca confianza tienes en mí?

Nicola enarcó una ceja.

–A los hechos me remito: no ha habido ni una sola vez que nos hayamos acostado en la misma cama y no hayamos hecho el amor.

Lo cierto era que le sería difícil estar con ella bajo las mantas y mantener las manos quietas; de hecho, tendría que estar en su lecho de muerte para no querer hacerle el amor; pero quizá aquella fuera una oportunidad para demostrarle que podía confiar en él.

–Te doy mi palabra de que no intentaré nada; ponme a prueba –le dijo, sabiendo lo mucho que le costaba no aceptar un desafío.

Nicola se tapó los ojos con las manos y gimió de desesperación.

–Está bien, está bien… Dormiré contigo esta noche; pero si intentas hacerme el amor, quedará de relieve que yo tenía razón.

–¿Y si me porto bien?

–Ya veremos –respondió ella evasivamente.

Cuando Nicola se despertó a la mañana siguiente y abrió los ojos, se encontró con Abraham observándola.

–Se supone que deberías estar descansando –le dijo.

Apoyado en un codo, Abraham le peinó el cabello con los dedos.

–Estoy disfrutando de la vista.

Nicola sonrió, y cerró los ojos de nuevo.

–Eres demasiado amable. Estoy segura de que tengo un aspecto horrible después del susto de muerte que me diste anoche.

–Bueno, lo que es justo es justo.

Nicola abrió los ojos y lo miró fijamente.

–¿Qué quieres decir?

–Pues que tú me has provocado una úlcera, y yo te he dado un

buen susto: estamos en paz –murmuró Abraham sin dejar de pasar los dedos por su pelo.

Aquellas caricias estaban teniendo un efecto hipnotizador en ella, y le estaba costando mantener vivo el deseo de darle un bofetón cuando el que estaba teniendo en ese momento de ronronear de placer era más fuerte. Sin embargo, finalmente se obligó a incorporarse.

–Vaya, pues si soy la causante de tu úlcera quizá debería marcharse.

–Espera, espera… –le dijo Abraham reteniéndola por el brazo–. Lo que quería decir es que ha sido la idea de que quisieras que pusiésemos fin a nuestra relación lo que ha hecho que me entre una úlcera. De pronto me sentí vacío.

Nicola lo miró a los ojos, y sintió que se derretía ante aquella confesión.

–¿Lo dices en serio?

Abraham asintió con la cabeza.

–Muy en serio.

Nicola volvió a tumbarse.

–Entonces puedes volver a acariciarme el pelo –le dijo cerrando los ojos.

Abraham se rió suavemente, y comenzó a peinarle de nuevo el cabello pelirrojo con los dedos.

–No tenía ni idea de lo mucho que te gustaba esto hasta que me dijiste que tu madre solía hacerlo cuando eras niña.

–Es que es tan relajante… –dijo Nicola con un suspiro–. Tiene un efecto casi hipnótico sobre mí.

–Ajá… –murmuró Abraham–… un poder secreto. Tendré que aprender a usarlo bien.

Nicola sonrió.

–He dicho «casi». Además, no te hacen falta más poderes secretos; ya eres bastante peligroso con los que tienes.

–¿Lo soy?

–Sí, lo eres –contestó ella riéndose.

Abrió los ojos y al mirarse en los de él el corazón le palpitó con fuerza. Oh, Dios, ¿es que había perdido la razón?

–Verte junto a mí al despertar es lo más hermoso del mundo –le dijo Abraham.

–No empieces otra vez, Abe. Si de verdad te parezco guapa en este momento, con el pelo revuelto y los ojos medio pegados por el sueño, debes necesitar gafas.

–Shhh –la calló él poniéndole un dedo sobre los labios–. La autoridad aquí sobre lo que es hermoso soy yo –le dijo–. Cena conmigo esta noche.

El corazón le dio un vuelco a Nicola. Después de lo ocurrido la noche anterior le estaba empezando a resultar difícil negarse a nada de lo que le pedía Abraham porque en su mente no hacían más que repetirse una y otra vez los momentos de pánico que había pasado, creyendo que podría morir. ¿Y si lo hubiese perdido?

–¿Adónde?

–Donde tú quieres.

–En mi casa; yo cocinaré.

–¿Sigues teniendo miedo a que te vean conmigo en público? –le preguntó él, acariciándole el labio inferior con el índice.

–Yo no lo llamo «miedo»; lo llamo «prudencia».

–Nic, no quiero ser sólo tu amante secreto –le dijo Abraham.

Nicola tragó saliva.

–Tú no podrías ser nunca sólo mi amante secreto.

Abraham inclinó la cabeza y apretó sus labios contra los de ella. Fue un beso lánguido y sensual que la dejó mareada.

Cuando despegó su boca de la de ella y suspiró, la mirada en sus ojos le recordó a Nicola la de un león, posesiva y salvaje.

–Quiero hacerte el amor –murmuró Abraham–, pero no lo voy a hacer porque te prometí que no lo haría. Sólo quiero que sepas que la ducha que voy a darme esta mañana va a ser una larga ducha fría, y que la culpa es toda tuya.

De acuerdo, había hecho trampa; lo reconocía. Le había dicho a Abraham que iba a cocinar, pero finalmente había decidido hacer un pedido a una de sus marisquerías favoritas: tres raciones de fettucini con gambas; una para ella y dos para él por si quisiese repetir.

Sólo quedaba un detalle por resolver; ¿cómo iba a darle la noticia de que estaba embarazada? Después de lo que había pasado la noche anterior sabía que tenía que decírselo, pero… ¿tenía que

ser precisamente esa noche?, se preguntó al sentir que el pánico estaba apoderándose de ella.

Se sentía a la vez culpable y frustrada. Su mayor deseo era que la noticia lo hiciese feliz, pero por las veces que lo había sondeado de forma indirecta estaba claro que no sería eso lo que ocurriría. Aquello lo cambiaría todo entre ellos.

Mientras calentaba en el horno unas barritas de pan y preparaba una ensalada, se puso a pensar cómo podría decírselo. Al fin y al cabo era relaciones públicas, se dijo intentando animarse, así que si alguien podía idear el modo perfecto de comunicarle la noticia, tenía que ser ella.

–¿Sabes qué, Abe? –probó ensayando en voz alta–. Vas a ser padre… otra vez.

Crispó el rostro, disgustada. Aquello sonaba fatal.

–Estoy embarazada –probó de nuevo.

No, aquello tampoco sonaba bien.

–Eres un auténtico semental y tus espermatozoides son campeones olímpicos de natación. Y puedo demostrarlo.

Una sonrisa traviesa asomó a las comisuras de sus labios, y de pronto se encontró riéndose de tal modo que hasta se le saltaron unas lagrimillas, pero carraspeó y se puso seria.

–Abe, estoy embarazada, pero quiero que sepas que no espero que te cases conmigo, y que pienso criar al bebé yo sola.

Bueno, eso quedaba mucho más sincero, pero no estaba segura de que sería capaz de decirle eso mirándolo a los ojos. Quizá después de todo aquélla no fuera la noche más indicada para darle la noticia. Decírselo en vísperas de Navidad como estaban le parecía un poco cruel; le estropearía las fiestas. No era más que un pretexto ridículo para no hacerlo, pero no pudo evitar desear que las cosas fueran distintas. En unas circunstancias diferentes aquella noticia sería un regalo, y no algo que temiese decir.

De pronto los ojos se le habían llenado de lágrimas y, mordiéndose el labio inferior, Nicola apretó los dedos contra ellos para evitar que se le corriera el rimel. Aquellos vaivenes emocionales podían estropearle a una por completo el maquillaje.

El día después de Navidad, decidió, entonces se lo diría. Así tendría siete días para prepararse psicológicamente, él podría disfrutar de las fiestas, y con un poco de suerte la medicación que le

habían recetado tendría su úlcera bajo control y a prueba de noticias bomba.

Puso la mesa con la vajilla que había dejado la dueña de la casa, y colocó sendas copas de agua y de vino para ambos, pero se sirvió agua en las dos suyas para que Abe no le hiciera preguntas. Ni siquiera lo notaría, porque iba a servir vino blanco y las copas eran ligeramente tintadas, y como sólo faltaban unos instantes para que llegara, abrió la botella. Además, ¿no decían que el vino había que dejarlo respirar antes de servirlo? Finalmente, para completar la jugada, echó un poco por el fregadero para que diera la impresión de que en efecto ella ya se había servido y volvió a colocar la botella en la mesa.

En ese preciso momento llamaron al timbre. Nicola se sonrió. Siempre tan puntual, se dijo yendo a abrir la puerta.

–¿Cómo te encuentras? –le preguntó.

–Ahora que te tengo frente a mí mejor que nunca –respondió Abraham antes de pasar dentro–. Mmm… huele bien.

Nicola lo abrazó y hundió el rostro en su pecho.

–¿A qué viene esto? –le preguntó él rodeándole la cintura con los brazos.

–Es que todavía me estoy reponiendo del susto de ayer noche –contestó ella con un suspiro.

Abraham se rió suavemente.

–En ese caso puedes abrazarme todo lo que quieras.

Nicola lo condujo hacia la mesa.

–Vamos, la cena ya está lista: fettucini con gambas.

Abraham miró los platos impresionado.

–Vaya, qué presentación tan bonita, y qué buen aspecto… Seguro que no tienen nada que envidiarle a los que sirven en Julian's, esa marisquería que tanto te gusta.

Y había una razón por la que no tenían nada que envidiarles: que eran de Julian's. Quizá en otra ocasión se lo confesaría y los dos se reirían de ello.

–Gracias. Bueno, espero que te guste.

Abraham le retiró la silla y esperó a que se sentara antes de hacerlo él.

–Gracias otra vez –murmuró Nicola.

Siempre tan caballeroso, pensó sintiéndose culpable de pronto

por haber pedido la comida a un restaurante en vez de haber preparado algo ella.

Abraham levantó su copa y propuso un brindis:

–Porque cenemos juntos muchas veces más en el futuro… y también desayunos –añadió con una sonrisa pícara.

Nicola se rió, brindaron, y empezaron a comer.

–¿Sabes?, la otra noche, cuando te llevé a casa después de la fiesta en casa de los Billings, dijiste algo que me hizo pensar –dijo Abraham de repente.

Nicola se tensó.

–¿Tenemos que hablar de esa noche?

–Lo digo porque he llegado a la conclusión de que en parte tenías razón –dijo Abraham.

–¿Perdón? –balbució ella, que no estaba acostumbrada a verle hacer concesiones.

–Bueno, tú me conoces muy bien; lo sabes todo sobre mí –le explicó Abraham–. Y es natural; un director de campaña tiene que conocer todos los puntos fuertes y débiles del candidato al que asesora.

Nicola pinchó una gamba con el tenedor y asintió con la cabeza.

–Cierto.

–Bien pues… lo que quería decir es que tú lo sabes todo sobre mí, pero yo sólo sé lo que ponía en tu currículum y lo poco que he podido sonsacarte sobre tu vida personal.

Nicola se encogió de hombros.

–No era yo quien me presentaba a las elecciones.

–Sí, pero las elecciones han pasado, Nic, y nuestra relación nos concierne a los dos, no sólo a mí. De hecho, ni siquiera sé qué es lo que quieres hacer con tu vida a corto plazo, qué aspiraciones tienes.

Nicola se removió incómoda en su asiento.

–Bueno, seguir con mi carrera, por supuesto, aunque no sé exactamente…

–No me refiero en el plano profesional –replicó él esbozando una media sonrisa–, me refiero en el personal.

–La verdad es que no he pensado mucho en eso. ¿Y tú?, ¿tienes planes a nivel personal sobre qué quieres hacer en los próximos cinco años?

–Hasta que me presenté a las elecciones no lo sabía –respondió

Abraham–. Me he dado cuenta de que quiero tener una relación mejor con mis hijos –se quedó callado un instante y la miró a los ojos–… y sé que quiero tenerte a mi lado.

El corazón de Nicola palpitó con fuerza por la intensidad de sus palabras. Tomó un sorbo de agua, y le dijo:

–Pues si quieres que te sea franca, a mí no me parece que uno pueda tener mucho control sobre lo que pueda sucederle aun en un futuro próximo en el plano de lo personal. No me veo diciendo: «Es veinte de diciembre y quiero que mi príncipe azul entre por esa puerta dentro de tres meses. Medirá tanto, pesará tanto, y se enamorará de mí tan perdidamente, que a pesar de mis defectos y mis errores no podrá vivir sin mí».

Abraham se inclinó hacia delante.

–Si vamos a hablar de errores, yo tengo cinco hijos que tienen sentimientos encontrados hacia mí, una hija cuya existencia desconocía hasta hace unos meses, mi matrimonio fue un fracaso, y le fui infiel a mi mujer. No creo que puedas superar eso.

Nicola pensó en el bebé que llevaba en su vientre; pensó en el bebé al que había entregado en adopción años atrás.

–Eso es discutible –dijo.

Abraham enarcó una ceja y se quedó mirándola en silencio un buen rato.

–Ya, ahora irás a decirme que antes de convertirte en mi directora de campaña fuiste una prostituta, o una terrorista.

Capítulo Once

Nicola lanzó a Abraham una mirada furibunda, pero no pudo evitar reírse.

–Ninguna de las dos cosas, gracias a Dios, pero tengo una vida privada aunque a veces no lo parezca, y un pasado, como todo el mundo.

–¿Cuántos amantes has tenido?

Nicola lo miró con los ojos muy abiertos.

–Eso es algo personal.

–Yo te diré cuántas he tenido yo si tú me dices cuántos han sido los tuyos.

Nicola se dijo que debería negarse a seguirle el juego, pero le picaba la curiosidad.

–De acuerdo, ¿cuántas has tenido?

–Seis –respondió él.

–¿Y en algún caso hubo amor aparte de sexo? –no pudo resistirse Nicola a preguntar.

–En dos –respondió él–: uno de ellos con mi esposa.

Nicola obviamente no iba a preguntarle por el otro.

–Yo tuve cuatro contando con el novio que tuve en el instituto, y creí estar enamorada de cada uno de ellos durante al menos cinco minutos.

–¿Cuál de esas relaciones te causó más dolor cuando terminó?

–Ninguna. Lo que más dolor me ha causado en mi vida fue la muerte de mi madre –contestó ella.

Abraham asintió con la cabeza.

–No importa a qué edad pierdas a tus padres. Aunque tengas cincuenta o sesenta años sigues sintiéndote huérfano. Pero en tu caso además te quedaste huérfana siendo muy pequeña, igual que les ocurrió a mis hijos cuando murió mi esposa.

Nicola asintió también.

–Ellos al menos contaron con un hogar… y con Harold.

Abraham bajó la cabeza y se quedó callado un instante, como

reprochándose una vez más no haber estado con sus hijos cuando lo habían necesitado, pero luego la levantó y miró a Nicola a los ojos.

–¿Y la segunda cosa que más te ha dolido? –inquirió.

–¿Además de que Jon Bon Jovi no me propusiera matrimonio cuando era una adolescente?

Abraham se rió.

–Sí.

–Probablemente que mi novio del instituto se fuera con otra en el último curso, justo antes del baile de graduación.

–¿Antes del baile de graduación?

Nicola asintió, pero estaba pensando que aquello no era lo segundo que más le había dolido; lo que más le había dolido era que la hubiera dejado tirada cuando le había dicho que estaba embarazada. Nunca se había sentido tan sola como entonces.

–¿Y tus otros amantes?

Nicola se encogió de hombros.

–Fueron romances pasajeros.

–¿Entonces no tengo que matar a tres hombres?

Una sonrisa se dibujó lentamente en los labios de Nicola.

–No, aunque el que lo hayas propuesto ya significa mucho para mí.

Abraham tomó un sorbo de vino, y luego un segundo sorbo, como si estuviese reuniendo fuerzas para algo, y Nicola se puso tensa, preguntándose qué iría a decir.

–Nic, ¿sabes por qué quiero estar contigo? –le preguntó.

Ella negó con la cabeza. Unas cuantas respuestas sarcásticas pasaron por su mente, pero la intensa mirada en los ojos de Abraham hizo que las desechase.

Abraham tomó otro sorbo de vino.

–Harold siempre está bromeando, diciendo que yo soy de los que siempre están buscando nuevos retos para probarse a sí mismos, casi me pinta como a una especie de superhombre, pero soy humano, y no puedo ir todo el tiempo a doscientos kilómetros por hora. De hecho, el motivo por el que durante toda mi vida he huido de la inactividad ha sido porque durante esos momentos de quietud en los que me quedaba a solas conmigo mismo empezaba a pensar en los errores que había cometido –se aclaró la garganta–. En esos momentos siempre me he sentido muy solo, pero cuando estoy

contigo… cuando estoy contigo me siento bien.

Aquella confesión conmovió a Nicola. Abraham no era la clase de hombre que hablaba con frecuencia de sus sentimientos, y el que en ese momento estuviese haciéndolo, que estuviese sincerándose con ella, la dejó sin habla.

Sabía muy bien de qué estaba hablando. Ella también intentaba mantenerse ocupada en muchas ocasiones para no tener tiempo para pensar en las cosas que la preocupaban. Nicola sintió la mirada de Abraham sobre ella, y supo que estaba esperando a ver alguna reacción que le dijera que comprendía a qué se refería.

Se sintió incapaz de seguir sentada un segundo más en su asiento. Se levantó y rodeó la mesa para ir junto a él. Abraham se puso de pie también y Nicola le acarició el rostro. No había flirteado con ella, ni había recurrido a la adulación; simplemente le había abierto una puerta a su corazón.

–Eres un hombre tan increíble… –murmuró Nicola–… tan increíble que a veces no puedo creerme que seas real.

–Ya lo creo que soy real –replicó él tomando su mano y poniéndola contra su mejilla–; tengo la medicación de la úlcera para probarlo.

Nicola se rió, pero por dentro temblaba, como si su alma supiese que aquel momento que estaban viviendo era algo trascendental. De pronto quería abrazarlo para que no volviera a sentirse solo nunca más, abrazarlo con fuerza, estarse abrazada a él toda la noche; y quería olvidarse también de sus problemas, olvidarse de todo excepto de aquel instante con él.

–¿Te quedarás conmigo esta noche? –le preguntó alzando el rostro y mirándose en sus ojos azules.

Abraham esbozó una sonrisa.

–Sólo si tú quieres –dijo besándola.

–Sí, lo quiero –respondió ella, besándolo también.

Al cabo de unos segundos lo que había comenzado como algo dulce y tierno se tornó apasionado y fiero.

–Me vuelves loco, Nic… –le susurró Abraham–. Me encanta cómo hueles –murmuró enredando los dedos en sus cabellos e inspirando el olor de su champú–. Y tu cuerpo… –dijo deslizando las manos desde sus hombros hasta las caderas.

–Siempre haces que me sienta como la mujer más hermosa de la

tierra… aunque no lo sea… –jadeó Nicola, sintiendo que la temperatura de su cuerpo estaba subiendo.

–Te equivocas –replicó Abraham, subiendo y bajando las manos por sus costados–; tus senos, por ejemplo, son perfectos –dijo emitiendo un gemido gutural.

Le sacó el suéter de punto por la cabeza, como si fuese una niña, y palpó con suavidad sus senos a través de la tela del sujetador, haciéndola estremecer. De pronto, sin que pudiera explicarlo, notó cómo un deseo salvaje estaba apoderándose de ella, haciéndola ansiar que esas mismas manos recorriesen cada centímetro de su cuerpo.

Abraham le bajó los tirantes del sujetador y bajo la mirada ardiente de sus ojos azules Nicola sintió que sus pezones se estaban endureciendo.

Nicola le desabrochó la camisa, Abraham le ayudó a quitársela, y la atrajo hacia sí de modo que sus senos quedaron apretados contra su ancho tórax.

El suspiro de placer que escapó de los labios de Nicola se fundió con el que profirió él.

–Eres como un vino embriagador que uno sabe que debe tomar a sorbos pequeños pero del que se ansía más y más –murmuró Abraham–. Y tienes demasiada ropa encima…

Nicola se desabrochó los pantalones y se los bajó, dejándolos caer al suelo, y de inmediato Abraham metió las manos por dentro de sus braguitas para rodear con ellas sus nalgas y apretarlas suavemente. Nicola, entretanto, dirigió sus dedos a la cremallera de los pantalones de él. No quería que hubiese una sola prenda entre ellos.

Abraham tomó su boca en un beso que la dejó sin aliento. Se deshicieron de la ropa interior, y cuando empezaron a besarse de nuevo Nicola sintió el miembro endurecido de Abraham contra su vientre. Cerró su mano en torno a él, y Abraham jadeó, para corresponderle después deslizando una mano entre sus piernas.

–Mmm… Estás tan cálida y tan húmeda… No sabes cómo me gusta que…

Sin embargo, la voz se le fue cuando ella se hincó de rodillas frente a él y lo besó en el vientre.

Cuando lo tomó en su boca Nicola lo oyó apretar los dientes y

resoplar. Lo estimuló de todas las maneras posibles, notando cómo su miembro adquiría mayor grosor con cada pasada de su lengua, y pronto saboreó el néctar de su excitación.

Mascullando algo entre dientes, Abraham se apartó de ella, hizo que se pusiera de pie, y con los ojos oscurecidos de pasión, le susurró:

–Vamos a tu cuarto.

Sin dejar de besarse subieron las escaleras. Una vez en la habitación de Nicola, Abraham la empujó suavemente para que cayera sobre la cama, y comenzó un delicioso viaje con su boca, empezando por su garganta, y dirigiéndose luego a sus senos. Sus manos, sin embargo no permanecieron ociosas, y mientras una dibujaba arabescos en un muslo, la otra se centro más en la parte más íntima de su cuerpo, desatando en ella oleada tras oleada de placer. Luego su boca tomó el relevo, y con la lengua la llevó a las cotas más altas.

Apenas había recobrado Nicola el aliento cuando Abraham se hundió en ella, haciéndola gemir. Nunca dejaría de sorprenderla el modo en que era capaz de penetrar en ella así, hasta el fondo, a la primera embestida.

–Oh, sí… –murmuró Abraham, comenzando a moverse.

Los ojos de Nicola se encontraron con los de él, y de pronto ya no pudo dejar de mirarlos; había algo en ellos que habría conseguido mover montañas y cambiar el curso de los ríos. El corazón le palpitó con fuerza, y la mezcla de emociones y sensaciones que estaban inundándola la llevaron de nuevo a las cumbres.

A la mañana siguiente, cuando Nicola se despertó, Abraham ya se había levantado. Las energías que tenía aquel hombre eran algo sorprendente, pensó desperezándose mientras lo oía subir las escaleras.

Abraham apareció en la puerta vestido sólo con los calzoncillos, y con una taza de café para él en una mano, y una de té en la otra para ella.

Nicola le sonrió y se incorporó lentamente, tapándose con la sábana.

–Vaya, servicio de habitaciones; qué bien –murmuró.

Abraham le devolvió la sonrisa.

–Cuando bajé me acordé de que últimamente tomas té y no café –le dijo tendiéndole la taza.

–Eres un hombre muy observador –contestó ella tomándola–. Gracias.

–De nada –respondió Abraham. Se agachó para dejar la suya en la mesilla pero sin querer le dio un puntapié al mueble–. Diablos, soy demasiado grande para esta habitación –farfulló.

La puerta de la mesilla se había abierto por el golpe, y se habían desparramado los libros que habían dentro.

Una sensación de pánico invadió a Nicola, que maldiciendo para sus adentros dejó su taza sobre la otra mesilla y olvidándose del decoro apartó la sábana para bajarse de la cama e ir a recoger los libros antes de que él lo hiciera. No quería que viera esos libros. Había comprado tantos que había tenido que esconderlos allí la noche anterior antes de que Abraham llegara.

Su mano alcanzó el primero al mismo tiempo que la de él, y Abraham se rió.

–¿Qué pasa?, ¿a qué tanta prisa? ¿Tienes miedo de que vaya a derramar mi café sobre tus libros?

–No, sólo quería ayudarte –farfulló ella.

Tan apurada estaba, que intentó volver a meterlos todos de golpe en el hueco de la mesilla antes de que pudiera verlos, y varios volvieron a caer fuera.

–Espera, mujer, deja que te eche una…

Abraham se quedó callado, y Nicola supo que había visto la portada de uno de los libros.

–Qué esperar cuando estás esperando un bebé… –leyó el título de uno en voz alta en un tono de incredulidad. Nicola tensó el rostro angustiada–. El cuidado del bebé y del niño; cómo criar sola a tu hijo…

Abraham la miró, y la ira que había en sus ojos era tal, que habría sido capaz de derretir una barra de acero.

–Sólo se me ocurre una razón por la que estés leyendo esta clase de libros.

Nicola se mordió el labio y se incorporó lentamente para sentarse en la cama y taparse con la sábana.

–Yo… um…

–¿Cuánto hace que lo sabes? –exigió saber él.

–No mucho –contestó Nicola en un hilo de voz–; mis periodos nunca han sido muy regulares, pero estoy de dos meses.

–No puedo creer que hasta ahora no me haya dado cuenta –dijo Abraham poniéndose de pie con uno de los libros en la mano–; las molestias de estómago que te duraron tanto, el repentino cambio de café a té, el que dejaras de tomar vino… –se quedó callado y la miró con los ojos entornados–. Pero anoche tomaste vino.

–En realidad era agua –le confesó Nicola sintiéndose estúpida–. Me la serví antes de que llegaras para evitar preguntas.

–Y el bebé es mío –dijo Abraham arrojando el libro sobre la cama y frotándose la frente.

–Sí, es tuyo, pero no tienes que hacer nada –le dijo ella con el corazón encogido–; ya sé que no quieres más hijos, pero yo quiero tenerlo, y no espero que hagas nada.

Abraham pareció repugnado.

–¿Quieres decir que lo tenías planeado, que todo este tiempo has estado intentando quedarte embarazada?

Nicola lo miró boquiabierta.

–No, por supuesto que no.

–Pero anoche no me pediste que usáramos preservativo, ni la vez anterior tampoco.

–Porque eso habría sido como cerrar la puerta del establo cuando el caballo ya ha salido –le espetó ella–. Además, ¿por qué razón habría querido quedarme embarazada?

–Algunas mujeres utilizan el embarazo para conseguir un marido.

La culpabilidad de Nicola se convirtió en ira.

–Creo haberte dejado bien claro que no espero nada de ti –le dijo–. Por si no lo recuerdas, no he hecho más que rechazar tu oferta de ir contigo a Washington, y varias veces he intentado hacer que nuestra relación volviera a ser únicamente profesional. Ya sé que debería habértelo dicho, pero no sabía cómo hacerlo, sobre todo cuando me habías dicho que no querías tener más hijos. Me he pasado estas últimas semanas intentando hallar la manera de enfrentarme a esto y de impedir que afectara a tu carrera.

–Ya es demasiado tarde para eso –replicó él–; y los dos sabemos

cuál es la única solución que hay –añadió apretando la mandíbula.

Nicola lo miró espantada y se llevó una mano protectora al vientre.

–No pienso abortar.

Abraham maldijo entre dientes.

–No me refería a eso. La única solución es que nos casemos lo antes posible –dijo. Se sentía como si lo hubiesen pillado con los pantalones bajados, y su mente se puso en modo gestión de crisis para trazar un plan de acción–. Conozco a un juez que puede acelerar los trámites de la licencia matrimonial para que no tengamos que esperar, y luego él mismo nos casará en el juzgado. Los análisis de sangre tampoco serán un problema; mi médico de cabecera es un hombre discreto; y cuando hayan pasado las navidades les diremos a mis hijos lo del embarazo.

Nicola estaba mirándolo como si le hubiesen salido tres cabezas.

–¿Qué? –le espetó–. No podemos sentarnos a esperar si ya estás de dos meses.

–Yo… no estoy segura de que sea una buena idea que nos casemos –balbució ella–. Además, así, tan apresuradamente… no creo que sea una buena idea.

–Ya lo creo que tenemos que casarnos; no quiero tener otro hijo ilegítimo como me pasó con Lea.

–Pero es que nunca hemos hablado de casarnos –replicó ella frunciendo el entrecejo.

–Habríamos acabado planteándonoslo antes o después –le dijo Abraham.

Nicola sacudió la cabeza.

–Yo no estoy tan segura de eso; desde que acabó la campaña de lo único que hemos hablado ha sido de la posibilidad de irme contigo a Washington.

–Eso es porque últimamente has estado imposible –replicó él–. Si hubieras dejado que nuestra relación fluyese de un modo normal, estoy seguro de que nos habríamos planteado la idea de casarnos.

–¿De un modo natural? –repitió Nicola–. ¿Te parece natural lo que me estás diciendo? «¿Cómo?, ¿que estás embarazada? Prepárate; nos casamos esta misma tarde» –farfulló poniendo voz grave e imitándolo.

–El problema es que ahora no disponemos de tiempo para que

las cosas fluyan normalmente –contestó él–. Tenemos que hacer esto por el bebé. Cuando nos hayamos ocupado de los trámites legales, ya hablaremos de nuestra relación –tomándola por los hombros le dio un rápido beso en los labios–. Tenemos que ponernos en marcha.

Y se marchó, dejando a Nicola completamente aturdida.

A las cuatro de la tarde Abraham ya había hablado con el juez, y contaba con cuatro testigos para la boda: Harold, Miranda, su hija Kimberley, y su marido Zach, que era SEAL de la Marina.

Kimberley y Zach habían ido a pasar unos días con él en Crofthaven aprovechando que se aproximaban las fiestas, y Abraham no había dudado en hacerlos partícipes del enlace.

También se habían hecho los análisis de sangre, habían recibido los resultados, y con todo ya dispuesto, Abraham había enviado a su chófer a recoger a Nicola para llevarla al juzgado.

Sin embargo, al ver que los minutos pasaban, empezó a preguntarse si se habría encontrado con mucho tráfico, porque no era normal que tardase tanto, y decidió llamarlo al móvil.

–Henry, ¿dónde estás?

–Mm… todavía estoy aparcado frente a la casa de la señorita Granville, señor Danforth –le respondió el chófer–. Me ha dicho que no hacía falta que viniera a recogerla, y que puedo esperarme aquí sentado hasta Navidad porque no va a ir.

Abraham se quedó sin habla, y sintió sobre él las miradas del juez, de su hermano, su cuñada, de su hija, y de su yerno.

–¿Que ha dicho qué?

–Que no va a ir –repitió el chofer.

Abraham tardó un momento en responder.

–Gracias, Henry –le dijo con voz entrecortada–. No te muevas de ahí.

Colgó y marcó el número de casa de Nicola, que tardó un buen rato en contestar.

–Nicola, Henry me ha dicho no sé qué de que no quieres venir; ¿qué ocurre?, ¿no te estarán entrando nervios de última hora? –le preguntó.

La escuchó suspirar al otro lado de la línea.

–Mira, Abe, yo… no me siento cómoda con esto.

–¿Qué? Nicola, no tenemos tiempo para esto. Es lo que tenemos que hacer; es lo correcto.

–Para mí no –replicó ella con voz temblorosa–; no en este momento.

–Nic… –le dijo Abraham–. ¿Nic? –repitió cuando se cortó la comunicación.

Miró la pantalla del móvil con incredulidad. «Conexión interrumpida». Nicola no sólo lo había dejado tirado ante el altar; también le había colgado.

Capítulo Doce

–¿Abe? –lo llamó su hermano Harold, yendo a su lado–, ¿qué ocurre?; ¿qué te ha dicho?

Abraham sacudió la cabeza con incredulidad.

–No va a venir –murmuró.

El juez Kilgore carraspeó.

–Mm… en ese caso supongo que no me necesitan –dijo–. Bueno, llámenme si hay algún cambio. Si me disculpan…

Y salió de la habitación.

Kimberley se acercó a su padre.

–Papá, yo creo que esto es un poco apresurado. Quizá Nicola necesite algo de tiempo.

–Exacto –dijo Miranda, la mujer de Harold–. Apenas le has dejado tiempo para respirar a la pobre criatura, y además cuando una mujer está embarazada sus emociones están… revueltas.

–Eso es –asintió Harold.

–¿Embarazada? –repitió Kimberly mirando a su padre con los ojos abiertos como platos–. ¿Has dejado embarazada a Nicola?

A sus veinticinco años, su inteligente y hermosa hija no era precisamente un dechado de tacto y delicadeza.

–Sí, Kimberly, está embarazada, y sí, yo soy el padre –respondió Abraham, intentando mantener la calma.

–¡Pero si eres muy viejo para eso! –exclamó ella.

Harold se rió entre dientes.

–A lo que se ve no.

Abraham les lanzó a los dos una mirada furibunda.

–No tengo tiempo para daros explicaciones –les dijo–. Tengo que ir a hablar con Nicola. No sé… no sé qué es lo que ha podido hacer que se eche atrás. Cuando le dije que nos casábamos esta tarde no…

–¿Le dijiste que os casabais? –repitió Kimberly mirándolo de hito en hito–. ¿Quieres decir que tomaste la decisión y ya está?

–Bueno, ¿qué querías que hiciera? –replicó su padre–. Está embarazada de dos meses. No quería que ese bebé naciese siendo

ilegítimo.

–Vaya, qué romántico –dijo su hija con sarcasmo–. ¿Y luego te cuadraste ante ella y te despediste con el saludo militar antes de salir por la puerta?

–Kim, cariño, no machaques a tu padre; sólo está intentando hacer lo correcto –le dijo su marido, poniéndole una mano en el hombro.

–Pero es que no puedes ordenarle a alguien que se case contigo, Zach –replicó ella–. Además, Nicola tiene su corazoncito, como todas las mujeres; seguro que quería una boda en una iglesia, vestirse de blanco, y celebrar un banquete.

–Es verdad, al menos deberías haber esperado a que se comprase un vestido –regañó Miranda a su cuñado.

–Yo… yo creía que lo mejor sería celebrar la boda lo antes posible –balbució.

–Todavía no puedo creerme que hayas dejado preñada a tu directora de campaña… –farfulló su hija, sacudiendo la cabeza.

Abraham vio cómo Zach le pegaba a Kimberly un codazo en las costillas.

–No la he dejado «preñada» –dijo irritado–. Está embarazada de mi hijo.

–Que también es suyo –apuntó Kimberly.

–Pues claro que también es suyo.

–Sí, pero has dicho que está embarazada de «tu» hijo –replicó Kimberly–. Mira, papá, puede que estés acostumbrado a mandar y dar órdenes, pero no a todo el mundo le gusta que tomen decisiones por ellos. Además, si vamos a casarnos, a las mujeres suele gustarnos que nos los pidan, no que nos lo impongan.

Su padre parecía haberse quedado traspuesto.

–Entonces, lo que tendría que hacer sería pedírselo… –murmuró para sí, como si acabara de tener una revelación–. Es verdad; no confía en mí. Yo le confiaría mi vida, pero ella aún no confía en mí.

Un profundo silencio cayó sobre la sala.

–Estás enamorado de ella de verdad, y por primera vez estás confundido, ¿no es cierto, papá? –le preguntó su hija, poniéndole una mano en el brazo.

Abraham asintió. Tenía una sensación de quemazón en la garganta, por la emoción, pero al mismo tiempo era como si se

hubiera liberado de un enorme peso.

–Sí, la quiero con toda mi alma –murmuró.

–¿Y se lo has dicho? –le preguntó Kimberly.

Abraham llamó a su chófer para decirle que podía regresar a Crofthaven, y se fue a casa de Nicola. Tuvo que llamar al timbre cuatro veces, y cuando finalmente le abrió y vio que tenía los ojos rojos de haber llorado se sintió como un canalla.

–Oh, cariño… cuánto lo siento… –murmuró pasando dentro y estrechándola entre sus brazos.

–No podía hacerlo, Abe, no me parecía que estuviera bien… No creo que estemos preparados para el matrimonio.

–Bueno, por lo que a mí me toca no estoy de acuerdo –replicó él–, pero si tú necesitas tiempo, te daré todo el que te haga falta.

Nicola alzó la vista hacia él y escrutó su rostro con curiosidad.

–Lo he hecho todo mal –continuó Abraham–. Prácticamente te «ordené» que te casaras conmigo, sin darte la posibilidad de decidir. Miranda no puede creerse que ni siquiera te dejara comprar un vestido de novia –añadió con una leve sonrisa–. Debería habértelo pedido. Debería haberte dicho que te quiero y que necesito que formes parte de mi vida… hasta el fin de mis días, aunque supongo que ya es demasiado tarde, ¿no es así?

Nicola asintió con tristeza.

–Parece mentira cómo lo he fastidiado todo –murmuró Abraham con la cabeza gacha.

Nicola inspiró profundamente.

–Supongo que tu intención era buena –dijo–, que estabas mirando por el bebé.

–Y tú también –murmuró él–. Nic, todavía quiero casarme contigo –le dijo mirándola a los ojos–. Te habría comprado un anillo, pero no sé qué clase de anillo te gustaría, y querría que lo eligieses tú si decidieras darme una oportunidad. Cuando te llamé desde el juzgado y me dijiste que no ibas a ir me sentí muy mal, pero si te alejaras de mí me sentiría aún peor, así que si necesitas tiempo, tómate todo el que quieras, pero por favor, dale una oportunidad a lo nuestro.

Nicola se estremeció ligeramente, y por sus mejillas comenzaron

a rodar una lágrima tras otra.

–Pero hay cosas que no sabes de mí, cosas que quizá hagan que no quieras casarte conmigo.

–Pues dímelas –la instó él–; al menos prueba.

Nicola volvió a estremecerse y apartó el rostro.

–Estuve embarazada en otra ocasión, cuando era sólo una adolescente –respondió en un murmullo–. Entregué al bebé en adopción.

Sus palabras sorprendieron a Abraham, pero de inmediato una oleada de compasión lo invadió, y su corazón se encogió al recordar lo que le había contado sobre cómo su novio del instituto la había dejado por otra. La abrazó con fuerza y le dijo:

–Oh, Nic, pobre mía… que hayas tenido que pasar por todo eso tú sola… Sin un padre, ni una madre…

–Me sentí tan culpable –le dijo ella entre sollozos–; me decía que no estaba bien que hubiera dado en adopción a mi propia hija, pero no tenía dinero, ni familia, y… –no pudo terminar la frase porque su voz se quebró.

–¿Has intentado saber alguna vez que fue de ella?

Nicola asintió con la cabeza.

–Cada año sus padres adoptivos me envían fotos de ella y me cuentan cómo se encuentra, cómo le van los estudios… Son una gente maravillosa, pero ella no ha dicho que quiera conocerme, y a menos que lo haga creo que lo mejor es que me mantenga en un segundo plano –inspiró temblorosa–. En parte ésa es una de las razones por las que no puedo casarme contigo, Abraham. Yo… no sabía cómo te lo tomarías cuando lo supieras.

Abraham se miró en los ojos llenos de dolor de Nicola, y supo que nunca había amado tanto a otra persona.

–¿Cómo podría rechazarte por eso, Nic? Sólo eras una adolescente, y tomaste la mejor decisión que podías haber tomado en ese momento –le dijo–. Hiciste lo que creíste mejor para tu bebé aunque fuera difícil para ti, y eso únicamente hace que te quiera aún más.

Los ojos de Nicola volvieron a llenarse de lágrimas.

–Oh, Abe…

Abraham tomó su hermoso rostro entre ambas manos.

–Nic, creo que ni siquiera te imaginas lo mucho que significas

para mí, cómo ha cambiado mi vida desde que llegaste a ella. Te quiero, y querré igual a ese hijo nuestro que llevas en tu vientre. Cásate conmigo, Nic, dame la oportunidad de hacer las cosas bien por una vez en mi vida.

El día antes de Nochebuena Nicola le dio a Abraham esa oportunidad al decir «sí, quiero» en una ceremonia discreta en el juzgado con los familiares que habían podido asistir.

–Yo os declaro marido y mujer –anunció el juez.

Nicola alzó la cabeza, y Abraham la besó, transmitiéndole en ese beso su compromiso.

Finalmente no se había comprado un vestido de novia, pero ante la insistencia de Miranda sí se había comprado un traje nuevo para la ocasión, un traje que seguramente no podría ponerse en varios meses porque la cintura ya le quedaba un poco estrecha.

Se miró en los ojos de Abraham, y vio reflejado en ellos el mismo amor que sentía por él. Todavía le costaba creer que tanta felicidad fuera posible.

–Te quiero –le dijo.

–Y yo a ti –respondió él.

Nicola se sentía tan dichosa que tenía la impresión de que el corazón le fuera a estallar.

Kimberly se acercó a su padre secándose los ojos, y le dio un abrazo.

–Felicidades, papá; me alegro mucho por vosotros.

Lea y Reid entretanto se acercaron a Nicola.

–Que seáis muy felices –le deseó Lea.

–Bienvenida a la familia –le dijo Reid–. Nunca te podremos agradecer lo bastante lo que has hecho por nuestro padre y por nosotros. El refrán tiene razón –añadió con una sonrisa–: el amor hace milagros.

Y para Nicola aquello era un milagro; cómo había cambiado todo para ella en un año, cómo no volvería a estar sola nunca más, cómo una vida completamente nueva se abría ante ella. «Sí», se dijo, «el amor hace milagros».